

L A F A M I L I A
R O B I N S O N

J O H A N N W Y S S

PRIMERA PARTE

CAPITULO 1

NAUFRAGIO Y PREPARATIVOS PARA EL RESCATE

La tempestad duraba ya seis días; el séptimo su furia parecía aumentar aún, y la madrugada nos alcanzó sin que se vislumbrara una esperanza, pues nos habíamos alejado tanto de la ruta correcta que a bordo nadie sabía dónde nos hallábamos. Los tripulantes estaban agotados por el trabajo y la vigilia. Los astillados mástiles fueron arrojados al mar; aparecieron varias vías de agua y la nave comenzó a anegarse.

-Hijos queridos -dije a mis cuatro niños, que se abrazaban a mí, aterrados---. Dios puede salvarnos; para El nada es imposible.

En ese momento, por sobre el bramido, de las olas, oyóse gritar: "¡Tierra, tierra!", e instantes después la nave chocó con una roca con tal violencia que todos fueron arrancados de su sitio; siguió un crujido tremendo, como si el barco se despedazara; el agua entro por todos lados; comprendimos que la nave había encallado y que no resistiría mucho tiempo más. El capitán ordenó a sus hombres que sacaran los botes sin perder tiempo. Esos sonidos penetraron en mi corazón como una puñalada.

-Estamos perdidos -exclamé, y los niños estallaron en penetrantes gritos. Entonces me recobré y procure reanimarlos observando que el agua no nos había alcanzado aún, que estábamos cerca de la costa y que la Providencia socorrería a los valientes-. Quédense donde están mientras yo voy a ver qué conviene hacer -agregué.

En cuanto subí a cubierta, me derribó una ola, seguida por otra y otra. Manteniéndome en pie como pude, miré a mi alrededor: ante mis ojos se presentaba una escena de total desastre; el barco estaba destrozado por todas partes, y en un costado se abría una hendidura. La tripulación colmaba los botes, que ya no podían contener a nadie más, y los últimos en subir a ellos cortaban las sogas, dispo-

niéndose a partir. Casi frenético, les rogué que se detuvieran y nos llevaran a nosotros también, pero fue en vano, pues el bramido del mar impidió que me oyeran.

Abatido y desolado al perder toda posibilidad de ayuda humana, tenía aún el deber de presentarme sereno ante mi familia.

-Valor, amados míos -exclamé al entrar en nuestro camarote-; no desesperemos. No les ocultaré que el barco ha encallado, pero el agua no nos alcanza, y si mañana el mar está más sereno, quizá todavía podíamos llegar a tierra sanos y salvos.

Poco después anocheció sin que amainara la furia de los elementos. Pensando en los botes, temimos que se hubieran hundido con todo lo que contenía bajo el espumoso torrente.

Mi esposa había preparado una escasa merienda, que los cuatro niños devoraron con un apetito no compartido por sus t>adres. Luego se acostaron y, completamente exhaustos, no tardaron en quedar profundamente dormidos. El mayor, Fritz, se quedó con nosotros.

-Estuve pensando cómo podríamos salvarnos -anunció- Si tuviéramos algunas vejigas o chaquetas

de corcho para mamá y mis hermanos, tú y yo nos arreglaríamos para llegar a tierra.

-Bien pensado -aprobé-. Veremos qué podemos hacer.

Buscando, Fritz y yo hallamos algunos barrilitos. vacíos que atamos de a dos, dejando entre ellos unos treinta centímetros de distancia, y los sujetamos a modo de chaquetas salvavidas bajo los brazos de cada niño, mientras mi esposa preparaba uno para ella. Nos aprovisionamos de cuchillos, un poco de sogá y otros elementos que podíamos llevar en los bolsillos, en la esperanza de que, si el barco se hundía de noche, lograríamos llegar a tierra nadando o arrastrados por las olas.

Recibimos con júbilo el primer resplandor que penetró por una pequeña abertura de la ventana. La furia de los vientos comenzaba a amainar; el cielo recobraba su serenidad y en mi corazón latía la esperanza al contemplar el horizonte, ya teñido por el sol. De este modo reanimado, hice que mi esposa e hijos subieran a cubierta.

-Hijos míos, recorramos el barco, a ver qué encontramos que nos sea útil para llegar a tierra.

Entonces todos se dispersaron, entusiasmados, mientras yo me apresuraba a examinar con que

contábamos en cuanto a provisiones y agua potable. Mi esposa y mi hijo menor fueron a ver los animales, a los que hallaron en un lastimoso estado, medio muertos de hambre y de sed. Fritz se dirigió a la sala de armas, Ernest al camarote del carpintero y Jack a la cabina del capitán, pero en cuanto abrió la puerta le saltaron encima dos perrazos y lo recibieron con tan brusco afecto, que se puso a gritar pidiendo auxilio, como si lo estuvieran matando. Sin embargo, el hambre había amansado tanto a las pobres bestias que le lamieron manos y cara, emitiendo sin cesar un suave gemido.

Poco a poco, mi pequeño grupo fue reuniéndose de nuevo a mi alrededor. Fritz traía consigo dos escopetas, un poco de pólvora y munición contenida en frascos de cuerno, y algunas bolsas de balas. Ernest mostraba su sombrero lleno de clavos, y traía en las manos una hachuela y un martillo. Mi esposa anunció:

-Por mi parte no traigo nada, pero debo comunicar algunas buenas noticias. Encontré a bordo una vaca preñada. Les acabo de dar comida y agua y creo poder conservarlos vivos.

-Todo esto es admirable -dije a mis jóvenes ayudantes-; pero tengan la bondad de explicarme cómo

llegaremos a tierra y si han descubierto los medios para ello.

-No creo que sea muy difícil -declaró Jack-. Fíjense en esas grandes tinas... Podemos subir uno a una de ellas, y flotar hasta la costa.

-Me parece que vale la pena probar la idea de Jack --exclamé.

Como recordaba haber visto unos toneles grandes en la bodega, bajamos y los hallamos flotando en el agua que había penetrado en la nave. Poco nos costó izarlos e instalarlos en la cubierta inferior, que en ese momento apenas si sobresalía del agua. Con alegría comprobarnos que eran sólidos y estaban bien reforzados con aros de hierro; resultaban exactamente adecuados para nuestro objeto. Con ayuda de mis hijos, comencé a aserrarlos en dos sin tardanza.

No tardé mucho en obtener ocho tinas. Luego recobramos fuerzas con vino y bizcochos.

Más tarde busqué una tabla grande y flexible, sobre la cual coloqué mis ocho tinas dejando en cada punta un trozo que sobresalía de ellas y que, doblado hacia arriba, presentaría un perfil semejante al de la quilla de un barco. Luego clavamos todas las tinas en esa tabla y aquéllas entre sí para afirmarlas,

y por fin otras dos tablas del mismo largo que la primera a cada lado de las tinas.

Pero entonces descubrimos que el aparato así construido era tan Pesado, que no podíamos moverlo de su sitio ni un centímetro. Pedí a Fritz que me trajera una palanca, y entre tanto, corté en varios pedazos un grueso poste para obtener varios rodillos. Entonces, con la palanca, levanté fácilmente la parte delantera de mi aparato, mientras Fritz colocaba debajo uno de esos rodillos.

Até a la popa una larga cuerda, y el otro extremo a una viga del barco, de modo que aquélla guiara y contuviera la balsa al soltarla. Luego pusimos debajo un segundo y un tercer rodillos, aplicamos la palanca y vimos con gran alegría que nuestra balsa bajaba al agua con tal velocidad que, de no habérselo impedido la cuerda, se habría internado en el mar.

Pero entonces se presentó una nueva dificultad. La embarcación se inclinaba tanto de costado, que todos los niños se negaron a subir a ella. Por un momento me sentí dolorosamente perplejo, pero de pronto seme ocurrió que lo único que hacía falta para enderezarla era lastre. La acerqué y arrojé en las tinas todos los objetos inútiles que pude encon-

trar, contrapesando así la parte liviana; poco a poco el aparato se enderezó y afirmó en el agua. Entonces, todos quisieron subir a las tinas, y los niños comenzaron a disputarse el primer puesto.

Me apoderé de dos postes de igual longitud, que antes sostenían las velas del barco. Subiendo a la embarcación, instalé uno en la popa y otro en la proa, de modo tal que nos permitía hacerlos girar. a derecha o izquierda a voluntad. Para mantener firmes los postes o canaletes, introduje la punta de cada uno en la piqueta de un barrilito de coñac.

Nada nos quedaba por hacer, salvo hallar un medio para apartarnos de los restos del naufragio. Subiendo a la primera tina, guié la proa de la embarcación de modo que penetrara en la grieta del costado del barco, donde permanecería quieta. Hecho esto, volví a la nave y, con serrucho y hachuela, despejé a derecha e izquierda todo lo que pudiera estorbarnos el paso. Hecho esto, buscamos algunos remos para el viaje que decidíamos intentar.

CAPÍTULO 2

DESEMBARCO Y OCUPACIONES SUBSIGUIENTES

Al amanecer, todos estábamos despiertos y alerta. Concluida nuestra oración matinal, anuncié:

-Lo primero por hacer es alimentar bien a cada uno de los pobres animales que han quedado a bordo. Después les dejaremos alimento suficiente para varios días. No podemos llevárnoslos, pero quizá consigamos volver en su busca. Quiero que nuestro primer cargamento consista en un barril de pólvora, tres escopetas y tres carabinas, con todas las municiones Y balas que podamos llevar; dos pares de pistolas de bolsillo y uno de pistolas grandes, sin olvidar un molde para forjar proyectiles; cada niño, y también la madre, debe tener una bolsa para llevar la caza.

Una vez que todo estuvo preparado, nos introducimos valerosamente uno en cada tina. En el momento de nuestra partida, los gallos y gallinas se pusieron a si advirtieran que los abandonábamos.

Esto me sugirió la idea de llevarnos los gansos, patos, pollos y palomas.

Dicho y hecho, ejecutamos este plan. Pusimos en una tina diez gallinas, así como un gallo viejo y otro joven, y la tapamos con tablas; a las demás aves de corral las dejamos en libertad, esperando que el instinto los guiara a tierra; los gansos y patos por agua, y las palomas por aire.

Esperábamos a mi esposa, quien tenía a su cargo esta última parte de nuestro embarque, cuando llegó trayendo consigo una gran bolsa, que arrojó en la tina donde ya iba nuestro hijo menor. Pensé que la destinaba a que éste se sentara encima, o acaso a impedir que fuera zarandeado de un lado a otro.

Todos teníamos a mano elementos útiles. Cada uno empuñaba un remo, y llevaba consigo un aparato natatorio listo para lo que pudiera ocurrir. Cuando nos alejamos de la nave, la marca llegaba ya a la mitad de su altura; consideré que esta circunstancia era favorable, debido a nuestra falta de fuerzas. Sosteniendo las dos canaletes a lo largo,

pasamos sin accidente por la hendidura del navío y salimos al mar.

Al ver que los abandonábamos, los dos perros se arrojaron al mar y nadaron hasta la balsa. Eran demasiado grandes para pensar en subirlos a bordo, y temí que saltaron sobre la embarcación, volcándola. "Turco" era un perro inglés; Flora, de raza danesa. Me inquieté mucho por ellos, temeroso de que no pudieran nadar tan lejos. Sin embargo, lo consiguieron con perfecta inteligencia. Cuando se fatigaban, apoyaban las patas delanteras en un canaleta, así pudieron seguir adelante sin cansarse.

Al acercarnos a la costa, su tosco perfil se suavizó mucho; ya los peñascos dejaron de parecer una sola cadena indivisa. Fritz, que con sus ojos de halcón ya divisaba algunos árboles, anunció que eran palmeras. Ernest comentó con alegría que ahora obtendría cocos mucho más grandes y mejores que los europeos. Por mi parte, lamenté en voz alta no haber traído un largavista que, según sabía, se hallaba en la cabina del capitán. Pero entonces Jack sacó del bolsillo uno pequeño, que me ofreció con expresión de triunfo.

Llevándomelo al ojo, advertí que la costa presentaba ante nosotros un aspecto desierto y salvaje,

pero que hacia la izquierda la escena era más acogedora. Cuando intenté guiar en esa dirección, una corriente nos arrastró irresistiblemente hacia la costa rocosa y yerma.

Poco después divisamos un pequeño espacio abierto entre las rocas, cerca de la boca de una ensenada, hacia donde se dirigieron todos nuestros gansos y patos. Cautelosamente, toqué tierra por fin en un punto en que la costa se alzaba sobre el agua más o menos a la misma altura que nuestra balsa, y donde al mismo tiempo aquella bastaba para mantenernos a flote.

Pusimos toda nuestra atención en descargar la embarcación. Luego buscamos un sitio conveniente para instalar una tienda a la sombra de los peñascos, y una vez que descubrimos uno, pusimos manos a la obra. Clavamos sólidamente uno de nuestros postes en una fisura de la roca, y lo apoyamos en otro poste perpendicularmente hundido en tierra, formando el caballete de nuestra tienda. A éste lo cubrimos con una lona, cuyas puntas, estirándolas a distancia conveniente a cada lado, sujetamos al suelo con estacas. Por último fijé unos ganchos de carpa en los bordes de un costado de la vela de

adelante, para así poder cerrar de noche la entrada enganchándola del lado opuesto.

Dejamos en la costa el cofre con provisiones y otros objetos pesados. Luego pedí a mis hijos que fueran en busca de hierba y musgo para esparcirlo y secarlo al sol, de modo que pudiéramos utilizarlo como lecho. Durante esta maniobra, en la cual pudo participar hasta el pequeño Francis, construí cerca de la carpa una especie de cocinilla. Unas cuantas piedras chatas hicieron de hogar. Reuní una cantidad de ramas secas, y utilicé las más grandes para levantar una cerca a su alrededor; con las más pequeñas y un poco de pasto seco encendí una vivaz hoguera para reanimarnos. Pusimos un poco de sopa solidificada y agua en nuestro caldero de hierro, que colocamos sobre el fuego. Mi esposa, con el pequeño Francis por ayudante, se encargó de preparar la cena.

Entre tanto, Fritz cargaba las armas y, provisto de una de ellas, se alejaba a lo largo del río. Jack se encaminó hacia una cadena de rocas que sobresalía al mar, con intención de recoger algunos mejillones.

Por mi parte, me ocupé entonces de atraer a tierra los dos barriles flotantes, pero me lo impedía lo empinado del sitio donde habíamos desembarcado.

Mientras buscaba a mi alrededor un lugar más favorable, oí fuertes gritos cercanos, en los cuales reconocí la voz de mi hijo Jack. Eché mano al hacha y corrí ansioso en su ayuda. No tardé en ver que se había internado en el agua hasta las rodillas, y que una gran langosta le apretaba una pierna con sus pinzas. Salté al agua sin vacilar, y el enemigo, apenas advirtió mi llegada, soltó a su presa. Persiguiéndolo con rapidez, lo sujeté por el cuerpo y me lo llevé, seguido por Jack, quien durante todo el trayecto anunció a gritos nuestro triunfo.

Siempre goloso, Ernest chilló que pusiéramos la angosta en la sopa, pero a esto se opuso su madre, observando que debíamos economizar mejor nuestras provisiones, ya que por sí sola aquélla bastaba para que cenara toda la familia. Mientras tanto, volví a dirigirme a la escena de la aventura para examinar el bajío. Luego intenté de nuevo recobrar mis dos barriles, que por fin logré llevar hasta allí, donde los instalé sólidamente.

Al regresar, felicité a Jack por haber sido el primero en obtener un animal útil para nuestra subsistencia.

Entonces intervino Ernest:

-Ah, pero yo también vi algo bueno para comer, y lo habría traído de no haber sido por el agua; ¡tendría que haberme mojado los pies!

-Oh, vaya una hazaña -exclamó Jack-; te diré lo que vio ... unos feos mejillones.

-No es verdad, Jack, lo que vi fueron ostras.

Los interrumpí dirigiéndome a Ernest.

-Me alegro, caballero. Ya que conoces tan bien el sitio donde se puede hallar ese alimento, ten la bondad de ir en su busca. En una situación como la nuestra, cada miembro de la familia debe esforzarse activamente por el bien de todos, y además, no debemos tener una molestia tan nimia como la de mojarse los pies.

-Haré cuanto pueda y de todo corazón -repuso Ernest-; al mismo tiempo traeré sal marina, de la cual vi cantidades inmensas en los huecos de las rocas. Probé un poco y era excelente.

Dicho esto, se alejó, y no tardó en volver, trayendo consigo algo que parecía sal marina, pero tan mezclada con tierra y arena que estuve por tirarla. Pero mi esposa me lo impidió; disolviéndola y filtrándola a través de un trozo de tela, comprobamos que era admirablemente adecuada para el uso.

Después de probar la sopa con un palito, mi mujer anunció que estaba lista.

-Pero Fritz no volvió aún -comentó-. Y, por otro lado, ¿cómo nos arreglaremos para tomar la sopa sin cucharas ni platos?

Ernest hizo notar que si conseguíamos algunos de esos lindos cocos, podíamos, vaciarlos y utilizar trozos de sus cáscaras como cucharas.

-Por lo menos, podríamos emplear algunas conchas de ostra -agregó.

-Me parece bien, Ernest -aprobé-. Ve, pues, pronto en busca de algunas.

Mi esposa comenzaba a inquietarse por la ausencia de Fritz, cuando lo oímos llamar desde cierta distancia. Poco después llegaba hasta nosotros, con ambas manos a la espalda.

-¿Qué trajiste? -le preguntaron sus hermanos.

-Nada en absoluto -fue su respuesta.

Pero al mirarlo noté, pese a su simulado descontento, una sonrisa de orgullo triunfal. En el mismo instante Jack, que se había deslizado detrás de él, exclamó:

-¡Un lechón, un lechón!

Entonces Fritz, orgulloso, exhibió su presa, que reconocí inmediatamente por las descripciones leí-

das en diferentes libros de viajes: era un agutí y no un lechón, como habían supuesto los muchachos.

Fritz contó que había pasado del otro lado del río, y continuó:

-Ah, es un sitio muy diferente de este ... La orilla es baja, y no tienen idea de la cantidad de cosas que el mar deposita allí. ¿Y si vamos en busca de algunos de esos tesoros?

-Paciencia -contesté-; hay tiempo para todo. Dejemos algo para hacer mañana y también pasado mañana.

CAPÍTULO 3

VIAJE DE EXPLORACION

El canto de los gallos me despertó al despuntar el alba. Llamé a mi esposa para consultarla acerca de las tareas a emprender. Acordamos buscar rastros de nuestros compañeros de viaje, examinando al mismo tiempo las características del terreno del otro lado del río antes de establecer un lugar fijo donde habitar.

Poco después despertamos a los niños. Hasta Ernest se sometió al duro destino de levantarse tan temprano.

-No podemos ir todos -expliqué-. En caso de peligro, vuestro hermano mayor y yo podremos defendernos mejor sin ustedes. De modo que los tres se quedarán con su madre en este sitio, que parece

bien protegido, y Flora se quedará a cuidarlos, mientras nosotros nos llevamos a Turco.

Alrededor de una hora tardamos en completar los preparativos para nuestra partida. Dejé cargadas las armas y aconsejé a mi esposa que de día se mantuviera lo más cerca posible de la balsa, que si surgía algún peligro era el medio mejor y más seguro de escapar.

Recorrimos unas dos leguas antes de internarnos en un bosque un poco más alejado del mar, donde nos sentamos a la sombra de un árbol, junto a un arroyuelo, sacamos algunas provisiones y comimos.

Fritz me aseguró que había divisado entre los árboles algunos animales semejantes a monos, y lo confirmaron los inquietos movimientos de Turco, que comenzó a olfatear a su alrededor, ladrando con tal vigor que hizo retumbar el bosque. Para asegurarse, Fritz exploró con cuidado los alrededores, y no tardó en tropezar con un objeto pequeño y redondo que yacía en el suelo. Me lo llevó comentando que debía ser el nido de algún ave.

-¿Por qué opinas eso? -objeté-. A mi modo de ver, se parece mucho más a un coco... Rompamos la cascara y veras adentro la fruta-. Lamentablemente,

la fruta se había secado, y se parecía mucho a un trozo de piel reseca, en modo alguno invitadora para el paladar.

Después de buscar un rato, tuvimos la buena suerte de encontrar un coco solo. Abriéndolo, comprobamos que estaba bueno, de modo que nos sentamos a comerlo como almuerzo, lo cual nos permitió reservar las provisiones que llevábamos. Después de comer con satisfacción, proseguimos nuestro camino. No salimos del bosque, sino que seguimos adelante, viéndonos a veces obligados a abrirnos paso con el hacha por entre los matorrales y las plantas trepadoras. Por fin llegamos a un llano que ofrecía un panorama más extenso y una senda menos intrincada.

Luego entramos en una selva a la derecha, donde no tardamos en observar que algunos árboles eran de un tipo especial. Fritz, que fue a examinarlos de cerca, exclamó:

-¡Oh, papá, qué árboles raros, les crecen lobanillos en los troncos!

Pronto tuve la satisfacción de asegurarle que eran arboles de calabazas, en cuyos troncos crece fruta. Fritz, que jamás había oído hablar de tales

árboles, me preguntó si el fruto era una esponja o un lobanillo.

-Procuraremos develar el misterio -contesté-. Si logras bajar uno, lo examinaremos minuciosamente.

-Ya conseguí uno, y es exactamente igual a una calabaza, aunque la cáscara es mas gruesa y dura -exclamó Fritz.

-En tal caso podrá ser utilizada, como la cáscara de esa fruta, para confeccionar diversos utensilios -comenté-; bandejas, platos, tazas, frascos. Lo llamaremos calabacero.

Enseñé a mi hijo a dividir la calabaza con un trozo de cuerda, que la cortarla de modo más parejo que un cuchillo. Até la calabaza por la mitad con la soga lo más tensa posible, golpeándola con fuerza con el mango de mi cuchillo, y la apreté más hasta que la calabaza se partió, formando dos cuencos o vasijas de forma regular. Por mi parte, no tardé en completar dos vasijas de tamaño conveniente, y otras más pequeñas que servirían como platos.

-Las dejaremos en la arena para que el sol las seque bien hasta la hora de nuestro regreso, y nos las llevaremos; pero no debernos olvidar llenarlas de arena para que no encojan ni se deformen con tanto calor.

Durante nuestras tareas, no habíamos olvidado el objeto principal de nuestra excursión: buscar a nuestros compañeros de viaje por todos los medios posibles. Pero ¡ay!, nuestros intentos fueron vanos.

Después de recorrer en total unas cuatro leguas, llegamos a un punto donde un tramo de tierra se internaba en el mar, y allí observamos una elevación de terreno o colina, a la cual resolvimos subir, pensando que desde allí veríamos con claridad todas las partes adyacentes.

Llegar a lo alto de la colina nos costó muchos esfuerzos y sudores, pero una vez allí contemplamos un paisaje bello, solitario y salvaje, que abarcaba una vasta extensión de tierra y agua. No obstante, fue en vano que utilizáramos nuestro telescopio en todas las direcciones, ya que no apareció rastro humano alguno.

Descendimos y nos encaminamos hacia un palmar, aunque nos obstruían el paso cañas entrelazadas con otras plantas. Avanzábamos lenta y cautelosamente, temerosos a cada paso de recibir la mortífera picadura de alguna serpiente que pudiera estar oculta entre ellas. Enviamos delante a Turco, para que nos previniera a tiempo de cualquier peligro. Además corté una caña de longitud y grosor

poco comunes, para defenderme contra cualquier enemigo.

No sin sorpresa, advertí que de la punta cortada de la caña brotaba una savia gomosa. Instigado por la curiosidad, probé ese liquido, que resultó ser dulce, de modo que no me quedó duda alguna de que era caña de azúcar. Volví a llevarme la caña a los labios y la chupé un rato, lo cual me reanimó sobremanera. Fritz insistió en cortar por lo menos una docena de las cañas más grandes, les arrancó las hojas, las unió y, poniéndoselas bajo el brazo, las arrastró como pudo hasta el final del cañaveral. Sin accidente, llegamos de vuelta al bosque de palmas, donde nos echamos a descansar a la sombra y terminamos nuestra comida.

Acabábamos de instalarnos cuando muchos monos de gran tamaño, aterrados al vernos y oír ladrar a Turco, treparon ágilmente a los árboles. Desde allí nos miraron fijamente, chirriando los dientes, haciendo horribles muecas y bombardeándonos con hostiles chillidos. Convencido ya de que los árboles eran palmeras cargadas de cocos, se me ocurrió obtener algunos frutos lechosos por medio de los monos.

Entonces me puse a lanzar piedras a los monos, lo cual los puso furiosos, pese a que mis proyectiles no llegaban a la mitad de la altura en que se habían refugiado. Con su habitual afán de imitación, arrancaron uno por uno todos los cocos que crecían en las ramas cercanas a ellas, para arrojárnoslos, a tal punto que nos costó esquivar los golpes. Poco después nos rodeaba gran cantidad de cocos.

Abrimos las cáscaras con un hacha, pero no sin antes chupar la leche a través de los tres agujeritos, donde nos resultó fácil introducir la punta de un cuchillo. La leche de coco no es de sabor agradable, pero si excelente para saciar la sed. Lo que mas nos gustó fue una especie de crema sólida que se adhiere a la cáscara y que raspamos con nuestras cucharas. Mezclándola con Un poco de savia de nuestras cañas de azúcar obtuvimos un delicioso alimento.

Concluida nuestra merienda, nos preparamos para salir del palmar. Atando en un lazo todos los cocos con tallos, me los eché al hombro. Fritz volvió a cargar su atado de cañas de azúcar. Nos distribuimos los demás objetos y emprendimos el regreso.

CAPITULO 4

REGRESO DEL VIAJE DE EXPLORACION

ALARMA NOCTURNA

Llegamos al sitio donde habíamos dejado en la arena nuestros utensilios de calabaza, los que hallamos perfectamente secos, duros como huesos y nada deformados. Pudimos, por consiguiente, guardarlos de manera conveniente en nuestras bolsas de caza y seguir camino.

Acabábamos de atravesar el bosquecillo en el cual desayunáramos, cuando Turco se precipitó en persecución de un tropel de monos, que se divertían y brincaban sin observar nuestra llegada. De tal modo fueron tomados por sorpresa, y antes de que pudiéramos llegar, nuestro feroz Turco se había apoderado ya de uno de ellos: una hembra que sostenía en los brazos a su hijo, al cual acariciaba casi

hasta asfixiarlo, y que le impidió escapar. Fritz corrió como un relámpago para obligar a Turco a soltar su presa, pero en vano; llegó demasiado tarde para impedir que matara a la madre.

Entonces el monito saltó ágilmente a hombros de Fritz, en cuyos tiesos rizos afirmó las patas.

-Padre, déjame quedarme con este animalito -exclamó él-. Le daré toda mi ración de leche de coco hasta que traigamos vacas y cabras. Y, quién sabe, quizá un día su instinto simiesco nos ayude a descubrir algunos frutos comestibles.

Entonces reanudamos la marcha. El huerfanito saltó al hombro de su protector, mientras yo, por mi parte, aliviaba a mi hijo del atado de cañas. No tardamos en llegar a la orilla del río y, sin darnos cuenta, cerca de nuestra familia. Desde el otro lado, Flora anunció nuestra llegada con violentos ladridos.

Turco, que comenzaba a conocer el terreno, corrió al encuentro de su compañera, y poco después aparecía a la vista nuestra querida familia. En cuanto los niños se reunieron con su hermano, estallaron en exclamaciones de júbilo:

-¡Un mono, un mono vivo! ¡Papá, mamá, un mono vivo! ¡Oh, qué delicia! ¿Cómo lo atraparon? ¡Qué cara cómica tiene!

Jack recibió mi escopeta, Ernest los cocos, Francis las cáscaras de calabaza y mi esposa mi bolsa de caza. Fritz distribuyó las cañas de azúcar.

Luego nos encaminamos a nuestra cocina, donde observamos complacidos los preparativos para una excelente comida. A un lado del fuego había un asador construido por mi esposa mediante el recurso de hundir en tierra dos trozos de leña bifurcados, sobre los cuales colocó un palo largo y parejo, aguzado en una punta. Esta invención le permitía asar pescados u otros alimentos con ayuda del pequeño Francis, a quien se confiaba la tarea de hacerla girar de vez en cuando.

Para nuestro regreso, había preparado un festín con un ganso, cuya grasa goteaba en unas conchas de ostra allí colocadas para servir de grasería. Había además una bandeja con pescados, obtenidos por los pequeños, y el caldero de hierro, puesto sobre el fuego, contenía una sabrosa sopa, cuyo aroma aumentaba nuestro apetito. A un costado velase uno de los barriles rescatados por el mar, cuya tapa había retirado mi esposa, de modo que se presentaba

ante nuestra vista un cargamento de los mejores quesos holandeses, contenidos en latas redondas.

-Lo que tú llamas ganso -explicó mi mujer-, es un ave salvaje, cazada por Ernest, que le da un nombre raro y me asegura que es buena para comer.

-Sí, papá; creo que el ave que atrapé es una especie de pingüino.

Nos sentamos en el suelo; mi esposa había servido cada elemento de la comida en una de nuestras bandejas nuevas. Impacientes, mis hijos ya habían abierto los cocos, comprobando su delicioso sabor, tras lo cual se dedicaron a fabricar cucharas con los fragmentos de las cáscaras. El monito fue servido el primero, y luego cada uno se entretuvo en hacerle chupar la punta de su pañuelo, mojada en la leche del coco.

Los niños se preparaban a abrir con el hacha otros cocos, después de haberles sacado la leche por los tres agujeritos, cuando les ordené que esperaran y fueran a buscarme un serrucho. Se me había ocurrido que dividiendo cuidadosamente el coco con este instrumento, las dos mitades, una vez raspadas, conservarían la forma de tazas o cuencos ya adaptados a nuestras manos. Jack me llevó el serrucho. Cumplí mi tarea lo mejor que pude, y poco después

cada uno de nosotros estaba provisto de un plato conveniente para comer.

Cuando concluimos nuestra cena, el sol se ocultaba de nuestra vista. Mi esposa había recogido una cantidad mucho mayor de pasto seco, que distribuyó dentro de la carpa, de modo que anticipábamos con alegría la perspectiva de tendernos sobre una superficie algo parecida a un colchón, mientras que la noche anterior nuestros cuerpos parecían tocar el suelo.

Nuestras aves de corral se instalaron Igual que la noche precedente; pronunciamos nuestras oraciones y nos acostamos tranquilos dentro de la carpa, llevándonos al monito, que se había convertido en favorito de todos. Profundamente fatigado por los esfuerzos del día, no tardé en sumirme en profundo sueño.

Sin embargo, no hacía mucho que lo gozaba cuando me despertaron las aves s, los violentos ladridos de los perros. Me levanté al instante, seguido por mi esposa, Fritz, y cada uno empuñando un arma, salimos.

No llegamos a alejarnos muchos pasos de la carpa cuando la luz de la luna ríos permitió ver un terrible combate. Por lo menos una docena de cha-

cales había rodeado a nuestros valerosos perros, que se defendían con todo valor.

-Pronto tranquilizaremos a esos caballeros -declaré-. Hagamos fuego al mismo tiempo, hijo mío, pero con cuidado al apuntar, para no matar los perros.

Disparamos y dos de los intrusos cayeron instantáneamente muertos sobre la arena, mientras los demás huían.

Turco y Flora los persiguieron y dieron fin a lo que nosotros habíamos iniciado, concluyendo la batalla con el festín que se hicieron con la carne de sus enemigos caídos. Al ver que todo estaba tranquilo, mi esposa nos instó a que volviéramos a acostarnos para seguir durmiendo. Como nada más nos lo impedía, nos acostamos hasta que amaneció y los gallos, con sus agudos anuncios matinales, nos despertaron a los dos.

CAPÍTULO 5

REGRESO A LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

En ese instante me levanté, exclamando con animación:

-Arriba, niños, es casi de día y tenemos proyectos importantes para hoy.

Debíamos comenzar por pensar en el desayuno, ya que el apetito de los pequeños se abre junto con sus ojos. Ese día su madre no podía ofrecerles para su merienda matinal otra cosa que un poco de bizcocho, tan duro y reseco que nos costó tragarlo. Fritz pidió un pedazo de queso para comer con él, y Ernest investigó en el segundo barril rescatado del mar, para comprobar si también contenía queso holandés. Un minuto más tarde regresaba junto, a

nosotros, con los ojos chispeantes de alegría y diciendo:

-Padre, ¿no te parece que un poco de manteca en nuestro bizcocho lo mejoraría?

En un instante los niños rodearon el barril, mientras yo procuraba idear la mejor manera de alcanzar su contenido. Por fin se me ocurrió practicar en el fondo del barril un agujero cuyo tamaño permitiera sacar una pequeña cantidad de manteca por vez, y me puse a confeccionar para tal fin una palita de madera. Logré todo esto sin dificultad, y nos sentamos a comer poniendo en el suelo algunos bizcochos, y una cáscara de, coco llena de manteca salada, a cuyo alrededor nos reunimos todos.

-Y ahora, manos a la obra... Fritz, date prisa y prepárate, que hoy emprenderemos nuestro viaje hasta el navío para sacar de él lo que sea posible. Tus hermanos menores se quedarán aquí bajo la protección de mamá.

Mientras Fritz preparaba la balsa, yo busqué un poste, le até una tela blanca en la punta y lo hundí en el suelo, en un sitio que permitiera divisarlo desde el barco. Luego acordé con mi esposa que, en caso de algún accidente que exigiera mi presencia

inmediata, retiraran el poste y dispararan tres veces un arma en señal de alarma; yo volverla enseguida.

Embarcamos en silencio, echando ansiosas miradas a los objetos amados de los que nos separábamos. Fritz remaba sin cejar, mientras yo hacia lo posible por secundar sus esfuerzos por medio del remo que utilizaba como timón. Nos habíamos alejado a cierta distancia cuando advertí una corriente que era visible desde lejos. Poco después llegábamos sanos y salvos a la grieta del navío, en una de cuyas vigas ajustamos sólidamente nuestra embarcación.

Fritz se dirigió a la cubierta principal, donde h reunidos a todos los animales que dejáramos a bordo. Yo lo seguí, complacido al observar con qué generosa impaciencia aliviaba las necesidades de las pobres bestias que nos saludaban con los sonidos naturales de sus especies. No era tanto la falta de comida como el deseo de ver a sus habituales acompañantes humanos lo que les hacía manifestar así su alegría, ya que aun les quedaba una parte de la comida y el agua que les habíamos dejado. Luego examinamos la comida y agua de los demás animales, retirando lo que estaba medio estropeado y agregando una nueva provisión.

Mientras, sentados, apaciguábamos los reclamos del hambre, Fritz y yo nos consultamos en cuanto a cuál sería nuestra primera ocupación. Sorprendido, le oí aconsejar que confeccionáramos una pequeña vela para nuestra balsa.

-En nombre del cielo, ¿por qué se te ocurre eso en momento tan crítico, cuando debemos resolver muchas cosas imprescindibles? -exclamé.

-Es verdad, papá, pero me resultó difícil remar durante tanto tiempo -explicó mi hijo---. Ahora como al regresar no nos ayudará la corriente, pensé que podríamos sustituirla con el viento. Una vez cargada, nuestra balsa quedará muy pesada.

Le ayudé a transportar un poste bien fuerte como mástil, y, otro, no tan grueso, como verga. Le indiqué luego que, con un cortafrío, hiciera en una tabla un agujero que permitiera enderezar en él al mástil. Hecho esto, fui al depósito de lonas, donde corté en forma triangular una vela grande, le hice agujeros a lo largo del borde y pasé sogas por ellos, Luego buscamos una polea, y con ésta y algunas sogas, logramos una vela.

Después de observar por un telescopio lo que pasaba en tierra, Fritz anunció la buena nueva de que nuestra familia seguía bien. Poco después me

llevó un pequeño estandarte, cortado de un trozo de tela, insistiendo en que lo atara al extremo del mástil. Bautizó a nuestra embarcación con el nombre de "El Rescate".

Mientras tanto avanzaba el día, y vi que tendríamos que pasar la noche en nuestras tinas sin haber progresado mucho en nuestra tarea de vaciar la nave. Habíamos prometido a nuestra familia izar una bandera como señal si pasábamos la noche sin regresar, y comprendimos que el estandarte era precisamente lo adecuado para tal fin.

En el camarote del capitán hallamos algunas vajillas de plata y un cofrecito que contenía muchas botellas de excelente vino. Cargamos en nuestra embarcación unas y otros. Luego bajamos a la cocina, donde recogimos parrillas, ollas, vasijas de toda clase, un pequeño asador, etcétera. Nuestro último hallazgo fue un cajón de manjares, entre ellos jamones, salchichas y otros alimentos sabrosos. Yo tomé precauciones para no olvidar algunas bolsas de maíz, trigo y otros cereales, así como algunas papas. Agregamos además los útiles de labranza que pudimos encontrar: palas azadones, zapas, rastrillos, etcétera.

Fritz me convenció de que agregáramos a nuestro cargamento algunas hamacas y cierta cantidad de mantas; y como hasta ese momento las armas eran la fuente de su placer, agregó las que pudo hallar, especialmente costosas o de estructura peculiar junto con algunos sables y navajas. Los últimos objetos que nos llevamos fueron un barril de azufre, algunas sogas, un poco de cuerda y un rollo grande de lona. Nos pareció que, en el estado en que se hallaba el navío, la menor tempestad lo haría pedazos. Por consiguiente, no estábamos seguros de poder volver a visitarlo más.

Reservamos la primera y última tina para sentarnos en ella y remar. La embarcación se hundía tanto en el agua que, de no haberse hallado en calma el mar, nos habría obligado a desprendernos de una parte de la carga. De todos modos, tuvimos la precaución de ponernos nuestros chalecos salvavidas, por temor de que ocurriera algún contratiempo.

CAPITULO 6

UN TROPEL DE ANIMALES EN CHALECOS DE CORCHO

Temprano a la mañana siguiente subí al navío, con la esperanza de divisar por el largavista a nuestros amados compañeros. Fritz preparó el desayuno con bizcocho y jamón, pero antes de bajar, recordamos haber visto en el camarote del capitán un telescopio mucho más grande y poderoso, que nos apresuramos a llevar a cubierta. Mientras esto hacíamos, amanecía. Acercando el ojo al lente, descubrí a mi esposa que salía de la tienda y miraba con atención hacia la nave.

Esto me quitó un peso del corazón.

-Ahora que he visto a tu madre, me preocupan los animales de a bordo -dije a Fritz-; procuremos

salvar las vidas de algunos, por lo menos, llevándolos con nosotros.

-Atemos al cuerpo de cada animal un chaleco salvavidas, y echémoslos a todos al agua. Verás que nadan como peces, y podremos conducirlos de esa manera.

-Tienes razón, hijo; tu idea es admirable. Por lo tanto, no perdamos un momento, en hacer el experimento.

Apresurándonos a poner manos a la obra, colocamos a un cordero un salvavidas y lo arrojamos al agua. Lleno de ansiosa curiosidad, seguí con la mirada al pobre animal. Al principio se hundió, pero no tardo en reaparecer, sacudiéndose el agua de la cabeza, y pocos segundos más tarde había aprendido a la perfección el arte de nadar.

Luego sacamos cuatro pipas pequeñas con agua.

Las vacié y volví a cerrarlas cuidadosamente; hecho esto, las uní con un pedazo grande de lona, clavando una punta a cada tonel. Reforcé esto con otro pedazo de lona, y destiné este artefacto a sostener la vaca y el asno, dos toneles para cada uno, instalando al animal en el medio, con un tonel de cada lado. Para afirmar todo esto, agregué una correa de cuero, que desde los toneles se extendía so-

bre el pecho y ancas del animal. Así, en menos de una hora, mi vaca y mi asno quedaron equipados para nadar.

Le tocó luego el turno a los animales pequeños; de estos fue la cerda, la que más trabajo nos dio. Primero tuvimos que colocarle un bozal para impedirle morder; luego atamos bajo su cuerpo un pedazo grande de corcho. Las ovejas y cabras fueron más dóciles, de modo que no tardamos en tenerlas listas para nuestra aventura. Ya habíamos logrado reunir en cubierta a nuestro pequeño grupo, listo para el viaje. Atamos una soga a los cuernos o el pescuezo de cada animal, y a la otra punta de aquélla un trozo de madera similar a la utilizada para marcar redes, de modo que nos resultara fácil asir las cuerdas y así atraernos al animal, si era necesario.

Llegó luego el turno a la vaca, y como ésta era infinitamente más valiosa que el asno, mis temores aumentaron en debida proporción. Tan valerosamente había nadado el asno, que se hallaba ya a considerable distancia de la nave, de modo que quedó lugar suficiente para nuestro experimento con la vaca. Nos costó más empujarla por la borda, pero llegó al agua tan a salvo como antes el asno; no se hundió tanto en ella y los barriles vacíos la soste-

nían con igual perfección; inició su trayecto con una especie de digna compostura.

Igual método aplicamos con toda nuestra tropa, a cuyos integrantes arrojamamos uno por uno al agua, donde poco a poco aparecieron en un grupo, flotando con soltura y aparentemente satisfechos.

Por último nos pusimos nuestros chalecos salvavidas de corcho, y luego descendimos sin contratiempo por la hendidura, nos instalamos en la embarcación y pronto nos hallamos en medio de nuestra tropa de cuadrúpedos. Recogiendo con cuidado todos los trozos flotantes de madera, los sujetamos a la popa de la balsa para remolcarlos. Una vez todo listo y nuestra compañía en orden, izamos la vela, que no tardó en llenarse con un viento favorable que nos condujo a tierra sanos y salvos.

Aunque me sorprendió no encontrar ningún miembro de mi familia buscándonos en la costa, no podíamos emprender su búsqueda hasta haber desembarazado a nuestros animales de sus aparatos natatorios. Apenas habíamos iniciado esta tarea, cuando me aliviaron los alegres sonidos que llegaban a nuestros oídos. Los proferían mi esposa y mis hijos menores, quienes no tardaron en llegar a

nuestro lado, todos en excelente salud y ansiosos por recibirnos.

CAPÍTULO 7

CONSTRUCCION DE UN PUENTE

-Planeemos bien nuestras actividades antes de partir de aquí. Primero debemos construir entre las rocas un depósito para nuestras provisiones y otros objetos, donde podamos refugiarnos y defendernos en caso de invasión al bosque. Hecho esto, debemos luego construir un puente sobre el río, para poder pasarlo con nuestra familia y equipajes.

-Que sea un puente, pues -aceptó mi esposa-, y espero que dejes aquí nuestra provisión de pólvora, ya que nunca estoy tranquila teniéndola tan cerca; una tormenta eléctrica o alguna acción irreflexiva de uno de los niños podría exponernos a graves peligros.

-Tienes razón, querida, y prestaré suma atención a lo que sugieres. Conservaremos a mano sólo una

pequeña cantidad para uso diario, y yo prepararé para el resto un lugar entre las rocas, donde esté a salvo del fuego o la humedad.

De tal modo decidimos la importante cuestión de trasladarnos a una nueva morada, después de lo cual establecimos un plan de trabajo para el día, antes de llamar a nuestros hijos. Fácil resulta imaginar el deleite con que recibieron nuestro proyecto, que les ofrecía la novedad de mudarnos al bosque, para vivir bajo los gigantescos árboles. Llenos de alegría, propusieron que se bautizara al sitio "Tierra Prometida".

Entonces nos dedicamos a buscar nuestro desayuno, Fritz sin descuidar a su mono.

Mientras tanto yo preparaba la embarcación para un nuevo viaje hasta el navío, de donde traería una cantidad suficiente de tablas y leños para el puente. Después del desayuno, partimos, y yo llevé conmigo no sólo a Fritz, sino a Ernest, para poder cumplir nuestro objetivo en menos tiempo. Remamos con vigor hasta llegar a la corriente, que pronto nos arrastró fuera de la bahía, pero apenas si habíamos pasado cerca de un pequeño islote que se extendía a un costado, cuando advertimos una enorme cantidad de gaviotas y otras aves. Curioso

por descubrir el motivo de semejante reunión, conduje la balsa hacia ese sitio, pero al comprobar que avanzaba con lentitud, icé la vela.

Nuestra expedición deleitaba sobremanera a Ernest. Le extasiaba ver cómo se henchía la vela, y el movimiento del estandarte en el aire. Por su parte, Fritz no apartó ni por un momento la mirada del islote ocupado por las aves. Poco después exclamó:

-Ya veo qué es... todas las aves picotean un pez monstruoso que yace muerto en el suelo.

Me acerqué lo suficiente como para poner pie en tierra, y una vez que anclé la balsa con una pesada piedra, nos acercamos cautelosamente a las aves. No tardamos en comprobar que el objeto que las atraía era, en efecto, un pez enorme, arrojado allí por el mar.

Ernest retiró de su arma la baqueta de hierro, y golpeando con ella a derecha e izquierda entre las aves, no tardó en dispersarlas. Yo observé en el suelo algunas tablas y leños recientemente arrojados por el mar sobre aquella isleta. Midiendo las más grandes, advertimos que corresponderían a nuestro propósito, y con ayuda de la alzaprima y una palanca que llevábamos, logramos cargarla en la embarcación.

Con gran esfuerzo, conseguimos atar juntos los leños, con tablas encima, a manera de almadía, y los unimos a la punta de la embarcación, de modo que cuatro horas después de nuestra partida estábamos ya listos para emprender el regreso. Volví a remar hacia la corriente, que no tardó en conducirnos a mar abierto. Luego viré en redondo y reanudé la ruta directa hacia la bahía.

De nuevo llegamos sanos y salvos a la costa, donde mi esposa apareció entre sus dos pequeños, de vuelta del río. Cada uno llevaba en la mano un pañuelo, que parcela contener alguna nueva adquisición. El pequeño Francis llevaba sobre el hombro una red de pesca en forma de bolsa y colgada de un palo.

En cuanto oyeron nuestras voces, corrieron a recibirnos, sorprendidos de vernos regresar tan pronto.

Jack fue el primero en llegar junto a nosotros, y su primer acto fue abrir el pañuelo que llevaba consigo, y arrojar a nuestros pies una gran cantidad de langostas marinas; su madre y el pequeño Francis traían una cantidad igual, formando en conjunto un prodigioso montón, y todas vivas. Así teníamos

aseguradas excelentes comidas, por lo menos para algunos días.

Una vez que hubimos relatado nuestro viaje, mi esposa se dedicó a preparar una de esas langostas.

Mientras tanto, Fritz y yo desarmábamos la balsa de leños y tablas, que retiramos de la embarcación. Hecho esto, imité a los lapones cuando enjaezan a sus renos para que tiren de sus trineos. En vez de tirantes, cabestros, etcétera, rodeé el pescuezo del asno con un pedazo de sogá, haciéndole en una punta un nudo corredizo y pasándole la otra por entre las patas, a las cuales até el trozo de madera que deseaba retirar. Enjaecé a la vaca de igual manera, y esto nos permitió trasladar nuestros materiales, trozo por trozo, al sitio que el arquitecto Jack había elegido en el río como más adecuado para nuestro puente. A decir verdad, su criterio me pareció excelente, pues en ese lugar, la ribera de cada lado era empinada y de igual altura. Hasta había, de nuestro lado, un viejo tronco un me pareció de árbol que, según me pareció ser utilizado.

-Y bien, muchachos -comencé-; hay que empezar por ver si nuestros leños son lo bastante largos llegar al otro lado; a primera vista, creo como para que lo son, pero si tuviéramos un plano de agrimen-

sor podríamos comprobarlo, en vez de trabajar al azar.

-Pero mi madre tiene algunos ovillos de bramante, con los cuales midió la altura del árbol gigante -interrumpió Ernest---, y sería lo más fácil atar una piedra a la punta de uno de ellos y arrojarla del otro lado del río; entonces podríamos acercarla al borde mismo y así obtener la longitud exacta requerida para nuestros leños.

-Excelente idea -exclamé-; corre pronto y tráeme el ovillo.

Regresó sin perder tiempo. Atando la piedra, la arrojamos al otro lado como planeáramos, para luego acercarla suavemente a la orilla del río, marcando el sitio donde se apoyaría el puente. Después medimos la cuerda y comprobamos que la distancia de un lado a otro del río era de seis metros.

Nos dirigimos todos a casa, y al entrar en la cocina, descubrimos que nuestra buena despensera nos había preparado una gran bandeja de langostas. Pero antes de saborearlas, insistió en que viéramos algo que había confeccionado, y nos mostró dos bolsas destinadas al asno, y que había cosido con bramante.

Después de consultarnos en cuanto al modo de tender nuestros leños sobre el río, lo primero que hice fue atar uno de ellos al tronco del árbol ya mencionado, por medio de una sogá resistente y lo bastante larga como para rodar libremente el tronco. Hecho esto, até una segunda sogá a la otra punta del leño y, atándole una piedra en el extremo, la arrojé a la orilla opuesta. Luego pasé al río como antes, provisto de una roldana, que sujeté a un árbol; pasé por ella mi segunda sogá y, cruzando de nuevo el río con ésta en la mano, logré uncir el asno y la vaca a la punta de la sogá.

Después alejé de la orilla del río a los animales, que se resistieron al principio, pero los obligué a tirones.

Primero apoyé con firmeza una punta de la viga al tronco del árbol, y entonces ellos tiraron de la otra punta, de modo de avanzar gradualmente hacia el río. Poco después la vi tocar el lado opuesto, donde por fin quedó fija y firme por su propio peso.

Así tendido al primer leño, la dificultad quedaba considerablemente reducida; a éste le fueron añadidos un segundo y un tercero. Situados en lados opuestos del río, Fritz y yo los colocamos a la distancia necesaria unos de otros y para formar un

puente ancho sólido. Quedaba ahora por cruzarles encima algunas tablas cortas, bien cercanas entre si, y lo hicimos con tal celeridad que nuestra construcción quedó concluida mucho antes de lo que habría imaginado posible.

CAPÍTULO 8

CAMBIO DE MORADA

La mañana siguiente reuní a mi familia para despedirnos solemnemente de nuestro primer refugio después del espantoso desastre del naufragio. Confieso que no iba a dejarlo sin pena, va que nos proporcionaba más seguridad de la que probablemente volveríamos a encontrar en otro sitio.

Di instrucciones a mis hijos para que reunieran todo nuestro rebaño de animales, dejándome el asno y la vaca para poder cargarlas con las bolsas como ya se había acordado. Practiqué un tajo a lo largo, en medio de cada uno, y até a cada lado de aquéllos varios trozos largos de sogas que, entrecruzados, vueltos a unir y sujetos, servían para sostener las bolsas sobre el lomo del animal.

Luego comenzamos a reunir todos los objetos que más falta nos harían durante los dos o tres primeros días en nuestra nueva morada. Por fin agregué nuestras cuatro hamacas para completar la carga, y nos disponíamos a emprender la marcha cuando mi esposa me detuvo, diciendo:

-No debemos abandonar nuestras aves, pues temo que se conviertan en presa de los chacales. Tenemos que arreglarles lugar entre el equipaje, y también para nuestro pequeño Francis, que no puede caminar tan lejos. También está mi bolsa mágica, que recomiendo a tu especial cuidado -continuó, sonriente-, ya que, ¿quién sabe qué puede salir todavía de ella para tu placer?

Entonces coloqué al niño a lomos del asno, asegurando la bolsa mágica de modo que lo sostuviera, los até con tanta sogá que el animal podría hasta haber galopado sin peligro de que su jinete cayera.

Luego até a las aves por las patas y alas y las coloqué dentro de una cesta cubierta con una red, que instalé triunfante encima de nuestro equipaje.

Empacamos y colocamos en la carpa todo lo que íbamos a dejar, y sujetamos las puntas de la lona de la entrada clavándolas con estacas en el suelo.

Por fin, nos pusimos en movimiento: cada uno de nosotros, grande o, pequeño, llevaba un arma al hombro y un morral a la espalda. Del otro lado del río experimentamos un inconveniente del todo inesperado.

El tentador aspecto de la hierba, que allí crecía en profusión, atrajo a nuestros animales, que se alejaron de nosotros para comerla, de modo que, a no ser por los perros, no habríamos podido llevarlos de vuelta ala ruta que llevábamos. De todos modos, temiendo un hecho similar, dirigí nuestra marcha hacia la derecha, a lo largo de la orilla, donde la vegetación no sería tan atractiva para ellos. Pero apenas si habíamos avanzado unos pasos por la arena, cuando nuestros dos perros, que se habían quedado atrás entre las hierbas, lanzaron una especie de aullido, como si se hubieran enfrentado con; algún animal formidable. En un instante, Fritz se echó la escopeta a la cara, listo para hacer fuego; Ernest, siempre un poco tímido, se refugió junto a su madre; Jack corrió valerosamente en pos de Fritz con el arma al hombro, mientras que yo, temeroso de que los perros fueran atacados por alguna bestia salvaje y peligrosa, me preparaba para avanzar en su auxilio.

Pero la juventud siempre rebosa de ardor, y pese a mis exhortaciones de que actuaran con cautela, los niños llegaron en tres saltos al sitio de donde provenía el ruido. En un instante, Jack volvía a mi encuentro, palmoteando y gritando:

-Apúrate, papá, apúrate: aquí hay un puercoespín monstruoso.

No tardé en llegar al sitio, donde comprobé que realmente era tal como decían. Con las narices ensangrentadas, los perros corrían alrededor del puercoespín de un lado a otro; cuando se le acercaban demasiado, aquél emitía un sonido aterrador, arrojándoles sus púas con tal violencia, que muchas habían penetrado en la piel de los animales, donde quedaban clavadas.

Sacando una de las pistolas que llevaba al cinto, Jack apuntó a la cabeza del puercoespín con tal exactitud, que éste cayó muerto en cuanto aquél disparó, y antes de que advirtiéramos sus propósitos.

Entonces nos reunimos todos alrededor del extraordinario animal, al cual la naturaleza había provisto de una fuerte defensa al armar todo su cuerpo con largas lanzas.

Mientras los niños conversaban, mi esposa y yo nos apresuramos a socorrer a los perros, quitándos-

les las púas y examinando sus heridas. Fritz se adelantó con su escopeta, en la esperanza de encontrarse con algún animal de presa. Lo que más deseaba era hallar una o dos avutardas grandes que su madre le había descripto. Nosotros lo seguimos sin prisa, hasta que por fin, sin más accidentes ni aventuras, llegamos al lugar de los árboles gigantes.

-¡Cielo santo, qué árboles! ¡Qué altos! ¡Qué grandes! ¡Nunca oí hablar de algo tan prodigioso! -exclamaron todos.

-Nada más racional que vuestra admiración -contesté yo-. Mi querida esposa, te corresponde todo el honor de haber descubierto tan acogedora morada. Ahora debemos preparar una carpa lo bastante grande para contenernos a todos en uno de estos árboles, lo cual nos pondrá a salvo de las bestias salvajes.

Comenzamos entonces a librar a nuestros animales de sus cargas, después de haber arrojado sobre el césped la nuestra. Después adoptamos la precaución de unirles las patas delanteras con una soga, para impedir que se alejaran o extraviaran. Devolvimos la libertad a las aves y luego, sentándonos en el pasto, celebramos una reunión de familia sobre el tema de nuestra futura instalación. Por mi

parte, me inquietaba un poco la cuestión de nuestra seguridad durante la noche siguiente, pues ignoraba la índole del vasto territorio que nos rodeaba y qué posibilidad existía de que nos atacaran diferentes clases de animales salvajes.

Por consiguiente, comuniqué a mi esposa que procuraría que todos durmiéramos en el árbol aquella misma noche.

CAPITULO 9

CONSTRUIMOS UNA ESCALERA

Concluida nuestra comida, dije a mi esposa que nos veríamos obligados a pasar la noche en tierra. Le pedí que comenzara a preparar los arneses para los animales, de modo de poder llevarlos a la costa en busca de algunos trozos de madera u otros objetos que pudieran sernos útiles. Mientras tanto, me dediqué a colgar nuestras hamacas del arco de algunas raíces de árboles.

Luego me dirigí a la costa con mis dos hijos mayores, a fin de elegir los trozos de madera más adecuados para los peldaños de mi escalera. Ernest tuvo la suerte de hallar algunas cañas de bambú en una especie de pantano. Las arranqué con su ayuda, les limpié completamente el barro; quitándoles las

hojas, comprobé que eran precisamente lo que yo deseaba.

Entonces las corté con el hacha en trozos de un metro veinte o un metro cincuenta de largo; los niños las ataron en haces y nos dispusimos a regresar con ellas al sitio de nuestra morada. Luego separé algunos tallos de los más rectos y delgados para confeccionar flechas. A cierta distancia del lugar en que me hallaba, advertí una especie de matorral donde esperaba encontrar algunas ramas nuevas y flexibles; hacia allí nos dirigimos, pero con las armas listas, temerosos de que fuera la guarida de algún reptil o animal peligroso. Flora, que nos acompañaba, iba adelante.

Apenas llegábamos al matorral cuando la perra dio varios saltos y se arrojó furiosa en medio de las matas. De ellas surgió una bandada de grandes flamencos, que con estrépito de alas se remontó en el aire. Cuando Fritz hizo fuego, dos de esas aves cayeron entre la maleza. Una estaba muerta; la otra, apenas levemente herida en un ala, al no poder volar, corrió hacia el agua con tal rapidez que temimos que se nos escapara. Lleno de júbilo, Fritz se internó en el agua hasta las rodillas para recoger al flamenco muerto, y le costó mucho volver a salir. Por

mi parte, actué con más cautela para perseguir al ave herida. Acudiendo en mi ayuda, Flora se adelantó, atrapó al flamenco y lo sujetó hasta que llegué allí y lo puse bajo mi protección. Todo esto fue logrado con bastante dificultad, pues el ave se resistió vigorosamente, aleteando con violencia un buen rato. Sin embargo, conseguí por fin, dominarla.

Fritz, que no tardó mucho en zafarse del pantano, apareció entonces llevando por las patas al flamenco muerto, pero a mí me costó más llevar el mío, ya que mucho ansiaba conservarlo vivo. Pese a que le até las patas y alas con el pañuelo, siguió agitando de manera inquietante, procurando escapar. Sosteniéndolo bajo el brazo izquierdo, y a mi escopeta con la mano derecha, salté lo mejor que pude hacia mis hijos, aunque a constante riesgo de hundirme en el lodo, que era muy profundo.

Grande fue la alegría de los muchachos cuando vieron que mi flamenco estaba vivo.

Entonces pensamos en regresar. Ernest tomó a su cargo las cañas; Fritz llevó consigo al flamenco muerto, y yo volví a tomar a mi cuidado el que estaba vivo.

Por fin llegamos de vuelta junto a nuestros árboles gigantes, donde todos quedaron encantados al ver nuestras nuevas presas.

Examinando la herida del flamenco, comprobé que la bala le había lastimado solamente un ala, pero la otra lo estaba también levemente, como resultado de haberla apretado el perro. Apliqué en ambas ungüento que pareció aliviar inmediatamente el dolor. Luego até el ave por una pata y mediante una larga cuerda a una estaca que clavé en tierra, bien cerca del río, de modo que pudiera bañarse cuando quisiera.

Hecho esto, ordené a Fritz y Ernest que midieran nuestra provisión de sogas gruesas, de la cual necesitaba no menos de veinticinco metros para ambos lados de la escalera. A los dos menores los empleé en recoger todo el bramante utilizado para medir y llevárselo a su madre.

Por mi parte, me senté en el pasto para fabricar algunas flechas con un trozo de bambú y las puntas cortas y aguzadas de las cañas que tanto me había empeñado en obtener. Como las flechas eran huecas, las llené con la arena húmeda para darles algo de peso, y por último les coloqué en la punta un trozo de pluma del flamenco, de modo que volarán

derechas. Apenas había concluido mi labor cuando los niños me rodearon brincando.

-¡Un arco, un arco, y flechas de verdad! -exclamaron, dirigiéndose unos a otros, y luego corrieron a mi lado-. Dinos, papi, ¿qué harás con ellos?

-Paciencia, hijos míos. Querida, ¿tienes hilo fuerte? Necesito un poco inmediatamente -agregué dirigiéndome a mi esposa.

-Veremos qué puede hacer por ti mi bolsa mágica, que hasta ahora, nunca ha negado su ayuda -repuso ella, abriéndola-. A ver, bolsa linda, dame lo que pido; mi esposo necesita hilo que debe ser bien fuerte ... Fíjate, ¿no te prometí que tus deseos se cumplirían? Aquí tienes un gran ovillo de hilo tal cual lo necesitas.

En ese preciso momento Fritz, que acababa de medir el bramante, se reunió con nosotros, trayéndome la buena nueva de que nuestra provisión bastaba y sobraba para la escalera que yo quería construir. Entonces ató la punta del ovillo de hilo fuerte a una flecha, y acercándola al arco, la arrojé en tal dirección que pasó por sobre una de las más grandes ramas del árbol y cayó de nuevo al suelo. Mediante este método dejé bien firme el bramante, sin perder abajo el dominio de la punta y el ovillo. Fácil

me resultó entonces atar un pedazo de sogá a la punta del hilo, y estirlarla hasta que el nudo llegó a la misma rama.

Lo primero que hice fue cortar un trozo de sogá de unos treinta y cinco metros y dos centímetros de grosor que dividí en dos partes iguales, las cuales tendí en el suelo en dos líneas paralelas a una distancia de treinta y cinco centímetros una de otra. Luego indiqué a Fritz que cortara pedazos de caña de azúcar de unos setenta centímetros de largo cada una. Mientras Ernest me las alcanzaba una a una, yo las introducía entre mis sogas a una distancia de veinticinco centímetros respectivamente, asegurándolas con nudos, mientras que Jack, siguiendo mis órdenes, clavaba un largo clavo en ambos extremos de cada una, para impedir que se soltaran.

De tal modo, no tardé mucho en construir una buena escalera. Entonces la até con fuertes nudos a una punta de la sogá que colgaba del árbol, y la icé por medio de la otra hasta que la escalera llegó a la rama.

Todos los niños querían ser el primero en subir por ella, pero yo decidí que fuera Jack, ya que era el más ágil y liviano de ellos.

Entonces intervino Fritz asegurándome que era capaz de ascender con tanta seguridad como su hermano. Sujetando la punta de la escalera al suelo con estacas bifurcadas, yo le expliqué cómo pisar de modo de distribuir su peso, ocupando al mismo tiempo cuatro peldaños de la escalera con sus manos y pies. No tardamos mucho en, verlo aparecer en lo alto junto a Jack, saludándonos ambos con gritos de entusiasmo. Fritz se dedicó a afirmar la escalera, pasando la soga una y otra vez alrededor de la rama, y lo hizo con tal habilidad e ingenio, que resolví subir yo también, para finalizar la tarea por él iniciada.

Pero antes até a la punta de la soga una roldana grande, que me llevé. Una vez arriba, sujeté la roldana a una rama a mi alcance, lo cual me permitiría al día siguiente izar las tablas y leños que me harían falta para construir mi castillo aéreo. Ejecuté todo esto a la luz de la luna, con la satisfacción de haber llevado a buen término la tarea del día. Luego bajé con cuidado por mi escalera y me reuní con mi esposa e hijos.

Aquella me mostró entonces la tarea que había cumplido en el día: unos tirantes y unos arreos para la vaca y el asno. Como recompensa por su empeño

y esfuerzos, le prometí que al día siguiente nos hallaríamos todos instalados en el árbol. Luego nos reunimos a cenar.

Y después, los bostezos de uno y el desperezarse de otro nos indicaron que era tiempo para que nuestros jóvenes trabajadores se fueran a descansar.

CAPITULO 10

NOS INSTALAMOS EN EL ARBOL GIGANTE

La mañana siguiente nos desayunamos e iniciamos la tarea. Una vez concluida su diaria ocupación de ordeñar la vaca y preparar el desayuno, mi esposa partió a la costa acompañada de Ernest, Jack y Francis y llevando al asno. No dudaban de que hallarían algunos trozos más de leña que repusieran nuestra exhausta provisión.

En su ausencia, yo subí al árbol con Fritz y efectué los preparativos necesarios para mi intento, para el cual lo hallé conveniente en todos los aspectos, pues las ramas crecían cercanas entre sí y en dirección exactamente horizontal. Con el serrucho o el hacha, corté las que podían estorbar mis propósitos. Dejé como soporte para el piso aquellas que se ex-

tendían de manera pareja sobre el tronco y en un circuito más vasto. Por encima de éstas, a una altura de dieciséis metros, hallé otras de las cuales podríamos colgar nuestras hamacas, y más arriba aún, otra serie de ramas, destinadas a sostener el techo de mi carpa, que por el momento no sería sino una amplia superficie de lona.

Todos estos preparativos fueron sumamente lentos. Fue necesario subir hasta aquella altura algunas vigas demasiado pesadas para que mi esposa y sus pequeños ayudantes pudieran levantarlas del suelo. Sin embargo, contaba con mi roldana, de modo que Fritz y yo nos arreglamos para izarlas hasta la elevación de la carpa, una por una. Cuando ya tenía dos vigas colocadas sobre las ramas, me apresuré a fijar sobre ellas mis tablas, construyendo el piso doble, de modo que tuviera solidez suficiente si las vigas se movieran de su sitio. Luego construí alrededor, como precaución, una pared de estacas de madera, semejante a la cerca de un parque.

Esta operación, y un tercer viaje a la costa en busca de la madera necesaria, llenaron nuestra mañana de manera tan completa que ninguno de nosotros pensó en la comida. Por esta vez nos contentamos con un poco de jamón y algo de leche

antes de terminar nuestro palacio aéreo. Desenganchamos nuestras hamacas de las raíces que sobresaltan y, por medio de nuestra roldana, logramos izarla a lo alto del árbol.

El techo de lona era sostenido por las ramas gruesas de arriba, y como era muy grande y colgaba por todos lados, se me ocurrió clavarlos en los costados a la empalizada, obteniendo de ese modo no sólo un techo, sino también dos paredes, mientras que el inmenso tronco del árbol formaba un tercer costado y en el cuarto se hallaba la entrada de nuestra vivienda. En éste dejé una gran abertura, como medio de ver lo que pasaba afuera y para dejar entrar una corriente de aire que nos refrescara en aquella ardiente temperatura.

Corno observé que nos quedaban todavía algunas tablas, nos dedicamos a construir una gran mesa que rodearíamos con bancos, diciendo que ese sitio sería nuestro comedor.

Por fin, nos sentamos alrededor de nuestra mesa para comer. Mi esposa traía una olla de barro, que ya habíamos visto sobre el fuego y cuyo contenido nos causaba curiosidad a todos. Ella retiró la tapa y, con tenedor, sacó el flamenco cazado por Fritz. Nos informó que había preferido prepararlo

de esa manera y no asarlo, pues Ernest le había asegurado que el ave era vieja y sin duda resultarla dura, aconsejándole que la mejorara guisándola.

Entonces los niños prendieron fuego a uno de los montones de leña. Sin apretar, atamos alrededor de los pescuezos de nuestros perros largas cuerdas; me proponía subir a la carpa con las puntas en las manos, para así poder soltarlos contra el enemigo al oír el primer ladrido. Cuando se dio la señal para subir por la escalera, todos ansiaban retirarse a descansar. Mis tres hijos mayores subieron en un instante; luego tocó el turno a su madre, quien ascendió lenta y cautelosamente y llegó perfectamente a salvo. Yo subí último y con mayor dificultad, porque llevaba a la espalda al pequeño Francis y la punta de la escalera había sido aflojada abajo, para poder recogerla en la carpa durante la noche.

Entonces nos abandonamos al reposo; nuestros corazones experimentaban total tranquilidad, y la fatiga por todos sufrida inducía un sueño tan profundo, que la luz del día brilló de lleno frente a nuestra habitación antes de que abriéramos los ojos.

CAPÍTULO 11

CONVERSACION, CAMINATA E IMPORTANTES DESCUBRIMIENTOS

-Amigos míos, ¿qué les parece si bautizamos el sitio en que habitamos y las diferentes partes del territorio que ya conocemos? -propuse-. Como es natural, comenzaremos con la bahía por la cual entramos. ¿Cómo la llamaremos?

Mi esposa: -Yo aconsejaría que en agradecimiento a Dios, que nos condujo hasta aquí sanos y salvos, la llamemos "Bahía de la Provincia" o "Bahía de la Salvación".

Yo: -Esas palabras son tan apropiadas como sonoras. Pero ¿cómo llamaremos al lugar en que por primera vez instalamos nuestra carpa?

Fritz: -Llamémosle simplemente "La Carpa" .

Yo: -Muy bien; y a la llanura por la cual pasamos al dirigirnos aquí, "Llano del Puercoespín", en memoria de nuestro encuentro con ese animal. Opino que habría de llamar a nuestra morada "Nido de Halcón".

Todos exclamaron, palmoteando:

-¡Sí, sí, que sea "Nido de Halcón"! Suena de manera muy aristocrática, así que, ¡viva el "Castillo del Nido de Halcón"!

-Y ahora, pues -exclamé-, ¿y el promontorio, donde Fritz y yo nos fatigamos los ojos en busca de nuestros compañeros de viaje? Creo que sería adecuado denominarlo "Cabo Desengaño".

Todos: -Sí, sí, excelente. Y el río con el puente ...

Yo: -Si quieren conmemorar uno de los sucesos más grandes de nuestra historia, habría que bautizarlo "Río del Chacal", puesto que estos animales lo cruzaron para ir a atacarnos, y fue allí donde matamos a uno de ellos. Al puente deberíamos llamarlo "Puente de la Familia", porque todos nos ocupamos de construirlo y todos lo cruzamos juntos al dirigirnos aquí.

Al avanzar el anochecer y comenzar a disminuir el intenso calor diurno, invité a toda mi familia a dar un paseo.

-Dejen su labor por ahora, hijos míos -dije-, y hagamos una breve excursión; busquemos, en el hermoso rostro de la Naturaleza, los rastros de la sabiduría y bondad del Creador. ¿Hacia dónde dirigiremos nuestros pasos?

Fritz: -Papá, vamos a "La Carpa", pues necesitamos pólvora y municiones.

Mi esposa: -Yo también voto por "La Carpa"; casi no me queda manteca.

Ernest: -Si vamos allí, procuremos traernos algunos gansos y patos.

Jack: -Yo intentaré atraparlos, si alguien ayuda a traerlos.

Yo: -Y bien, vamos a "La Carpa", pero no tomemos por nuestro camino habitual por la costa, varíemos en cambio nuestro placer tratando de explorar por otro lado. Sigamos nuestro pequeño arroyuelo hasta la muralla de rocas; nos resultará fácil cruzarlo saltando de piedra en piedra, y así llegar a "La Carpa"; volveremos con nuestras provisiones por el "Puente de la Familia" y a lo largo de la orilla.

Mi idea fue muy aplaudida, y pronto quedo todo dispuesto para nuestra partida.

Para prolongar el placer de nuestra caminata, avanzamos con lentitud, mientras nos entretenía-

mos mirando a derecha e izquierda; mis hijos mayores se adelantaban con frecuencia, de modo que a veces los perdíamos de vista.

De esta manera llegamos al final del bosque, pero como el territorio parecía ahora menos abierto, consideramos prudente reunir a toda nuestra compañía. Al mirar adelante, vimos que los niños se aproximaban a toda carrera, y esta vez, por excepción, el serio Ernest iba primero. Llegó a mi lado y tan lleno de júbilo y ansiedad que no podía pronunciar con claridad una sola palabra, pero tendió la mano, en la cual llevaba tres bolitas de color verde claro.

Al recobrar por fin la voz, exclamó:

-Papá, hicimos un verdadero hallazgo... ¡encontramos semillas de papa!

Todos nos dirigimos hacia el sitio en que habían sido recogidos esos tubérculos, donde con suma alegría descubrimos una vasta plantación de patatas. Brincando de júbilo, Jack vociferó:

-¡Son papas de veras! Y aunque no fui yo quien las descubrió, por lo menos seré quien las desentierre.

Los demás también pusimos manos a la obra; con nuestros cuchillos y palos, pronto obtuvimos

cantidad suficiente para llenar nuestras bolsas y, bolsillos.

Con gran cuidado, pasando de una piedra a otra, cruzamos el "Río del Chacal", y poco después llegamos a nuestra antigua morada, donde hallamos todo tal cual lo dejáramos. Cada uno fue en busca de lo que pensaba llevarse.

CAPITULO 12

UN BAÑO, UNA PESCA Y LA LIEBRE SALTARINA

Al regresar aquella noche, decidí volver al día siguiente a "La Carpa", y pedí a mi esposa que apresurara para tal fin la cena. Ella contestó que ésta era ya su intención, pues también maquinaba un pequeño proyecto, sobre el cual me informarla a la vuelta. Por mi parte, también tenía uno, que era el de reanimarme, después del calor y la fatiga de mis arduas ocupaciones, mediante una zambullida en el mar. Sugerí a Ernest, que me acompañaría, que se bañara también, mientras Fritz quedaba en casa para protección de la familia.

Uncimos el asno y la vaca a un trinco fabricado con anterioridad. Cada uno tomó en una mano un trozo de bambú para utilizarlo como látigo, y con

las armas al hombro iniciamos nuestro trayecto. Flora nos acompañaba, mientras Turco se quedaba.

Emprendimos el rumbo de la costa, donde la arena facilitaba el paso de nuestro vehículo mejor que la hierba. Traspusimos el "Puente de la Familia" sobre el "Río del Chacal" y llegamos a "La Carpa" sin obstáculo ni aventura, y desenjaezamos a los animales para que pudieran pastar, mientras nosotros cargábamos el trinco con el barril de manteca, el de queso, un barrilito de pólvora, diferentes instrumentos, proyectiles y municiones.

Tan ocupados nos hallábamos, que era tarde cuando advertimos que nuestros animales, atraídos por la excelente calidad de la hierba que crecía del otro lado del río, habían vuelto a cruzar, alejándose hasta perderse de vista. Con la esperanza de que resultaría fácil hallarlos, indiqué a Fritz que fuera con Flora en su busca, mientras yo buscaba, del otro lado de "La Carpa", un sitio conveniente para bañarnos. Poco después llegaba al extremo de la "Bahía de la Providencia", que según observé entonces, concluía en, un pantano donde crecían hermosos juncos; y más adelante, una cadena de empinadas rocas, que se internaban un poco en el agua formando una especie de ensenada, hecha como a pro-

pósito para bañarse. Las protuberancias de las rocas semejaban incluso pequeñas cabinas, que ofrecían comodidad por separado. Encantado con este descubrimiento, llamé a Ernest para que se reuniera conmigo, mientras yo me entretenía cortando algunos juncos e imaginando qué uso darles.

Le pedí que llenara una bolsita con un poco de la sal que él ya había observado allí, para vaciarla luego en la grande que llevaría el asno, indicándole que la llenara de manera pareja de cada lado.

-Entre tanto, yo me bañaré, y luego te tocará a ti, mientras yo cuido a los animales.

De regreso entre las rocas, no me vi decepcionado en mis esperanzas de un delicioso goce, pero no me quedé mucho tiempo, temeroso de que mi hijo se impacientara por participar de un placer tan nuevo. Una vez que me vestí, volví a ese sitio para ver si había adelantado en su labor.

No tardé en oírlo gritar:

-Papá, papá, ¡un pez de tamaño monstruoso! ¡Apúrate, papá, que apenas puedo sujetarlo!

Acudiendo al sitio de donde provenía su voz, encontré a Ernest tendido de bruces en el suelo, y virando de su línea, de la cual colgaba un pez enorme, que forcejeaba por zafarse. Corriendo a su lado,

le arranqué de la mano la caña. Solté línea para tranquilizar al pez, y luego conseguí atraerlo despacio a un bajío, del cual ya no podría escapar. Así quedó atrapado.

Al examinarlo minuciosamente, calculamos que no pesaría menos de siete kilos, de modo que nuestra captura resultaba magnífica Y proporcionarla el mayor placer a nuestra buena dispensera.

Luego observamos los peces más pequeños, en su mayoría truchas y arenques, mientras el más grande era sin duda un salmón. Abriéndolos a todos, les froté las entrañas con sal, de modo que el calor no los dañara. Mientras me dedicaba a esta tarea, Ernest fue a bañarse entre las rocas, y yo tuve tiempo de llenar con sal unas bolsas más antes de su regreso. Enjaezamos y cargamos nuestros animales y reanudamos el camino hacia el "Arroyo del Halcón".

Nos hallábamos a mitad de camino cuando Flora, que iba adelante, se precipitó súbitamente, anunciando con sus ladridos que olfateaba alguna presa. No tardamos en verla perseguir un animal que daba los más extraordinarios saltos imaginables. La perra lo seguía, y el animal, procurando esquivarla, pasó cerca del sitio en que me hallaba. Hice fuego, pero

tan veloz era su fuga, que no le acerté. Ernest, que se encontraba a corta distancia, al oír la detonación preparó su arma y la disparó en el instante en que la extraña bestia pasaba cerca de él, procurando ocultarse entre la alta vegetación vecina. Tan certero fue su disparo, que el animal cayó muerto en ese mismo instante.

Con suma curiosidad, corrí a verificar qué clase de cuadrúpedo podía ser. Era del tamaño de una oveja, con una cola parecida a la de un tigre; su hocico y pelo se asemejaban a los de un ratón, y sus dientes eran como los de una liebre, aunque mucho más grandes; sus patas delanteras se parecían a las de una ardilla, y eran sumamente cortas, pero lo compensaban sus patas traseras, largas como zancos y de forma muy singular.

-Un momento -exclamé-. Se me ocurre una idea: apostaría a que este animal es uno de esos grandes saltarines llamados canguros. La hembra, que nunca tiene más de un cachorro, lo lleva en una especie de bolsa situada entre sus patas traseras.

Ernest pidió que lo ayudara a llevarlo, porque temía estropear su hermosa piel de color de ratón si lo llevaba arrastrando. Por consiguiente, até las patas traseras del canguro y, por medio de dos cañas,

logramos trasladarlo al trinco, sobre el cual lo sujetamos sólidamente.

Al fin llegamos muy contentos, aunque algo tarde, al "Arroyo del Halcón", después de haber oído desde gran distancia los saludos de nuestra familia.

Nos tocó entonces el turno de relatar nuestro viaje. A medida que avanzábamos en nuestra narración, presentarnos, uno tras otro, toneless, juncos, sal, pez, y por último, con infinito triunfo, nuestro hermoso canguro.

CAPITULO 13

MAS PROVISIONES DEL NAUFRAGIO

Me levanté con el primer canto del gallo, descendí la escalera y comencé a desollar el canguro, cuidando de no estropear su hermosa y suave piel. Tanto tardé en la tarea, que mi familia estaba reunida a nuestro alrededor gritando: "¡Tenemos hambre!" antes de que concluyera. Después del desayuno, ordené a Fritz que se dispusiera a partir hacia "La Carpa", donde prepararíamos la embarcación para dirigirnos al barco.

En una parte del trayecto nos acompañaron Ernest y Jack, a quienes luego envié de vuelta con un su madre, que yo no me había decidido mensaje para a comunicarle en persona: que quizá nos viéramos obligados a pasar la noche a bordo del navío, para no regresar hasta el anochecer del día siguiente.

Era esencial sacar de él, si se hallaba todavía a flote, todo lo que pudiera ser salvado, pues en un instante podía quedar consumada su destrucción.

Subimos a la balsa; la corriente nos condujo con rapidez fuera de la "Bahía de la Salvación" y hasta la nave, cuyo costado abierto nos ofrecía espacio de sobra para subir a bordo. Después de amarrar nuestra embarcación, confeccionamos una hermosa armadía, donde podríamos cargar el triple que en aquélla. Al anochecer, tan fatigados estábamos Fritz y yo que nos habría resultado imposible remar de vuelta a tierra, de modo que, después de tomar todas las precauciones necesarias por si se desataba una tormenta, nos tendimos sobre un buen colchón de elástico en la cabina del capitán. Allí dormimos profundamente hasta que se hizo pleno día. Al levantarnos, pusimos manos ala obra para cargar nuestra armadía.

Comenzamos por despojar al camarote de puertas y ventanas; luego nos apoderamos de los cofres del carpintero y el armero, que contenía todos sus útiles y herramientas; colocamos enteros sobre la balsa todos los que pudimos mover con palancas y rodillos, y de los otros retiramos lo que los hacia demasiado pesados.

Un cofre del capitán estaba lleno de artículos costosos, sin duda destinados a los opulentos plantadores de Puerto Jackson o a los salvajes. Entre ellos había varios relojes de oro y plata, cajas de rapé de toda clase, hebillas, botones de camisa, collares, anillos; en suma, una abundancia de todo lo que constituía el lujo europeo.

Pero lo que más me deleitó descubrir fue un cofre que contenía varias docenas de plantas de toda clase de frutas europeas, cuidadosamente envueltas en musgo para su transporte.

Con dificultad y ardua labor, concluimos la carga, a la cual añadimos una gran red de pesca nueva y el compás del barco. Junto con la red halló Fritz dos arpones y un torno de sogá, de los que se utilizan en la pesca de ballenas. Me pidió que te permitiera colocar los arpones, atados a la punta de la sogá, en la proa de nuestra embarcación, de modo de estar preparados por si veíamos algún pez grande. Yo accedí a su capricho.

Ejecutada totalmente nuestra tarea, subimos a la embarcación de tinas y, con leve dificultad, nos dirigimos hacia la corriente, remolcando triunfalmente nuestra armadía con una sogá resistente.

CAPITULO 14

LA TORTUGA ENJAEZADA

El viento favorable hinchó nuestras velas con vivacidad. El mar estaba en calma, avanzamos con Fritz, que desde hacía un rato fijaba la vista en algo grande que flotaba en el agua, me pidió entonces que, con el catalejo, viera qué era. No tardé en advertir que era una tortuga dormida al sol sobre la superficie del agua.

En cuanto lo supo, Fritz me instó a que acercara la barca a tan extraordinario ser. Yo acepté sin vacilar, pero como me daba la espalda y la vela se interponía entre nosotros, no observé sus movimientos hasta que una violenta sacudida de la embarcación, un súbito giro del torno y luego otra sacudida, acompañada por un rápido movimiento de la barca, me dieron la explicación necesaria.

-Fritz, por amor de Dios, ¿qué te propones?
--exclamé, algo alarmado.

-¡La atrapé ... la alcancé! -gritó él.

Pronto noté que el arpón había alcanzado al animal, que al sentirse herido agitaba así a la embarcación, en sus esfuerzos por escapar. Apresurándome a recoger la vela, tomé un hacha y me precipité a la proa de la barca para cortar la soga, soltando el arpón y la tortuga, pero Fritz me sujetó el brazo rogándome que esperara un momento, ahorrándole la mortificación de perder de un solo golpe arpón, soga y tortura. Propuso vigilar él mismo, hacha en mano, para cortar la soga con rapidez si apareciera alguna señal de peligro.

Así, remolcados por la tortuga, seguimos adelante con riesgosa velocidad. No tardé en observar que el animal se dirigía mar adentro, de modo que volví a izar la vela, y como el viento soplaba con fuerza hacia tierra, de nada le valió a la tortuga resistirse. Así que tomo el rumbo de la corriente, conduciéndonos en línea recta hacia nuestro desembarcadero habitual.

Sin embargo, antes de desembarcar corrimos una difícil aventura. La marea nos arrojó a un banco de arena cuando nos hallábamos a tiro de escopeta

de la costa; la embarcación, aunque arrastrada con violencia, no se volcó. Yo me interné en el agua, que no me llegaba mucho más arriba de las rodillas, con el objeto de propinar a nuestra conductora su justo merecido, por la alarma que nos había causado, cuando de pronto se zambulló y desapareció. Siguiendo la soga, no tardé en ver a la tortuga estirada cuan larga era en el fondo del agua, en un sitio tan poco hondo que pronto logré poner fin a su dolor cortándole la cabeza.

Como nos encontrábamos cerca de La Carpa , Fritz lanzó un grito de aviso y disparó su escopeta, a fin de anunciar a nuestros parientes de nuestra llegada.

Tras algunos suaves reproches de mi esposa por haberla abandonado a ella y a los niños durante tanto tiempo, fue relatada la historia de la tortuga, que produjo gran diversión.

Llegados a nuestra morada, nos ocupamos antes que nada de la tortuga, a la cual inmediatamente volvimos de espaldas para poder quitarle el caparazón y utilizar parte de la carne mientras aún fuera fresca.

-Oh, papá querido, dame el caparazón -pidió Francis-. ¡Será un lindo juguete!

Yo: -Debo preguntar a qué uso se proponía destinarla Fritz, único que tiene derecho a reclamarla. .

Fritz: -Padre, se me ocurrió limpiarla bien, instalarla junto al río y mantenerla siempre llena de agua pura para que la utilizara mi madre, cuando necesite lavar la ropa o cocinar nuestras vituallas.

Yo: -¡Excelente, muchacho, excelente! -¡Gloria s1 fundador de la tina de agua pura!

Ernest: -Cuando esté hecha la tina, pondré en remojo en ella algunas raíces que encontré y que ahora están sumamente secas. No sé con exactitud qué son; se parecen bastante al rábano o al rábano picante, pero la planta de donde las saqué era casi tan grande como un arbusto.

Yo: -Si acierto en mis sospechas, has hecho un descubrimiento beneficioso ... Creo que tus raíces son de mandioca, con la cual los nativos de las Indias Occidentales preparan una especie de pan o torta que llaman "cazabe".

Terminado que hubimos de descargar el trineo, indiqué a mis tres hijos mayores que me acompañaran en busca de otro cargamento antes de que oscureciera. Dejamos a Francis y su madre ocupados en preparar una reanimadora cena, ya que la tortuga se había presentado tan oportunamente para este fin.

Cuando llegamos a la armadía, retiramos de ella tantos efectos como podía contener el trineo o arrastrar los animales. Me ocupé especialmente de recoger dos cofres que contenían las ropas de mi familia y que, bien lo sabía, causarían la mayor satisfacción a mi esposa. Calculaba también hallar en uno de los cofres algunos libros sobre temas interesantes, y especialmente una gran Biblia, bellamente impresa. A esto agregue cuatro ruedas de carro y un molinillo de mano al cual, ahora que habíamos descubierto la mandioca, atribuía señalada importancia.

De regreso en "Nido de Halcón", hallamos a mi esposa que aguardaba ansiosa nuestra llegada, habiendo preparado ya la bienvenida prometida: una cena abundante. Antes de examinar nuestra carga, me llevó a un lado diciendo:

-Ven por aquí... Esta es la tarea que cumplí en tu ausencia.

Y conduciéndome a la sombra de un árbol, señaló un gran barril medio hundido en tierra, y el resto cubierto con ramas de árboles. Entonces aplicó al costado un pequeño sacacorchos y, después de llenar con el contenido una cáscara de coco, me la ofreció. Comprobé que el licor sabía tan bien como

el mejor vino de Canarias que hubiera probado en mi vida.

-¿Y cómo has logrado este nuevo milagro? -exclamé-. No puedo creer que lo haya producido la bolsa mágica.

-Exactamente, no -contestó ella-; esta vez fue una ola blanca y oportuna, que lo arrojó a tierra.

Pero ya reclamaba mi atención el tentador aroma de la tortuga. Poco después, todos rendíamos honores a tan sabroso manjar.

CAPITULO 15
OTRO VIAJE A LOS RESTOS
DEL NAUFRAGIO

Antes de que amaneciera me levanté para ir a la costa e inspeccionar nuestras dos embarcaciones. Bajé la escalera despacio, sin despertar a mi familia. Desperté y enjaecé con rapidez al asno, y los perros me siguieron sin que se lo indicara.

Al acercarme a la orilla, no tardé en advertir que la embarcación y la armadía hablan resistido la marea, aunque ésta los había volcado parcialmente. Subí con rapidez a la armadía, retiré una pequeña carga y volví al "Arroyo del Halcón" a tiempo para el desayuno.

Concluido éste, volvimos a la costa para terminar de descargar la armadía, de modo que estuviera lista para navegar en marca baja. No tardamos en

llevar al "Arroyo del Halcón" dos cargamentos. En nuestro último viaje, el agua ya casi llegaba a la armadía. Envié de vuelta a mi esposa con los muchachos, y me quedé con Fritz hasta que estuvimos a flote. Al notar que Jack permanecía aún cerca, adiviné su deseo, y consentí a que se embarcara con nosotros.

Poco después la altura de la marea nos permitía alejarnos remando. En vez de conducir hacia la "Bahía de la Salvación" para amarrar allí nuestros navíos, una fresca brisa marina me tentó a dirigirme de nuevo hacia la nave encallada, pero ya era tarde y no quería causar inquietud a mi querida compañera quedándome a bordo otra noche. Por consiguiente, resolví que trajéramos solamente lo que pudiéramos obtener con facilidad y rapidez. De prisa, recorrimos la nave en busca de cualesquiera objetos que pudieran ser retirados con facilidad. Jack andaba de un lado a otro sin saber qué elegir; cuando volví a verlo, arrastraba una carretilla anunciando que había hallado un vehículo para transportar nuestras papas.

Pero Fritz no tardó en traer una noticia aún mejor: que detrás del mamparo había descubierto una pinaza (vale decir, un bote pequeño de proa cuadra-

da) desarmada, con todos sus avíos, incluyendo dos cañoncitos para su defensa.

Tanto deleite me causó saberlo, que abandoné todo lo demás para correr al mamparo, donde me convencí de la exactitud de lo que afirmaba mi hijo. Pero no tardé en comprobar que armarla y botarla sería una tarea hercúlea. Recogí varios utensilios; un caldero de cobre, varios platos de hierro, ralladores para tabaco, dos piedras de amolar, un barrilito de pólvora y otro lleno de pedernales. No olvidamos la carretilla de Jack; encontramos y agregamos dos más, con sus correspondientes correas.

Como el sol declinaba y no creíamos poder concluir antes de que anoheciera, cada uno de nosotros llenó una carretilla para llevarse algo a casa. Yo pedí que los ralladores para tabaco y los platos de hierro fueran incluidos en el primer cargamento.

Llegados al "Arroyo del Halcón", mi esposa me mostró una buena provisión de papas, que había recogido durante nuestra ausencia, y una cantidad de las raíces que, tal como yo había supuesto, eran de mandioca.

-Pero ahora, a comer algo y descansar -anuncié-, y si mañana mis pequeños ayudantes tienen ganas

de trabajar, los recompensaré con la novedad de un nuevo oficio a aprender.

Esto no dejó de suscitar la curiosidad de todos, pero yo cumplí mi palabra y los hice esperar hasta el día siguiente la explicación que debía dar.

Desperté muy temprano a los niños, recordándoles que había prometido enseñarles un oficio nuevo.

-¿Qué es, qué es, -exclamaron todos al mismo tiempo, mientras abandonaban con rapidez sus lechos y se vestían.

-Es el arte de la panadería, muchachos. Alcáncenme esos platos de hierro que trajimos ayer del barco, y también los ralladores para tabaco, y haremos nuestro experimento. Ernest, trae las raíces halladas bajo tierra; pero antes, querida, te pediré que me hagas una bolsita con un trozo de tela gruesa.

Mi esposa puso inmediatamente manos a la obra para complacerme; pero antes, como no confiaba mucho en mis talentos para preparar pan ni tortas, llenó de papas una olla de cobre, que puso al fuego, de modo que no nos faltara algo que comer a la hora del almuerzo. Mientras tanto yo tendía en el suelo un trozo de lienzo tosco y reuní a mi alrededor a mis hijos; di a cada uno un rallador y les indi-

qué al mismo tiempo cómo apoyarlo en el lienzo y rallar las raíces de mandioca. En poco tiempo, cada uno había acumulado un buen montón de esa sustancia, semejante al salvado.

Mi esposa ya había terminado la bolsa. La hice llenar bien con lo que llamé nuestro salvado, y ella la cerró bien cosiendo la punta. Me faltaba fabricar una especie de prensa: de un árbol cercano corté una lama larga, recta y resistente, que descortecé; luego coloqué una tabla sobre la mesa que instaláramos entre las raíces de nuestro árbol, y que tenía la altura exacta para mis necesidades, y encima de aquélla puse la bolsa. Sobre ésta coloqué, a su vez, otras tablas, cubriendo todo con la rama grande, cuya punta más gruesa introduje bajo el arco de una raíz, mientras de la otra, que sobresalía por debajo de las tablas, colgué toda clase de sustancias pesadas, como plomo, nuestros mas grandes martillos y barras de hierro, que obrando con gran fuerza como prensa sobre la bolsa de mandioca hizo que la savia que ésta contenía brotara a chorros.

Abrimos entonces la bolsa y sacamos una pequeña cantidad del salvado, que va estaba bastante seco; revolvimos el resto con un palo y volvimos a colocarlo bajo la prensa. Hecho esto, debimos colo-

car uno de nuestros platos de hierro, redondo y un tanto hueco, apoyado en dos bloques de piedra algo separados; encendimos debajo un gran fuego y cuando el plato estuvo bien caliente, colocamos en él, con una pala de madera, una porción de esa masa. En cuanto la torta comenzó a tostarse por debajo, la dimos vuelta para que el otro lado se cociera también.

Cuando se enfrió la torta, desmigajamos una parte, que distribuimos entre las aves, y dimos un pedazo más grande al mono, que la mordisqueó encantado.

Después de cenar, lo primero era visitar a nuestras aves. Las que habían comido la mandioca se hallaban en excelente estado, y lo mismo el mono.

-Bueno, pues, jovencitos, a la panadería, lo más rápido que puedan -ordené.

Pronto fue retirada de la bolsa la mandioca rallada; rápidamente quedó encendido un fuego. Entonces coloqué a los muchachos en el sitio donde se había preparado para ellos una superficie plana y di a cada uno un plato de hierro y la cantidad de un coco lleno para que prepararan una torta por cabeza.

El resultado no fue desalentador, por tratarse de un primer experimento, aunque hay que confesar que de vez en cuando tuvimos la mala suerte de quemar una torta. Mis pilluelos no pudieron resistir la tentación de probar con frecuencia su torta, de a un pedacito por vez. Por fin quedó concluida la tarea; cada persona recibió un plato con una torta, junto con una buena porción de leche, que juntas nos proporcionaron una excelente comida.

CAPITULO 16

EL PETARDO Y LA PINAZA

Desde el momento en que descubrí la pinaza, mi deseo de regresar a la nave se hacía más irresistible por momentos. Advertí, sin embargo, que sería necesario recurrir a todos mis ayudantes para sacarla de la situación en que la habíamos hallado. Pensé, por consiguiente, llevarme a los tres muchachos.

Llegamos a la "Bahía de la Salvación" sin que tuviera lugar ningún acontecimiento notable; arro-
jamos alimento para los gansos y patos que allí moraban, y poco después abordamos alegremente nuestra embarcación de tinas, no sin atar la nueva armadía a la popa con una sogá, para poder remolcarla. Nos dirigimos a la corriente, aunque con mucho temor de encontrarnos con que los restos del naufragio habían desaparecido. Sin embargo, no

tardamos en comprobar que aun seguía firme entre las rocas. Una vez a bordo, todos nos encaminamos hacia la parte del navío denominada mamparo, que contenía la pinaza. Un examen más minucioso me convenció de que el plan que habíamos ideado adolecía, por lo menos, de dos inconvenientes alarmantes: uno, la ubicación de la pinaza en el navío; el otro, el tamaño y peso que necesariamente adquiriría una vez armada. Las distintas partes de la pinaza eran demasiado pesadas para que pudiéramos retirarlas.

El armario que contenía la pinaza recibía luz por varias pequeñas grietas entre las tablas, de modo que al cabo de unos minutos de permanencia en el sitio era posible distinguir objetos. Complacido descubrí que todas las partes que la componían estaban dispuestas y numeradas con tal exactitud, que no dudaba de poder reunir las y armarlas. Pese a todos los inconvenientes, decidí por lo tanto intentar la tarea, que emprendimos inmediatamente.

Pero el anochecer se aproximaba con rapidez sin que hubiéramos adelantado mucho, de modo que, aunque de mala gana, abandonamos nuestra ocupación nos reembarcamos.

Una semana entera pasamos en esta ardua tarea con la pinaza. Cada mañana me embarcaba con mis tres hilos, y volvíamos todas las noches, no sin algún pequeño agregado a nuestras provisiones.

Al fin quedó completada la pinaza y en condiciones de ser botada; ahora la cuestión era cómo solucionar esta dificultad. Era una barca elegante, perfecta en todos sus detalles, con una cubierta pequeña y ordenada, y mástil y velas no menos exactos y perfectos que los de un bergantín, Habíamos embreado y estirado todas las costuras para que nada faltara en su completa apariencia; nos tomamos incluso el trabajo de embellecerla más montando en cubierta dos pequeños cañones, sujetos con cadenas.

Aun persistía la gran dificultad: esa pequeña nave tan bella y espaciosa seguía encerrada entre cuatro paredes, de donde no se me ocurría cómo sacarla. Abrir paso a través del lado exterior del barco mediante nuestro empleo conjunto de los utensilios con que contábamos parecía presentar una perspectiva de esfuerzos que sobrepasaban el alcance humano. Yo había encontrado a bordo un resistente mortero de hierro, como el que se utiliza en las cocinas. Eché mano a una gruesa tabla de ro-

ble, donde clavé en distintas partes unos grandes ganchos de hierro; con un cuchillo abrí un surco por el medio de la tabla. Envié a los muchachos a la bodega en busca de un poco de madera para hacer fósforos, de donde corté un trozo lo bastante largo como para seguir ardiendo por lo menos dos horas.

Coloqué esta mecha en el surco de la tabla; llené el mortero con pólvora y sobre él, después de sacudirlo, puse la tabla así preparada. Por último, sujeté todo en su sitio con fuertes cadenas.

De tal modo construí una especie de petardo, del cual esperaba un feliz resultado. Colgué esta máquina infernal del lado del mamparo que daba al mar, una vez elegido un sitio en el cual su acción no pudiera dañar a la pinaza. Cuando todo estuvo preparado, encendí el fósforo, cuya punta sobresalía de la tabla lo suficiente como para darnos tiempo para escapar. Entonces me apresuré a subir a la armadía, a la cual había enviado a mis hijos antes de encender el fósforo. Estos, aunque me habían ayudado a fabricar el petardo, no sospechaban a qué uso estaba destinado.

Confieso que evité intencionalmente explicarles la verdad, por temor a que todo mi proyecto fracasara, o de que en consecuencia, la nave, la pinaza y

cuanto contenía volaran por el aire en cualquier momento.

Llegamos a "La Carpa", me apresuré a situar la armadía de modo que estuviera lista para regresar con rapidez a la nave encallada, cuando el estallido del petardo me informara que mi plan había dado resultado. Nos ocupábamos en descargarla cuando asaltó nuestros oídos una explosión tan violenta, que mi esposa e hijos, quienes ignoraban su causa, se alarmaron al punto de abandonar su tarea instantáneamente.

-¿Qué será? ¿Qué ocurre? ¿Qué puede haber pasado? -exclamaron todos al mismo tiempo.

Fortalecidos por la curiosidad, salimos de la bahía remando con más rapidez que en cualquier ocasión anterior. Al divisar la nave, observé complacido que no había tenido lugar cambio alguno en la parte que daba hacia "La Carpa", y que no aparecían señales de humo. Por consiguiente avanzamos de excelente humor, pero en vez de remar, como de costumbre, derecho hacia la grieta, dimos la vuelta por el costado, en cuyo interior habíamos colocado el petardo.

Entonces se presentó a nuestra vista la horrible escena de devastación que habíamos causado. La

mayor parte del barco estaba hecha trizas; innumerables astillas cubrían la superficie del agua, y en todo se presentaba una escena de terrible destrucción, en medio de la cual se alzaba nuestra elegante pinaza, totalmente indemne. No pude contener vivísimas exclamaciones de júbilo, que suscitaron la sorpresa de mis hijos.

-¡Ahora sí que es nuestra! -grité-. La hermosa pinaza es nuestra, ya que ahora botarla será lo más fácil. Vamos, muchachos, salten a bordo, y veamos cuanto tardamos en hacerla a la mar.

Penetramos por la nueva abertura, y pronto comprobamos que la pinaza no había sufrido daño alguno y el fuego se hallaba totalmente extinguido. Sin embargo, el mortero y trozos de la cadena se habían introducido con violencia en el lado del recinto. Ya con todas las razones para estar satisfecho y tranquilo, expliqué a los muchachos la índole de un petardo, cómo funcionaba y el importante servicio que debíamos al viejo mortero.

Luego examiné la hendidura así practicada, y después la pinaza. Comprobé que, con ayuda de la alzaprima y la palanca, sería fácil bajarla al agua. Al armarla había tomado la precaución de apoyar su quilla sobre rodillos para evitar la dificultad que ha-

bíamos tenido antes al botar nuestra balsa de tinas. Pero antes de soltarla le até a la proa una soga gruesa y la otra punta a la parte más sólida de los despojos, por temor de que fuera arrastrada demasiado lejos.

Poniendo en esta tarea todo nuestro ingenio y vigor, no tardamos en gozar del placer de ver cómo nuestra linda pinaza descendía graciosamente al mar. La soga la mantenía lo bastante cerca y nos permitía acercarla al sitio en que yo cargaba la embarcación de tinas, y donde yo había colocado a tal fin una roldana en una viga que sobresalía, lo cual me permitía asimismo ir completando los mástiles y velas necesarios para nuestra barcaza.

Como la noche nos sorprendió antes de finalizar nuestra tarea, preparamos nuestro regreso a "La Carpa" después de arrimar la pinaza al costado del barco. Llegamos sanos y salvos, con cuidado, como ya habíamos acordado, de no mencionar a la buena mamá nuestra nueva e invalorable adquisición hasta que pudiéramos sorprenderla mostrándosela entera. Por consiguiente, contestamos a sus preguntas acerca del estruendo que había oído que un barril de pólvora se había incendiado destrozando una pequeña parte de la nave.

Pasamos dos días más equipando y cargando completamente la bella embarcación obtenida. Cuando estuvo lista para zarpar, me fue imposible resistir la insistencia de mis hijos, quienes me pedían, como recompensa por la discreción y laboriosidad demostradas, permiso para saludar a su madre, al acercarse a "La Casa", con dos descargas de cañón. Estos, por consiguiente, fueron cargados, y los dos más pequeños se situaron junto a la mecha, fósforo en mano.

Nuestra antigua amiga, la balsa de tinas, bien cargada y amarrada a la pinaza, la seguía ahora como embarcación acompañante de otra superior. En cuanto llegamos a la entrada de la "Bahía de la Salvación", arriamos nuestra vela grande, para poder conducir la pinaza con comodidad, y pronto arriamos una por una las más pequeñas, para así evitar el ser arrojados con violencia contra las rocas que tanto abundaban en la costa. De tal modo, avanzando a menor velocidad, nos resultó fácil efectuar los preparativos para el importante asunto de descargar el cañón.

Cuando llegamos a cierta distancia, el comandante Fritz gritó "¡Fuego!". Detrás de "La Carpa", las rocas devolvieron el sonido. "¡Fuego!", volvió a

ordenar Fritz. Ernest y Jack obedecieron, y de nuevo los ecos dieron su majestuosa respuesta. En el mismo instante, Fritz descargó sus dos pistolas, y en seguida se unieron todos en tres sonoros vítores.

-¡Bienvenidos, queridos míos! ¡Bienvenidos! -fue la respuesta de la ansiosa madre, casi sin aliento por el júbilo y el asombro-. ¡Ah farsantes! Qué susto me dieron con su cañón y su barquito... Al verlo avanzar rápidamente hacia nosotros, no lograba explicarme de dónde vendría, ni qué llevaría a bordo.

Entonces Fritz Invitó a su madre a subir a cubierta, ayudándola. Una vez que se hallaron todos allí, pidieron permiso para lanzar una nueva salva y bautizar la pinaza con el nombre de su madre: la "Elizabeth".

Especialmente complacida por estas recientes aventuras nuestras, mi esposa aplaudió nuestra habilidad y perseverancia, agregando:

-Pero no imaginen que los elogio tanto sin esperar algo a cambio... Al contrario, me toca a mí pedir el mismo tipo de agradable recompensa para el pequeño Francis y yo. Pero esperen un poco, amigos míos, que pronto les presentaré nuestras pruebas en algunos platos de excelentes vegetales. De ustedes depende acompañarme y ver qué hicimos.

Accedimos sin vacilar, saltando para ello de la pinaza. Ella abrió la marcha llevando de la mano a su pequeño Francis, mientras nosotros la seguíamos con la mayor alegría imaginable. Nos condujo por una subida a una de nuestras rocas, y deteniéndose donde se forma la cascada del Arroyo del Chacal , exhibió ante nuestra mirada atónita un hermoso huerto, adecuadamente ordenado en canteros y veredas.

-Esto es lo que estuvimos haciendo -explicó-. En este sitio la tierra es tan liviana, ya que la componen especialmente hojas muertas, que a Francis y a mí no nos resultó difícil prepararla y dividirla luego en diversos compartimentos: uno para papas, otro para mandioca, y otros más pequeños para varias clases de verduras, sin olvidarnos de dejar una proporción adecuada para recibir algunas plantas de caña de azúcar.

Me quedé arrobado ante una muestra tan perfecta del bondadoso empeño y perseverante laboriosidad de aquella mujer tan merecedora de cariño. Ella, al cabo de una breve pausa, continuó:

-Pero casi olvidaba un pequeño reproche que debo hacerte: tus viajes al barco te han hecho olvidar el atado de valiosos retoños de árboles frutales

que dejamos en el "Arroyo del Halcón". . . Temo que estén muriéndose por no haber sido plantados, pese a que tomé la precaución de regarlos y cubrirlos con ramas. Vamos a verlos.

Acepté sin vacilar, pues muchos otros asuntos requerían nuestra presencia en el "Arroyo del Halcón". Ya teníamos en nuestro poder la mayor parte del cargamento del barco, pero en ese momento casi todos nuestros tesoros se hallaban al aire libre, expuestos a que los perjudicaran tanto el sol como la lluvia.

Mi esposa preparó nuestro paseo con gran animación. Nos dimos prisa para descargar la embarcación y colocar el cargamento a salvo y protegido, junto al resto de nuestras provisiones.

La pinaza quedó anclada en la costa, sujeta a una estaca con una soga. Una vez acomodadas así todas nuestras pertenencias, iniciamos la caminata hacia el "Arroyo del Halcón", aunque no con las manos vacías, ya que nos llevábamos cuanto parecía absolutamente necesario para nuestra comodidad, y que una vez reunido, resultó ser tanto que no nos fue fácil transportarlo, a nosotros y a nuestras bestias de carga.

CAPITULO 17
DIVERSOS DESCUBRIMIENTOS:
ANIMALES SINGULARES, ETC.

La noche anterior había prometido a los muchachos que iríamos todos juntos al bosque de calabazas a fin de proveernos de recipientes de diversos tamaños para guardar en ellos nuestras provisiones. La idea les encantó, pero yo les pedí que antes me ayudaran a plantar todos los árboles, tarea que fue iniciada sin tardanza.

Cuando concluimos, ya había anochecido demasiado para hacer un viaje tan largo. Al día siguiente, todos estaban en pie apenas amaneció. Uncido al trineo, el asno representaba el papel principal: tenía por misión transportar nuestras meriendas, una botella de vino de Canarias y un poco de pólvora y municiones, así como traer a casa nuestra vajilla de

calabazas vacías. Según la costumbre, Turco abría la marcha como guardia de avanzada; lo seguían mis tres hijos mayores, equipados para deportes; tras ellos, su tierna madre que conducía al más pequeño, y cerraba la marcha Flora, llevando de jinete al mono, al cual los niños habían bautizado Knips.

Así partimos del "Arroyo del Halcón", animosos y de buen humor. Dando la vuelta al "Pantano del Flamenco", no tardamos en llegar al agradable sitio que antes tanto nos deleitara. Fritz tomó una dirección un poco más alejada de la costa; envió a Turco entre los altos pastos y lo siguió, desapareciendo ambos. No tardamos en oír que Turco ladraba; se elevó un ave grande, casi en el mismo instante derribada por un disparo de Fritz. Pero aunque herida, no estaba muerta; se levantó y huyó con increíble rapidez, no volando, sino corriendo. Persiguiéndola, Turco la apreso y sujetó hasta la llegada de Fritz.

Entonces tuvo lugar una escena diferente a la ocurrida en ocasión de la captura del flamenco. Con sus patas largas y débiles, dicha ave no puede ofrecer sino una débil resistencia. El nuevo cautivo era grande y fuerte, y pataleaba con tal vigor que Fritz no se atrevió a acercársele. Por fortuna, llegué a

tiempo para prestar ayuda, y comprobé satisfecho que era una avutarda hembra de las más grandes. Hacía tiempo que ansiaba capturar y domesticar un ave de esa especie para nuestro corral.

Para sujetar al ave sin lastimarla, le cubrí la cabeza con mi pañuelo. Como no podía verme, pude acercarme a ella y pasarle sobre las patas una cuerda con nudo corredizo, que por el momento ajusté a fin de evitar inconvenientes. Con suavidad libré su ala de los dientes de Turco y la até, y en un estado tal que prometía su conservación una vez que la hubiéramos trasladado al "Arroyo del Halcón" y pudiéramos administrarle el cuidado y bondad que compensaran el mal trato recibido a nuestras manos.

Luego instalé la avutarda en el trineo, en la posición más favorable para su comodidad. Al seguir nuestro avance, nos vimos obligados aún a abrirnos paso por entre densos matorrales, hasta que por fin, llegamos al bosque de calabazas, poco tardamos en hallar el sitio donde Fritz y yo habíamos descansado en otra oportunidad.

Jack y Ernest se dedicaron a recoger ramas secas y pedernales, mientras su madre se ocupaba en atender a la pobre avutarda. Yo, para complacerla, le

quité el pañuelo que la cubría y aflojé la cuerda sobre sus patas, aunque dejándola todavía como protección para que no escapara. Mediante una cuerda larga, la até al tronco del árbol, de modo que pudiese aliviarse paseando.

Entonces mi esposa anunció que necesitaría algunos recipientes para poner en ellos leche, una cuchara larga y plana para cortar manteca en pedazos, y por último, algunos lindos platos para servirla en la mesa, hechos con cáscaras de calabaza.

Yo: -Querida esposa, tus pedidos son perfectamente razonables. Por mi parte, necesito nidos para las palomas, cestas para los huevos y colmenas para abejas.

Todos: -Ah, sí, hay que hacer todo eso; nos pondremos a la tarea sin tardanza.

Hice que recogieran o juntaran calabazas hasta que las tuvimos en cantidad suficiente. Hecho esto, iniciamos nuestra labor: unos debían cortar, otros aserrar, ahuecar y modelar en formas adecuadas.

Fritz y Jack se dedicaron a fabricar colmenas para las abejas, y nidos para las palomas y gallinas. Para este último fin tomaron las calabazas más grandes, en cuya parte delantera practicaron un agujero del tamaño del animal a cuyo uso estaba

destinada. Una vez terminados, su aspecto fue tan bonito, que el pequeño Francis casi lloró por no ser lo bastante pequeño como para entrar y habitar en uno de ellos. Los nidos de paloma debían ser atados a las ramas de nuestro árbol; los de gallinas, gansos y patos, colocados entre las raíces o en la costa, representando una especie de gallinero.

Apenas habíamos terminado cuando mi esposa me instó a que iniciáramos el regreso a casa. Dado que el anochecer estaba tan avanzado, me pareció prudente volver esta vez sin el trineo, tan pesadamente cargado que el asno sólo podría haberlo arrastrado con lentitud. Decidí, por lo tanto, dejarlo allí hasta el día siguiente, cuando pudiera volver en su busca, contentándome por el momento con cargar sobre el asno las bolsas que contenían nuestros nuevos juegos de porcelana y al pequeño Francis, que empezaba a quejarse de cansancio. Yo mismo me ocupé de esos preparativos, mientras dejaba a mi esposa y a Fritz el cuidado de sujetar la avutarda de modo tal que pudiera caminar por delante de nosotros sin riesgo de que escapara.

Una vez finalizados estos preparativos, se puso en movimiento nuestra caravana, tomando la direc-

ción de una línea recta hacia el "Arroyo del Halcón".

Llegamos poco después y tuvimos tiempo de emplearnos en algunos arreglos de poca importancia antes de que oscureciera del todo.

CAPITULO 18
UNA EXCURSION POR PARAJES
DESCONOCIDOS

Lo primero en que pensé al día siguiente fue en ir al bosque en busca del trinco. Lo había dejado allí por un doble motivo, que omití explicar a mi esposa para no intranquilizarla. Deseaba internarme un poco más en el territorio, para comprobar si se presentaba algo útil más allá de la muralla de rocas. Además ansiaba conocer mejor la extensión, forma y producciones generales de nuestra isla. Quise que sólo me acompañaran Fritz, más fuerte y valeroso que sus hermanos, y Turco. Nos pusimos en marcha bien temprano, arreando al asno para traer a casa el trineo.

Penetramos en un lindo bosquecillo, cuyos árboles nos eran desconocidos. De sus ramas pendían

grandes cantidades de bayas de índole extraordinaria, ya que las cubría por entero una cera que se nos pegaba a los dedos cuando intentamos juntarlas.

Yo tenía noticias de un tipo de arbusto que producía la cera y crecía en América, llamado por los botánicos *Myrica Cerífera*. No tuve dudas de que era aquella planta.

-Detengámonos aquí -dije a Fritz- nada será mejor que recoger una buena cantidad de estas bayas como útil regalo para tu madre.

Mientras los examinábamos con atención, advertimos que una especie de loro muy pequeño revoloteaba a nuestro alrededor. Fritz, bien adiestrado en el arte de trepar árboles, quiso verlos más de cerca y, de ser posible, atrapar algunos ejemplares.

Despojándose de su carga, trepó hasta el nido; allí procuró introducir la mano en una de las aberturas, para apoderarse de cualquier ser vivo que pudiera alcanzar. Lo que más deseaba era hallar una hembra empollando para llevársela junto con los huevos. Varias celdas estaban vacías pero perseverando encontró una como quería. Pero tan violento picotazo recibió de un ave invisible, que no pensó sino en sacar la mano. No obstante, poco después se aventuró por segunda vez a introducir la mano

en el nido y logró atrapar su presa, pasarla por la abertura pese a su resistencia Y aprisionarla en el bolsillo de su chaqueta, que abotonó bien antes de bajar del árbol.

Las señales de alarma que lanzaba el prisionero hicieron salir de sus celdas a una multitud de pájaros, todos los cuales rodearon a Fritz emitiendo agudos gritos y atacándolo con sus picos hasta que logró escapar. Cuando entonces soltó al prisionero, descubrimos que era un hermoso lorito verde, que Fritz pidió conservar para regalarlo a sus hermanos, quienes harían una jaula donde encerrarlo y lo domesticarían, enseñándole a hablar.

Nos pusimos entonces a considerar hasta dónde iríamos. Las densas matas de bambú, imposibles de atravesar, parecían ofrecer una conclusión natural a nuestro trayecto. Por consiguiente, no pudimos determinar si habríamos hallado o no un paso que nos permitiera llegar del otro lado de las rocas, y no nos quedó mejor recurso que tomar a la izquierda, hacia el "Cabo Desengaño", donde entonces volvieron a atraer nuestra atención las lujuriosas plantaciones de caña de azúcar.

Para no volver al "Arroyo del Halcón" con las manos vacías y ser perdonados por tan larga ausen-

cia, cada uno de nosotros se tomó el trabajo de cortar un gran atado de cañas, que cargamos a lomo del asno, sin olvidar la ceremonia de reservarnos una para reponernos durante el trayecto.

Llegamos al "Arroyo del Halcón" sin más incidentes. Al principio recibimos algunas amables reprimendas; luego fuimos interrogados y por último agradecidos cuando presentamos nuestros diversos tesoros, en especial las cañas de azúcar. Pero cuando Fritz sacó del bolsillo el lorito verde vivo, el éxtasis de todos no tuvo límites.

Poco después de caer la noche, saboreamos una opípara cena, y como estábamos muy fatigados, nos fuimos a descansar más temprano que de costumbre, después de retirar cuidadosamente la escalera, nos sumimos en profundo tranquilo sueño.

CAPITULO 19

EL FIN DEL BARCO

Habiendo ya casi agotado nuestro surtido de ropas, nos vimos una vez mas obligados a recurrir a la nave, en la cual, según sabíamos había aún algunos cofres adecuados para el uso. Agregamos a este motivo un profundo deseo de verla de nuevo y, de ser posible, traer algunos cañones que pudiéramos instalar en los nuevos bastiones de "La Carpa", quedando así preparados para lo peor.

El primer día bueno reuní a mis tres hijos mayores y puse en ejecución mi proyecto. Llegamos a los restos de la nave sin que ocurriera ningún incidente notable, y la hallamos todavía sujeta entre las rocas, aunque un tanto más destrozada que la última vez que la viéramos. Retiramos los cofres con ropa y lo que restaba en cuanto a provisiones de munición:

pólvora, proyectiles y hasta los cañones que pudimos trasladar, en tanto a los que eran demasiado pesados les quitábamos las ruedas, que podían ser sumamente útiles.

Pero para cumplir nuestro propósito tuvimos que pasar varios días visitando el barco, de donde regresábamos siempre al anochecer enriquecidos con todo lo portátil que contuviera aquél: puertas, cerraduras, cerrojos; nada se nos escapaba, de modo que la nave quedó ahora totalmente vacía.

Una vez tomadas estas medidas, resolví hacer volar los restos mediante un procedimiento simular al que tan buen resultado diera con la pinaza. Por consiguiente preparamos un barril de pólvora, que a tal objeto dejamos a bordo. Lo hicimos rodar hasta el sitio más favorable para nuestros fines; practicamos en su costado una pequeña abertura y en el momento de abandonar la nave, introducimos un trozo de madera de fósforo, que encendimos, como la vez anterior, a último momento. Hecho esto, partimos lo más rápido posible hacia la "Bahía de la Salvación", donde no tardamos en llegar.

Al caer la noche, un estruendo majestuoso, semejante a un trueno, acompañado por una columna de fuego y humo, anunció que el barco que nos

condujera hasta nuestra actual morada en el desierto, proporcionándonos allí abundantes provisiones para nuestra comodidad general, quedaba en ese instante aniquilado y quitado para siempre de la vista del hombre.

El descanso nocturno alivió en cierta medida la melancolía de la noche anterior. Por la mañana temprano, fui con los muchachos a efectuar nuevas observaciones sobre los efectos de aquel notable suceso. En el agua y a lo largo de la costa divisamos abundantes vestigios de la nave desaparecida; y entre el resto, a cierta distancia, los barriles vacíos, calderos y cañones, atados todos juntos y flotando en el agua en una gran masa.

Al instante saltamos a la pinaza, con la balsa de tinas sujeta a ella, y nos abrimos paso entre los innumerables trozos de madera y demás que nos lo obstruían, hasta llegar al objeto de nuestra búsqueda que, debido a su gran peso, se movía con lentitud sobre las ollas. Listo como de costumbre, Fritz arrojó una soga sobre dos barriles que logró sujetar a nuestra barcaza. Luego se apoderó también de una enorme cantidad de postes, listones y otros objetos útiles. Con ese abundante botín regresamos a tierra.

Efectuamos otros tres viajes con el fin de traernos más cañones. Calderos, fragmentos de mástiles, etc., todo lo cuál depositamos por el momento en la "Bahía de la Salvación". Entonces comenzaron nuestras más fatigosas actividades: las de trasladar tan numerosos y pesados pertrechos de las embarcaciones a "La Carpa". Separamos cañón y calderos de la balsa entre sí, dejándolos en un sitio accesible para el trineo y las bestias de carga. Con ayuda de la alzaprima, logramos subir al trineo los calderos, y colocar de nuevo las cuatro ruedas que antes retiráramos del cañón; entonces nos resultó fácil lograr que la vaca y el asno los arrastraran.

Los calderos o calderas de bronce más grandes nos resultaron del uso más esencial. Sacando todos nuestros barriles de pólvora, los colocamos todos dados vuelta en tres grupos separados, a corta distancia de nuestra carpa: cavamos alrededor una pequeña zanja destinada a atraer la humedad del suelo y luego pusimos uno de los calderos boca abajo sobre cada uno, lo cual respondía totalmente al propósito de una letrina. Los cañones quedaron cubiertos con lona, sobre la cual tendimos pesadas ramas de árboles; retiramos prudentemente los barriles de pólvora más grandes bajo una saliente ro-

cosa, y los cubrimos con tablas hasta que tuviéramos ocasión de ejecutar el plan de construir un depósito de municiones, proyecto que todos tomamos muy en serio.

Al inspeccionar nuestras tareas, mi esposa tuvo la alegría de descubrir que dos de nuestros patos y uno de los gansos hablan estado empollando bajo un arbusto, y que en ese momento conducían sus familias hacia el agua. La novedad ocasionó general regocijo, y el espectáculo de los pequeños seres nos hizo recordar con tal intensidad el "Arroyo del Halcón", que todos concebimos el ansia de regresar junto a los numerosos amigos que allí dejáramos. Por consiguiente, establecimos el día siguiente para partir.

CAPITULO 20

UN NUEVO DOMINIO - LA MANADA DE BUFALOS EL HEROE VENCIDO

Personalmente, mucho anhelaba explorar con mayor minuciosidad esa parte de la isla. Por lo tanto, hice algunos preparativos para dormir, por si el día nos resultara demasiado corto para todo lo que quizá deberíamos realizar: en lugar del trineo, llevé el carro, donde acomodé algunas tablas para que se sentaran Francis y su madre.

Una vez colocado todo en el carro que habíamos fabricado, uncí a él tanto el asno como a la vaca, previendo que a nuestro regreso la carga habría aumentado. Así partimos, tomando el camino de las plantaciones de papa y mandioca.

Con tanta exactitud fijamos nuestra ruta, que al trasponer los bordes del bosque nos encontramos

en una llanura abierta, a nuestra derecha los bambúes, intercalados con diversas clases de palmeras, y delante la magnífica bahía formada por el "Cabo Desengaño".

Como ya anocheecía y habíamos resuelto pernoctar en aquel sitio cautivador, comenzamos a pensar en construir con algunas ramas grandes una especie de choza, como las que suelen hacer los cazadores americanos, para protegernos del rocío y la frialdad del aire. En esto nos ocupábamos cuando de pronto nos alarmaron los sonoros rebuznos del asno, al cual habíamos dejado poco antes pastando cerca de allí. Al acercarnos lo vimos levantar la cabeza al aire, cocear y hacer cabriolas, y mientras nos preguntábamos qué podía ocurrirle, partió a galope tendido.

Fatigado y disgustado por la pérdida de tan útil animal, entré en la choza, que encontré completa, pues mis hijos la habían cubierto con lona y esparcido ramas en tierra para dormir, antes de recoger algunas cañas para hacer una hoguera, cosa agradable para todos dado el frescor del aire vespertino. También nos sirvió para preparar la comida. Cuando todo estuvo listo, yo, vigilé y alimenté el fuego hasta la medianoche, luego de lo cual, ocupé el rin-

concito que me asignaron mis durmientes acompañantes.

A la mañana siguiente, nos desayunamos con un poco de leche de la vaca, unas papas hervidas y una pequeña porción de queso holandés. Mientras comíamos, trazamos los planes para nuestras tareas del día. Se decidió que uno de los muchachos y yo, con ayuda de los dos perros, buscaríamos al asno por la plantación de bambú. Resolví llevarme al ágil Jack.

No tardamos en llegar a la plantación de bambú, por cuya intrincada vegetación logramos abrírnos paso. A cabo de muchos esfuerzos, descubrimos huellas de los cascos del asno, que nos infundieron un renovado ardor en la búsqueda. Después de otra hora de intentos, al llegar a los bordes de la plantación divisamos a la distancia el mar, y poco después nos encontramos en un espacio abierto, que lindaba con la gran bahía.

Seguimos avanzando hasta llegar a un arroyo que surgía, espumante, de una gran masa rocosa, para caer al río en cascada. Tan profundo era el lecho de esta corriente, y tan rápido su curso, que tardamos mucho en hallar un sitio por donde cruzar. Llegados al otro lado, comprobamos que el suelo

era de nuevo arenoso y mezclado con una tierra de tipo fértil. Allí ya no vimos roca desnuda, pero en el suelo volvieron a ser visibles las huellas del asno.

Observando con atención, advertimos atónitos huellas de las patas de otros animales, mucho más grandes y, en muchos aspectos, diferentes de las del asno. Esto incitó nuestra curiosidad a tal punto, que resolvimos seguir los rastros, los cuales nos condujeron a gran distancia hasta una llanura, que ante nuestros ojos maravillados semejaba un paraíso terrestre.

Esforzando nuestra vista, creíamos percibir a lo lejos, sobre la tierra, unas manchas que parecían moverse. Hacia allá nos encaminamos, y al llegar cerca divisamos un grupo de animales que presentaba un perfil semejante al de una manada de caballos o vacas.

Acercándonos más, advertimos que se trataba de búfalos salvajes. Por suerte los perros nos seguían de lejos, de modo que los búfalos no dieron señales de temor ni disgusto ante nuestra llegada. Permanecieron perfectamente inmóviles, fijando en nosotros sus grandes ojos redondos y sorprendidos. Los que estaban echados se levantaron con lentitud, pero ninguno de ellos evidenció ninguna predispo-

sición hostil hacia nosotros. Es probable que en esta ocasión nos haya salvado la ausencia de los perros. El caso es que tuvimos tiempo de retroceder con tranquilidad y preparar nuestras armas de fuego. Sin embargo, no era mi intención utilizarlas de manera alguna, como no fuera para defensa. Sólo pensé en retirarme, eso hacía con mi pobre Jack, por quien me sentía más alarmado que por mí mismo, cuando desgraciadamente Turco y Flora llegaron corriendo a nuestro lado y, como pudimos ver, fueron advertidos por los búfalos.

Al instante los animales comenzaron a bramar de un modo que nos hizo temblar los nervios, golpeando con sus cuernos y cascos el suelo, del cual arrancaban pedazos que lanzaban al aire. Anticipé con horror el momento en que, confundiéndonos con los perros, a los cuales sin duda tomaban por chacales, nos alcanzaran e hicieran pedazos. Pese a nuestros esfuerzos nuestros valientes Turco y Flora, que no temían al peligro, corrieron hacia ellos y, siguiendo su manera de atacar habitual, se tomaron de las orejas de un búfalo joven que se hallaba un poco más cerca de nosotros que los demás; y pese a los tremendos bramidos y movimientos del animal, no lo soltaron.

Así comenzaron las hostilidades, y a menos que resolviéramos abandonar la causa de nuestros bravos defensores, nos velamos ahora obligados a iniciar una guerra abierta, la cual, teniendo en cuenta la fuerza y cantidad del enemigo, presentaba un peligro muy apremiante e inevitable. Ahora toda nuestra esperanza parecía residir en la posibilidad de que el estrépito de nuestras descargas, oído acaso por primera vez por los búfalos, los aterrara e impulsara a huir. Fue, lo confieso, con el corazón palpitante Y las manos temblorosas que ambos hicimos fuego al mismo tiempo; los búfalos, aterrorizados por el ruido y el humo, permanecieron inmóviles un instante, como alcanzados por un rayo; luego emprendieron la fuga todos a un tiempo, con rapidez tan increíble que no tardaron en perderse de vista.

Desde gran distancia oímos sus sonoros bramidos, que poco a poco dieron lugar al silencio, y así quedamos en la cercanía de un representante de su aterradora especie. Este, una hembra, era sin duda la madre del búfalo joven que los perros mantenían todavía prisionero. Al oír sus bramidos, se había acercado, y nuestras armas la habían herido, pero no matado. Tras un momento de pausa la bestia, enfurecida, arremetió contra los perros, y con la cabeza

junto al suelo, como para guiarse por el olfato, avanzaba colérica y los habría hecho pedazos si yo no se lo hubiera impedido disparándole con mi escopeta y poniendo así fin a su existencia.

El joven búfalo seguía aún prisionero con las orejas en las bocas de ambos perros, y el dolor lo enfurecía a tal punto que temí que los lastimara. Por consiguiente, decidí adelantarme y socorrerlos como pudiera, aunque apenas si sabía cómo hacerlo. El búfalo aunque joven, era lo bastante fuerte como para vengarse si yo ordenaba a los perros que le soltaran las orejas.

Yo podía matarlo de un tiro, pero anhelaba mantenerlo con vida para domesticarlo de modo que sustituyera al asno, al cual pocas esperanzas teníamos de recobrar.

De pronto Jack intervino con un medio eficaz para cumplir mis deseos. Sacando de prisa del bolsillo su soga con bolas, retrocedió unos pasos y la arrojó con tal destreza que el búfalo cayó completamente enredado. Pude entonces acercármele sin peligro y atarle las patas de a dos con una soga muy resistente; los perros le soltaron las orejas y desde ese momento consideramos que el búfalo era nuestro.

Ahora la cuestión era cómo llevarlo a casa. Después de reflexionar decidí que la mejor manera sería atar juntas sus dos patas delanteras, apretadas de modo que no pudiera correr, pero si caminar.

-Luego -continué- adoptaremos el método practicado en Italia. Lo considerarás algo cruel, pero su éxito es seguro, y después nos ocuparemos de compensarlo con el mejor cuidado y trato. Sujeta con todas tus fuerzas la sogá que le ata las patas, de modo que no pueda moverse.

Llamé entonces a Turco y Flora, haciendo que cada uno sujetara al animal por las orejas; saqué del bolsillo una puntiaguda navaja y, tomándolo por el hocico, le hice en la fosa nasal un agujero donde introduje rápidamente la cuerda, que até inmediatamente a un árbol de modo que el animal quedó impedido de mover la cabeza, ya que con eso habría inflamado la herida y aumentado el dolor.

En cuanto esta operación quedó concluida, alejé a los perros. Enfurecido, el animal habría querido huir, pero las patas sujetas y el dolor del hocico se lo impedían.

Como no estábamos dispuestos a irnos de prisa, pedí a Jack que echara mano al serrucho y cortara

una pequeña cantidad de aquellas cañas, que por su tamaño enorme podrían sernos útiles.

Teníamos que trasladar tantos y tan pesados objetos que por ese día abandoné toda idea de seguir buscando al asno. Pensé entonces en desatar al búfalo, y al acercarme a él comprobé complacido que dormía, lo cual probaba que su herida no era dolorosa en exceso. Cuando comencé a tironearlo suavemente de la soga, se sobresaltó, pero luego me siguió sin resistencia, a sus cuernos otra soga y uniéndolas lo conduje.

El cumplió el trayecto con docilidad tan inesperada que, para aliviarnos de una parte de nuestra carga, nos aventuramos incluso a sujetarle al lomo los atados de cañas, sobre los cuales tendimos los trozos de búfalo salado.

Volvimos a cruzar el río sin inconvenientes, y acompañados por los acogedores sonidos de sus cascadas, llegamos de vuelta al angosto paso situado detrás de las rocas. Avanzamos con cautela y, una vez a salvo del otro lado, pensamos apresurar la marcha para llegar antes a la choza.

Una vez respondidas las preguntas iniciales sobre nuestra salud y seguridad, iniciamos el relato de nuestras aventuras. Todos coincidieron en que

nuestro éxito con el búfalo era la hazaña más extraordinaria; todos anhelaron la llegada de la mañana, cuando podrían contemplar a satisfacción al brioso animal que habíamos traído. El día concluyó con la cena y un profundo descanso.

CAPITULO 21

EL AGUILA DE MALABAR ABEJAS

Al día siguiente, mi esposa inició la conversación contándome que los niños habían sido buenos y diligentes: que habían ascendido con ella al "Cabo Desengaño" y recogido leña.

También Fritz estaba muy animado, por otro motivo: en la muñeca traía una joven ave de presa de bellissimo plumaje, hallada por él en su nido, en uno de los peñascos cercanos al "Cabo Desengaño". Pese a su juventud, el ave ya tenía todo su plumaje, aunque éste no lucía aún pleno colorido. Respondía a la descripción de la hermosa Aguila de Malabar, y yo observé con admiración que merecía ese titulo. Se considera que encontrar una de estas aves es buen augurio. El joven búfalo comenzaba a pastar: le dimos también un poco de leche de la vaca, y po-

cos días después lo alimentamos con un montón de papas cortadas, que devoró con voracidad.

Desde hacía un tiempo daba forma a la idea de construir, dentro del inmenso tronco del árbol, una escalera de caracol, si resultaba ser hueco o yo lo-graba ahuecarlo. Como había nido hablar a los mu-chachos de un agujero en nuestro árbol, y de un enjambre de abejas que salía de él, fui a examinar si esa cavidad llegaba hasta las raíces.

Mis hijos se incorporaron y treparon como ar-dillas a lo alto de las raíces, a fin de golpear el tron-co con hachas y deducir por el sonido hasta dónde era hueco. Pero no tardaron en pagar caro su in-tento. Todo el enjambre de abejas salió zumbando furioso, atacó a los pequeños revoltosos y comenzó a picarlos, pegándose a sus cabellos y ropas y po-niéndolos pronto en fuga entre lastimeros gritos. A mi esposa y a mi nos costó acallarlos y cubrir sus pequeñas heridas con tierra fresca para aliviar la picazón.

Cuando mejoraron un poco, no pensaron sino en vengarse de los insectos que tan mal los trataran, e insistieron en que yo apresurara las medidas desti-nadas a obtener posesión de su miel. Mientras tanto, las abejas seguían zumbando furiosas alrededor del

árbol, Yo preparé tabaco, una pipa, un poco de arcilla, cortafríos, martillos y demás. Tomé la calabaza grande, destinada a colmena desde hacía tiempo, y le preparé un sitio clavando un trozo de madera sobre una rama del árbol. Hice un techo de paja que la protegiera del sol y la lluvia, y como todo esto ocupó más tiempo del previsto, diferimos el ataque a la fortaleza hasta el día siguiente y nos dispusimos al descanso.

CAPITULO 22
EL ATAQUE A LAS ABEJAS - ESCALERA -
ADIESTRAMIENTO DE DIVERSOS
ANIMALES, ETC.

Por la mañana siguiente, todos se levantaron y se pusieron en movimiento casi antes de amanecer; las abejas había regresado a sus celdillas, y yo tapé las aberturas con arcilla, dejando apenas espacio suficiente para la boquilla de mi pipa. Entonces arrojé el humo necesario para adormecer a los pequeños y belicosos seres, sin matarlos. Como no tenía gorra con mascara, como las que suelen utilizar los cazadores de abejas, ni siquiera guantes, tal precaución era necesaria. Al principio se oyó en el hueco del árbol un zumbido, y un rumor cómo el de una tormenta en ciernes, que fue apagándose gra-

dualmente. Cuando todo quedó en calma, retiré mi boquilla sin que apareciera una sola abeja.

Junto con Fritz, que trepó a mi lado, nos pusimos entonces a cortar del árbol, bajo el agujero de entrada de las abejas, un trozo de un metro cuadrado. Antes de separarlo por completo, repetí la fumigación. En cuanto supuse de nuevo adormecidas a las abejas, separé del tronco el trozo que había recortado, produciendo, podría decirse, el aspecto de una ventana, por la cual podía verse el interior del árbol. Nos llenó de júbilo y asombro al mismo tiempo el contemplar la obra inmensa y maravillosa de aquella colonia de insectos.

Tan abundante era la provisión de cera y miel, que temimos que nuestros recipientes no alcanzaran a contenerla. Todo el interior del árbol se hallaba forrado de panales perfectos, que arranqué con cuidado y coloqué en las calabazas que mis hijos me alcanzaban sin cesar. Una vez que hube despejado un poco la cavidad, puse las celdillas superiores, donde se habían amontonado las abejas, dentro de la calabaza que haría las veces de colmena, que coloqué en la tabla ya instalada con anterioridad. Luego bajé llevando el resto de los panales, con lo que llené un pequeño barril, bien lavado previamente en

el arroyo. Guardé alguno para regalarme durante la cena, y cubrí cuidadosamente el barril con telas y tablas, de modo que las abejas, al ser atraídas por el olor, no pudieran llegar a él.

Reunidos alrededor de la mesa, nos regalamos en abundancia con la deliciosa golosina. Después mi esposa guardó el resto y yo propuse a mis hijos que volviéramos al árbol, para impedir que las abejas volaran al salir de su estupor, como habrían hecho sin duda a no ser por la precaución que adopté de colocar en la abertura una tabla y quemar en ella unos puñados de tabaco, cuyo humo y olor las obligaba a retroceder cada vez que intentaban volver.

Por fin desistieron y se adaptaron gradualmente a su nueva residencia, donde sin duda se había instalado su reina. Vaciamos el barril de miel en una olla, salvo unas cuantas celdillas escogidas que conservamos para consumo diario. El resto, mezclado con un poco de agua, fue colocado sobre un suave fuego y reducido a una líquida consistencia, exprimido y estrujado a través de una bolsa, y luego vertido de nuevo en el barril, que dejamos toda la noche vertical y destapado para que se enfriara. Por la mañana la cera ya estaba totalmente separada, y se había elevado a la superficie en un bollo compacto

que fue fácil retirar. Debajo quedaba la miel más pura, hermosa y delicada que se pueda imaginar; entonces el barril fue vuelto a tapar con cuidado y colocado en suelo fresco, cerca de nuestros recipientes de vino.

Poco después de estas operaciones nos dedicarnos a examinar -el interior del árbol. Yo lo sondeé con un palo desde el orificio que había practicado, y una piedra atada a una cuerda nos sirvió para sondear el fondo, calculando así la altura y profundidad de la cavidad. Para mi gran sorpresa, el palo penetró sin resistencia alguna a las ramas donde reposaba nuestra morada, mientras que la piedra descendió hasta el fondo. Al parecer el tronco había perdido por entero su médula, e internamente la mayor parte de la madera.

Resolví iniciar ese mismo día nuestra construcción en su espacioso hueco. Al principio la tarea pareció exceder nuestras facultades, pero con inteligencia, paciencia tiempo y una firme decisión, dominamos todos los obstáculos.

Comenzamos a cortar en el costado del árbol, hacia el mar, un vano de dimensiones iguales a la puerta del camarote del capitán, que habíamos retirado con todo su marco y ventanillas. Luego des-

pejamos la cavidad de toda la madera podrida, alisando y emparejando el interior y dejando grosor suficiente para recortar apoyaderos para la escalera, sin perjudicar la corteza. Hecho esto, instalé en el centro el tronco de un árbol totalmente despojado de sus ramas, a fin de montar a su alrededor la escalera de caracol. Del lado exterior de este tronco y el interior de la cavidad de nuestro propio árbol practicamos surcos, calculados de modo que correspondieran a la separación de las tablas que harían de escalones. Los continué hasta llegar a la altura del tronco a cuyo alrededor giraban. Efectué a distancia adecuada dos aberturas más, proporcionando así luz a toda la subida.

Practiqué asimismo una abertura cerca de nuestra habitación que me permitirla concluir de manera más conveniente la parte superior de la escalera. Coloqué sobre el primer tronco otro, firmemente sostenido con tuercas y vigas transversales. Este, como el anterior, estaba rodeado por escalones cortados en declive; así llevamos a buen término la estupenda tarea de conducirlo hasta el nivel de nuestro dormitorio. Aquí hice otra puerta que daba directamente a él. Para mayor solidez y mejor aspecto, cerré con tablas el espacio entre las escaleras.

Luego ajusté dos sogas fuertes, una que bajaba a lo largo del tronco central, la otra por el interior de nuestro árbol, para tomarnos de ellas si resbalábamos.

Después de la escalera de caracol, me ocupé sobretodo del joven búfalo, cuya herida en el hocico estaba ya curada, de modo que podía conducirlo a voluntad pasando por el orificio una soga o palo, como hacen los cafres. Preferí el palo, que cumplía el papel de papel de bocado, y resolví domesticar al brioso animal tanto para montar como para tiro. Ya estaba acostumbrado a los fustes, y era muy dócil en ellos; pero me costó más habituarlo al jinete y soportar la cincha que le había confeccionado con el cuero del búfalo viejo.

Hice con lona una especie de montura, que cosí a la cincha, y coloqué sobre una carga que fui aumentando gradualmente. Fui infatigable en el entrenamiento del animal, que no tardó en cargar pacientemente grandes bolsas de papas, sal y otros objetos.

CAPITULO 23
ASNO SALVAJE - DIFICULTADES
PARA DOMESTICARLO

Acabábamos de levantarnos una mañana cuando olmos a distancia dos extrañas voces, semejantes a los aullidos de bestias salvajes, mezcladas con silbidos y sonidos proferidos por algún ser a punto de exhalar el último aliento.

Consideramos prudente ponernos en situación defensiva: cargamos nuestras escopetas y pistolas, que colocamos dentro de nuestro castillo arbóreo, y nos preparamos a repeler vigorosamente todo ataque hostil proveniente de ese sector. Como los aullidos se interrumpieron un momento, descendí de nuestra ciudadela bien armado y coloqué a nuestros fieles guardianes sus collares con púas y sus protectores laterales.

En ese instante se reanudaron los aullidos, casi junto a nosotros. Fritz se acercó al sitio lo más posible, después de escuchar con atención y expresión ansiosa, arrojó al suelo su escopeta al tiempo que estallaba en sonoras carcajadas.

-Papá ¡es nuestro asno! El desertor vuelve a nosotros.

Poco después tuvimos la satisfacción de ver entre los árboles a nuestro antiguo amigo Grizzle, que se nos acercaba tranquilamente, deteniéndose de vez en cuando a pastar. Pero, para nuestra gran alegría, lo acompañaba uno de su propia especie, de belleza muy superior, y que según advertí cuando estuvo cerca, era un hermoso onagro, o asno salvaje, del cual ansié apoderarme.

Preparé una larga sogá con nudo corredizo, una punta de la cual até bien a la raíz de un árbol, y cuyo nudo mantuve abierto mediante un palito levemente apoyado en la abertura de modo que cayera solo al ser echada la sogá alrededor del pescuezo del animal, cuyos intentos de fuga estrecharían el nudo. También preparé un trozo de bambú de unos sesenta centímetros de largo, que partí en una punta y até bien en la otra de modo que sirviera como pinza.

Los dos asnos se aproximaron a nosotros. Con el nudo abierto en la mano, Fritz abandonó sigiloso el árbol tras el cual nos ocultábamos, y avanzó tanto como se lo permitía la longitud de la soga. Al percibir una forma humana, el onagro se sobresaltó; retrocedió de un salto y se detuvo luego como para observar al desconocido, pero como Fritz permaneció entonces bien quieto, el animal recobró la calma y siguió pastando. Poco después, mi hijo se acercó al asno viejo esperando que la confianza que éste le demostraría provocara un sentimiento similar en el recién llegado.

Para ello ofreció un puñado de avena mezclada con sal; nuestro asno corrió al instante en procura de su alimento favorito, que devoró golosamente. El otro, que no tardó en advertirlo, se acercó levantando la cabeza y resoplando con vigor, aproximándose tanto que Fritz aprovechó la oportunidad y logró rodearle el pescuezo con la soga. Pero el movimiento y el golpe asustaron tanto a la bestia, que se alejó inmediatamente de un brinco. Enseguida lo contuvo la soga, que le oprimió el cuello de modo tal que casi le cortó el aliento. No logró ir más allá y, al cabo de agotadores esfuerzos, se dejó caer al suelo, jadeante.

Me apresuré a aflojar la sogá, impidiendo así que el animal fuera estrangulado. Luego le pasé con rapidez sobre la cabeza el ronzal, y sujeté al nudo a mi caña partida, que ajusté en la punta con braman-te. Así logré calmar la alarma inicial de aquel animal salvaje, tal como los herradores ponen herraduras a un caballo por primera vez. Quité por entero el nudo que parecía poner en peligrosa situación al animal; con dos largas sogas, sujeté el ronzal a dos raíces cercanas a derecha e izquierda, y dejé que el onagro se recobrara.

CAPITULO 24

PRIMAVERA DESPUES DE LA ESTACION LLUVIOSA - MINA DE SAL

Apenas logro describir nuestra alegría cuando, al cabo de muchas semanas tediosas y melancólicas de lluvia, el cielo comenzó a despejarse.

Nuestra primera visita fue a "La Carpa", donde comprobamos que los estragos del invierno eran más considerables aún que en el "Arroyo del Halcón". La tempestad y la lluvia hablan derribado la carpa, arrastrando una parte de la lona y causando tales destrozos entre nuestras provisiones, que una gran mayoría estaba manchada de moho.

Al examinar nuestros pertrechos, nos desconsoló descubrir que la pólvora, de la cual dejara tres barriles en la carpa, era la más perjudicada. El contenido de uno había quedado totalmente inutilizado.

Me consideré afortunado de hallar el restante en condición tolerable, y de esta pérdida grande e irreparable extraje un motivo coherente para preparar un refugio invernal donde nuestras provisiones, nuestra única riqueza, no quedara expuesta a tan cruel dilapidación.

Aunque Fritz y Jack insistieron en tratar de convencerme para que emprendiera una excavación en la roca, no esperaba tener éxito en ella. Sin embargo, el ansia profunda de contar con una habitación más sólida que nos defendiera de los elementos me desconcertaba sin cesar, de modo que decidí por lo, menos intentar abrir un refugio.

Así, pues, partí un día acompañado por mis dos, hijos mayores, cuya madre quedaba hilando con Ernest y Francis. Llevábamos zapapicos, cortafríos, martillos y palancas de hierro a fin de probar el resultado que obtendríamos en la roca. Elegí una parte casi perpendicular, y mucho mejor situada que nuestra carpa. Desde allí el panorama era cautivador, ya que abarcaba toda la extensión de la "Bahía de la Salvación", las riberas del "Arroyo del Chacal" y el "Puente de la Familia". Marqué con carbón la abertura que deseábamos hacer e iniciamos la pesada tarea de perforar la cantera.

Tan poco avanzamos el primer día que nos vimos tentados de abandonar el intento. Sin embargo, perseveramos, y mis esperanzas se reanimaron un tanto cuando advertí que, al penetrar a mayor profundidad, la piedra era de una textura más suave.

Al cabo de unos días de asidua labor, medimos la abertura, comprobando que ya habíamos avanzado dos metros y medio en la roca. Yo apliqué mis esfuerzos a la parte superior, a fin de agrandar la abertura. Jack, el más pequeño de los tres, pudo penetrar y cortar por debajo. Para ello utilizaba una larga barra de hierro, aguzada en la punta, que impulsaba con un martillo para soltar de a un pedazo por vez. De pronto gritó:

-¡Está perforada, papá!

Pensando que el incidente merecía atención, me aproximé. Así la barra que seguía clavada en la roca, y moviéndola hice una abertura suficiente para permitir el paso de uno de mis hijos. Observé entonces que, en efecto, los escombros caían dentro de la cavidad, que según calculé por la caída de las piedras, no era mucho más profunda que el sitio donde nos encontrábamos. Mis dos hijos se ofrecieron a entrar y examinarla, pero lo prohibí, y hasta los hice apartarse de la abertura, al aspirar el aire fétido que sur-

gía de adentro en abundancia y comenzar a sentirme yo mismo marcado por haberme acercado en demasiada.

-Cuidado con entrar en tales sitios -exclamé aterrado-, pues podrían perder la vida como consecuencia. Debemos encender en este hueco una hoguera lo bastante vigorosa como para purificar el aire interior, haciéndolo apto para respirar.

Recordé entonces que habíamos traído de la nave un cofre lleno de granadas, cohetes y otros fuegos artificiales. Me apresuré a buscarlo y sacar de él algunos, junto con un mortero de hierro para arrojarlos. Fuera de éste extendí un reguero de pólvora, cuyo extremo encendí.

Tuvo lugar una explosión generalizada, cuyo terrible estallido repercutió en los oscuros recovecos. Las granadas encendidas volaron por todos lados como brillantes meteoros, que rebotaban y estallaban como brillantes meteoros, que rebotaban y estallaban con tremendo estrépito.

Una vez agotados nuestros fuegos artificiales, probé con paja encendida. Para nuestra gran satisfacción, los manojos que arrojamos adentro quedaron consumidos por entero; podíamos, pues, prever

razonablemente que nada hubiera que temer del aire.

Envié a Jack al "Arroyo del Halcón", montado en el búfalo, para que anunciara nuestro descubrimiento a su madre y hermanos, con instrucciones de regresar con ellos y trayendo todas las velillas que quedaron. Mi intención era atarlas unidas a la punta de un palo, y encendiéndolas, examinar la cavidad.

Tres o cuatro horas más tarde los vimos llegar en nuestro carro, arrastrado ahora por la vaca y el asno y conducido por Ernest. Montado sobre su búfalo, Jack iba delante, haciendo cabriolas, y soplando a través de la mano entrecerrada para imitar un cuerno de caza.

Inmediatamente encendí algunas velillas, aunque no juntas, como había pensado. Preferí quemara una en su mano derecha, un útil en la izquierda, otra vela en el bolsillo, pedernal y acero; de este modo entramos en la roca en solemne procesión. Yo abría la marcha, me seguían mis hijos, y la madre, con el más pequeño, cubría la retaguardia.

Pero apenas si habíamos avanzado cuatro pasos en el interior de la gruta, cuando todo se convirtió en mas que admiración y sorpresa. Se presentaba ante nosotros el más bello y magnífico espectáculo.

Los costados de la caverna resplandecían como diamantes; la luz de nuestras seis velas se reflejaba por todas partes y ejercía el efecto de una grandiosa iluminación.

Pendían de lo alto de la bóveda innumerables cristales de toda forma y tamaño que, junto con los de los costados, formaban pilares, altares, cornisamentos y toda clase de figuras más.

De tan grande, el asombro de mi familia fue casi absurdo. El fondo era plano, cubierto y una arena blanca y muy fina, y tan seco, que no pude ver en parte alguna la menor señal de humedad. Todo esto me hizo esperar que el sitio fuera saludable, conveniente y adecuado para nuestra futura residencia.

Formulé entonces una conjetura en cuanto a la índole de las cristalizaciones que brotaban de todas partes, y especialmente del techo. Al romper una parte de una de ellas, comprobé con gran alegría que me hallaba en una gruta de sal fosilizada o rocosa.

A medida que avanzábamos por la gruta, se presentaban notables figuras, formadas en todas partes por la materia salina: columnas que llegaban desde el fondo hasta lo alto de la bóveda parecían sostenerla, y algunas tenían hasta cornisas y capiteles;

aquí y allá, masas ondulantes, que desde cierta distancia se parecían al mar.

Muchos planes trazamos para convertir aquella magnífica gruta en una mansión adecuada y acogedora donde morar. Algunos votaron porque nos estableciéramos inmediatamente allí, pero se les opusieron opiniones más sagaces, resolviéndose que el "Arroyo del Halcón" seguiría siendo nuestra vivienda hasta fin de año.

CAPITULO 25

UNA CASA EN LA ROCA SALINA

El feliz descubrimiento de una caverna ya existente en la roca había facilitado sobremanera nuestra labor. Ya no era necesario excavar; disponía de más espacio que el requerido para construir nuestra vivienda; el objetivo actual era hacerlo habitable. El estrato superior de la roca, frente a la caverna, era blando, lo cual permitiría trabajarlo con moderado esfuerzo. Esperaba asimismo que expuesto ahora al aire y al calor del sol, se volvería poco a poco tan duro y compacto como la primera capa, que tanto trabajo me diera.

Teniendo esto en cuenta, y mientras aún estaba blando, comencé a practicar aberturas para las puertas y ventanas delanteras. Destinado en el futuro el "Nido de Halcón" a refugio rural para los días

más calurosos del verano, las ventanas de la escalera se volvían innecesarias; en cuanto a la puerta, preferí fabricar una de corteza, similar a la del árbol, ya que ocultaría mejor nuestra morada si en algún momento éramos invadidos por salvajes. Por consiguiente llevamos la puerta y ventanas a "La Carpa", para fijarlas de allí en adelante en la roca.

Cuando pude entrar libremente en la caverna por un buen portal, y las ventanas le proporcionaron iluminación suficiente, erigí un tabique para distribuir nuestras habitaciones y otras comodidades. La extensión del lugar ofrecía espacio de sobra para mis fines, permitiéndome incluso dejar varios sitios para depositar sal y otros artículos. Tuve cuidado de dañar lo menos posible los adornos naturales de la nueva mansión familiar.

Dispuse el interior de la manera siguiente: Primero distribuí un vasto espacio en dos divisiones; la de la derecha fue destinada a nuestra residencia, mientras que la de la izquierda debía contener la cocina, establos y sala de trabajo. Al fondo de la segunda división, donde no podían colocarse ventanas, habría que formar la bodega y el depósito; todo separado mediante tabiques con puertas de comunicación, proporcionándonos, así, una vivien-

da cómoda y muy agradable. El lado que destinamos a habitación quedó dividido en tres secciones: la primera, junto a la puerta, era el dormitorio para mi esposa y yo; la segunda, un comedor, y la tercera, un dormitorio para los muchachos.

Dimos a la sala de trabajo, cercana a la cocina, dimensiones suficientes para emprender tareas de cierta magnitud. Servía, además, para guardar nuestro carro y trineo. Por último, los establos, divididos en cuatro compartimentos para separar las distintas clases de animales, ocupaban todo el fondo de la caverna de ese lado. Del otro se hallaban la bodega y el polvorín.

Fácil resulta imaginar que semejante plan no podía ser cumplido como por encanto, y que en primera instancia nos contentamos por hacer lo más urgente, reservando lo demás para el verano. Sin embargo, la tarea avanzaba cada día sin que nos diéramos cuenta de ello.

CAPITULO 26
TERMINACION DE DOS CORTIJOS
UNA EMBARCACION

En su mayor parte, los árboles por mi elegidos para construir las mejoras a la granja tenían treinta y cinco centímetros de diámetro en el tronco. En éstos tallé pequeños espacios huecos o muescas, a distancia de tres metros y medio uno sobre el otro, formando dos pisos. Hice al de arriba unos pocos centímetros más por delante que por detrás, de modo que el techo sirviera en cierta medida de estantería. Luego introduje en las muescas vigas de diez centímetros de diámetro respectivamente, y de ese modo formé el esqueleto de mi edificio.

Hecho esto, clavamos algunos listones de un lado a otro, a distancias iguales entre sí, para formar el techo; y sobre ellos colocamos, en orden matemáti-

co, una cobertura compuesta por trozos de corteza de árbol cortados en forma de tejas y situados en declive, para que la lluvia corriera.

Después de nuestra comida siguiente reanudamos con ardor la preparación de la granja, que continuamos sin interrupción durante varios días. Hicimos las paredes con cañas entretejidas con listones flexibles hasta dos metros de altura; el espacio restante hasta el techo fue rodeado por un simple enrejado, de modo que pasaran la luz y el aire. En medio de la fachada instalamos una puerta. Luego ordenamos el interior con toda la comodidad permitida por nuestro escaso tiempo nuestra renuencia a utilizar toda nuestra madera. En la mitad de su altura, lo dividimos por medio de un tabique en dos partes desiguales; la más grande, destinada a ovejas y cabras; la más pequeña, a nosotros mismos, cuando quisiéramos pasar allí algunos días. En el extremo opuesto del establo instalamos una casa para las aves de corral, y sobre ella una especie de henil para el forraje. Ante la entrada colocamos dos bancos para poder descansar a la sombra de los árboles.

Nos proponíamos contentarnos por el momento con esas leves insinuaciones de vivienda, examinando luego qué agregados efectuar. Ahora,

cuanto ansiábamos era proveer refugio para nuestros animales, favoreciendo en ellos el hábito de reunirse todas las noches en un solo sitio.

Había imaginado poder lograr lo que deseábamos en tres o cuatro días, pero al experimentar descubrimos que era necesaria una semana entera.

Al día siguiente nos despedimos en silencio de nuestros animales, encaminándonos hacia la eminencia cercana al "Cabo Desengaño". Ascendimos a ella y la encontramos adecuada a nuestros deseos en todos los aspectos. Desde allí dominábamos, en una dirección, un panorama del territorio que rodeaba al "Arroyo del Halcón", y en otra, un paisaje sumamente diversificado, que abarcaba mar, tierra y rocas. A una sola voz concordamos en que allí debíamos construir nuestra segunda cabaña. Cerca de la cima brotaba del suelo un manantial de agua purísima, que al fluir por su cuesta formaba en su rápido curso acogedoras cascadas.

-Construyamos aquí, y bauticemos- "Arcadia" este sitio -exclamé.

Sin perder tiempo, pusimos de nuevo manos a la obra. Nuestra experiencia en la granja nos permitía adelantar con increíble rapidez, con un éxito más completo en todos sus aspectos. El edificio contenía

un comedor, dos dormitorios, dos establos y un depósito destinado a preservar toda clase de provisiones para hombres y animales. Hicimos el techo cuadrado, con cuatro lados en declive, y todo quedó concluido en el corto lapso de seis días, quedando realmente con la apariencia de una casa de campo europea. Quedaba ahora elegir un árbol adecuado para mi proyecto: un bote. Después de muchas búsquedas hallé por fin uno de tamaño prodigioso, adecuado para mis fines en la mayoría de los aspectos.

No era, sin embargo muy alentadora la perspectiva que se me presentaba: arrancar un trozo de la corteza que tuviera seis metros de largo y uno y medio de diámetro. Entonces mi escalera de sogas me resultó muy útil. La fijamos por un extremo a las ramas más cercanas lo cual nos permitía utilizar el serrucho cuando fuera necesario a cualquier altura del suelo. Cortamos por consiguiente el tronco en redondo en dos sitios tras lo cual quitamos un trozo perpendicular a todo lo largo entré los círculos; esto nos permitiría introducir los utensilios adecuados para levantar el resto gradualmente, hasta separarlo por entero. Una vez que aflojamos más o menos la mitad, lo sostuvimos mediante sogas y roldanas, y

cuando por fin quedó todo despegado, lo bajamos con suavidad, y jubilosos lo contemplamos a salvo en el suelo. Nos quedaba moldear la sustancia de acuerdo con nuestros fines, mientras siguiera siendo húmeda y flexible.

Los muchachos observaron que nos bastaba ahora con clavar una tabla en cada extremo, pero yo no podía satisfacerme con un bote que no era sino un mero rollo de corteza.

Hice que me ayudaran a serrar la corteza en medio de ambos extremos, hasta unos metros de longitud. Plegué luego estas dos partes hasta que concluyeron en punta; les mantuve esta forma por medio de la sólida cola que ya había preparado con riñones de solí pescado, y trozos de madera bien clavados encima. Esta operación tendió a ensanchar el bote en el medio, pero contrarrestamos esto apretándole alrededor una soga, que volvió a reducirlo a su proporción adecuada. Así lo pusimos a endurecer y fijarse al sol. Envié a los niños a "La Carpa" en busca del trinco, con el fin de trasladar la embarcación allí para concluirla con más comodidad.

En cuanto dimos cuenta de algunos asuntos urgentes, reanudamos la terminación del bote. En dos

días éste recibió el agregado de una quilla, un pulcro forro de madera, un pequeño piso plano, bancos, un mástil y su vela triangular, un timón y una gruesa capa de pez por fuera.

Faltaban todavía dos meses para la estación lluviosa, y los empleamos en completar nuestra morada en la gruta. Hicimos con tablas las divisiones internas, y con piedra la que nos separaba de los establos, para protegernos del ofensivo olor que despedían los animales.

Enyesamos la pared de las principales secciones de cada lado con sumo cuidado, terminándolas con la presión de una tabla lisa y chata, y por último con un gran lavado al estilo de los yeseros europeos.

Después de cenar reanudamos nuestra labor hasta medianoche, cuando encendimos velas, y como sólo costaron nuestro trabajo para reunir y fabricar los materiales, no nos negamos el placer de utilizar muchas por vez, a fin de admirar su luz espléndidamente reflejada por los cristales que pendían en todas partes.

CAPITULO 27
EL BOTE A HELICE 0 LA MAQUINA DE
REMAR - LA CAZA DE LA TORTUGA
LA ALARMA - EL VISITANTE PELIGROSO

El final del mes de agosto fue marcado por un retorno del mal tiempo. Lluvia, vientos y truenos redoblaron con renovada furia. ¡Qué contentos estábamos en la vivienda que nos habíamos fabricado! Pero por fin el tiempo se asentó, se disiparon las nubes, cesaron las lluvias y pudimos aventurarnos a salir de nuestra gruta.

Nos paseamos por el cinturón rocoso que se extendía a todo lo largo de la costa, y como necesitábamos libertad y ejercicio, nos complacimos en escalar los más altos picos, y en contemplar la llanura que se extendía por debajo. Fritz, siempre audaz, y cuya mirada rivalizaba casi con la de su águila, se

hallaba de pie sobre el pico cuando divisó en la isleta de la "Bahía del Flamenco" una mancha negra, cuya índole y forma no logró determinar, pero que supuso sería un barco hundido. Ernest, que subió tras él, lo tomó por un halcón marino. Decidí entonces ir a inspeccionar por mi cuenta. Nos dirigimos entonces a la costa, vaciamos la canoa del agua de lluvia y partimos todos, con excepción de Francis y mi esposa.

Cuanto más nos acercábamos, con mayor rapidez una conjetura sucedía a otra. Por fin, cuando nos hallábamos lo bastante cerca como para distinguirla, grande fue nuestra sorpresa al ver una ballena enorme que yacía de costado sobre la playa.

Como ignoraba si estaba muerta o dormida, no me pareció prudente acercarnos a ella sin tomar precauciones. Por consiguiente, viramos en redondo dirigiéndonos al otro lado de la isla, que no era sino un banco de arena elevado por sobre las olas, pero cubierto de hierbas y plantas salvajes donde moraban muchísimas aves marinas, cuyos nidos y huevos hallamos en abundancia.

La noche siguiente, mi esposa me hizo una propuesta que tuvo mi entusiasta aprobación: la de establecer una nueva colonia en la isla de la ballena.

-Instalaremos allí algunas aves de corral -agregó-; allí estarán a salvo de sus grandes azotes, los monos y los chacales.

El proyecto de mi esposa me agradó sobremanera, y los niños se entusiasmaron tanto que quisieron partir inmediatamente a ponerlo en práctica. Pero como ya era demasiado tarde, calmé su ardor mencionando un plan que proyectaba para facilitar la marcha de nuestra canoa sin necesidad de remar.

En seguida puse manos a la obra, sin otros materiales que la rueda de un asador y un eje con dientes de hierro sobre el cual giraba.

La máquina que construí no fue una obra maestra de ejecución, pero respondía muy bien a su propósito. Un mango unido a la rueda ponía en movimiento la máquina, y dos grandes trozos chatos de hueso de ballena, clavados en forma de cruz y fijados a cada punta del eje, semejaban las ruedas de un barco de vapor. Al dar vuelta a la manija, las aletas del hueso de ballena golpeaban la superficie del agua, impulsando hacia adelante la canoa. Su velocidad era proporcional a la potencia que se imprimiera a la rueda.

Mis hijos palmotearon y brincaron de alegría al ver cómo Fritz y yo poníamos a prueba nuestro in-

vento. Yo mismo quedé atónito ante la rapidez de nuestro avance. Apenas tocamos tierra cuando todos subieron al bote, rogándome que hiciéramos una excursión a la isla de la ballena. Pero el día estaba demasiado avanzado para aceptar tal cosa, de modo que les prometí, para el día siguiente, probar nuestra embarcación con una excursión por mar hasta el cortijo, de la "Colina de la Exploración", con el fin de inspeccionar nuestra colonia.

Al amanecer del día siguiente, todos estaban preparados.

Con alegría abandonamos la costa, y la fuerte corriente del "Río del Chacal" no tardó en conducirnos al mar. La brisa era buena y todo prometía navegación favorable. Pronto divisamos la "Isla del Tiburón", el banco de arena donde había quedado encallada la ballena, y tan bien funcionó nuestra máquina, que poco después nos encontramos a la vista de la "Colina de la Exploración".

Todo estaba en orden, pero lo que más nos asombró nuestra llegada huyeron por todas partes. Mis hijos quisieron perseguirlas, pero como las barbudas damas eran mucho más ágiles que ellos, no tardaron en cansarse de correrlas, y sacando del bolsillo las sogas con bolas, pronto capturaron a

tres o cuatro de las fugitivas. Entre éstas distribuímos algunas papas y un puñado de sal, a cambio de los cuales nos proporcionaron varios tazones de deliciosa leche.

Mi esposa quiso llevarse algunos de los hermosos pollos que tanto abundaban. Un puñado de arroz y avena atrajo a nuestro alrededor a toda la tribu de plumíferos; ella, eligiendo los que prefería, les ató bien las patas y los arrojó dentro de la embarcación.

Dejando que mi esposa hiciera los preparativos para la partida, salí con Fritz en busca de caña de azúcar. También desenterré algunas raíces de ese valioso elemento para plantarlas en la "Isla de la Ballena".

Al desembarcar en la "Isla de la Ballena", me ocupé antes que nada de plantar las raíces que traía, pero mis pequeños acompañantes no consideraron de suficiente importancia esa tarea y corrieron a la playa en busca de conchas. Mi buena esposa los reemplazó, y juntos iniciamos nuestra labor. Recién comenzábamos, cuando Jack acudió corriendo a nuestro lado, sin aliento y gritando:

-Papá, papá... ¡ven pronto; descubrí el esqueleto de un mamut!

Riendo, informé a mi hijito que su esqueleto no era sino el de nuestra ballena. Jack imploró y rogó con tanta insistencia, que por fin acepté acompañarlo, pero pronto otra vez detuvo mis pasos.

-Corre, corre aquí -gritaba Fritz desde cierta distancia, y agitando una mano para darme prisa-. Pronto... una monstruosa tortuga que no logramos dar vuelta.

Echando mano a dos barras, corrí lo más rápido posible hacia aquel sitio, donde encontré a Ernest forcejando con una tortuga enorme, a la cual sujetaba por una pata, pero que, pese a todos sus esfuerzos, había llegado a la orilla del mar. Llegando en el momento preciso, entregué a Fritz una de las barras y así pudimos dar vuelta al enorme animal.

La tortuga gigante era ahora nuestro objetivo. Mientras yacía tendida de espaldas, formamos un círculo a su alrededor y discutimos la manera de transportarla.

-Caballeros -exclamé, golpeándome la frente; no nos molestemos tanto; en lugar de llevar a este monstruo, que él nos conduzca a nosotros. En el mar una tortuga constituye una excelente embarcación.

Comencé por vaciar el barril de agua que habíamos llevado. Luego dimos vuelta sobre sus patas a la tortuga y le atamos encima el barril, de modo que le resultara imposible hundirse arrastrándonos con ella; una soga, pasada por un agujero que practicamos en su caparazón superior, me sirvió de rienda, y sin pérdida de tiempo nos embarcamos todos para emprender el regreso a casa.

Llegamos sanos y salvos, nos ocupamos antes que nada de sujetar a la tortuga reemplazando el barril vacío mediante fuertes sogas. Pero como no podíamos conservarla así mucho tiempo, pusimos fin a su vida la mañana siguiente, destinando su enorme caparazón a servir de tazón en nuestra fuente de la gruta.

Fritz, que con su ojo de águila estaba siempre haciendo descubrimientos, se irguió de pronto, como si lo atemorizara una polvareda que se había levantado del otro lado del río, en dirección al "Nido de Halcón".

-A juzgar por el polvo que ha levantado, hay allí un animal grande -exclamó-. Además, es evidente que viene hacia aquí.

-Probablemente sean dos o tres ovejas, o acaso nuestra cerda, que se revuelca en la arena -sugirió mi esposa.

-No, no -se apresuró a insistir Fritz-; es algún animal extraño. Distingo sus movimientos: se enrolla y desenrolla alternativamente, veo los anillos que lo forman. Fíjense, ahora se levanta, y parece un mástil enorme sobre la tierra. Avanza ... se detiene ... sigue adelante, pero no distingo patas ni pies.

Corriendo en busca del catalejo que habíamos rescatado del naufragio, lo enfoqué en la polvareda.

-Lo distingo bien, es de color verdoso -continuó Fritz- ¿Qué te parece, papá?

-Que debemos huir a toda velocidad y atrincherarnos en la gruta.

-¿Qué crees que es?

-Una enorme serpiente que avanza directamente hacia nosotros.

Apresurándonos a ganar el interior de la gruta, nos preparamos para recibir a nuestro enemigo. Era una boa constrictor, y su avance tan veloz que ya era demasiado tarde para retirar las tablas del "Puente de la Familia".

Observando todos sus movimientos, la vimos estirarse en toda su enorme longitud junto a la orilla

del río. De vez en cuando, el reptil llevaba del suelo la parte delantera de su cuerpo, a seis metros de altura, y volvía la cabeza lentamente de derecha a izquierda como si buscara su presa, mientras de sus mandíbulas abiertas brotaba el triple dardo de su lengua. Cruzando el puente, dirigióse directamente hacia la gruta. Nosotros, después de reforzar como pudimos las puertas y ventanas, subimos al palomar, para el cual habíamos hecho una entrada interna; pasamos los mosquetes por los agujeros de la puerta y aguardamos al enemigo en silencio: era el silencio del terror.

Pero al avanzar, la boa había advertido señales de labor humana, de modo que se adelantó con vacilación hasta detenerse a unos treinta pasos de nuestro apostadero bélico, descargó su arma, dando así una señal en falso. Jack y Francis siguieron su ejemplo, y también mi esposa hizo fuego.

El monstruo levantó la cabeza, pero ya fuera porque ningún disparo lo había alcanzado o porque sus escamas eran impenetrables a las balas, no aparentó haber quedado herida. Entonces Fritz y yo hicimos fuego, pero sin efecto alguno, y la serpiente se alejó con inconcebible rapidez hacia el pantano

habitado por nuestros patos y gansos, entre cuyos juncos desapareció.

La cercanía de la boa me produjo un estado de ánimo nada envidiable, ya que no se me ocurría manera alguna de librarnos de ella, y todas nuestras fuerzas unidas no eran nada frente a semejante enemigo. Di a toda mi familia indicaciones expresas de permanecer dentro de la gruta, prohibiéndoles abrir la puerta sin mi autorización.

CAPITULO 28
CONTINUA NUESTRA PRISION.
LIBERACION FINAL. LA BOA
CONSTRUCTOR Y SU VICTIMA

El temor que nos causaba nuestra terrible vecina nos mantuvo tres días encerrados en nuestro refugio.

El monstruo no daba señales de su presencia, y habríamos supuesto que se había marchado a no ser porque la agitación que reinaba entre nuestros animales acuáticos nos aseguraba de su presencia.

Día a día aumentaba nuestra inquietud, y la inmovilidad del enemigo hacía muy penosa nuestra situación. Yo temía que un ataque directo costara la vida de uno o más miembros de nuestra pequeña familia. Por otra parte, nuestras provisiones disminuían a diario, pues la estación no estaba aún tan

avanzada como para haber preparado provisiones para el invierno. En una palabra, nos encontrábamos en la más deplorable situación, cuando el cielo acudió en nuestra ayuda. El instrumento que nos permitió liberarnos fue nuestro pobre asno viejo.

El forraje de que disponíamos en la gruta había disminuido mucho. Era necesario alimentar a la vaca, puesto que contribuía en gran parte a nuestra subsistencia, y para ello habría que quitar algo a los demás animales. En este dilema, resolví ponerlos en libertad, para que se procuraran su propia subsistencia. Pese a sus inconvenientes, era preferible esto a que muriéramos todos de hambre encerrados en la gruta. Pensé que si lográbamos llevarlos del otro lado del río, hallarían allí alimento en abundancia y estarían a salvo mientras la boa permaneciera oculta entre los juncos. Temiendo cruzar el "Puente de la Familia" y despertar al monstruo, decidí vadear en el sitio donde efectuaríamos el primer cruce. Mi plan consistía en atar juntos a los animales. Montado en su onagro, Fritz encabezaría la procesión, mientras yo cuidaba de que la marcha se llevara a cabo en orden. Recomendé a mi hijo que ante el primer indicio de la presencia de la serpiente, huyera lo más rápido posible al "Nido de Halcón". En cuanto a

nuestros animales, dejé a la Providencia el cuidado de protegerlos y salvarlos. Por mi parte, me propuse apostarme en una roca que me permitía vigilar el pantano, y en caso de que atacara la serpiente, refugiarme en la gruta, donde una descarga certera nos librarla de ella.

Pero un pequeño malentendido puso fin a todos mis planes. Mi esposa, que estaba a cargo de la puerta, no espero mi señal y la abrió antes de que los animales quedaran unidos. El asno, muy vivaz después de haber descansado y comido bien durante tres días, traspuso la puerta como una flecha en cuanto vio un rayo de luz. Lo llamamos por su nombre, utilizamos el cuerno de pastor, pero todo fue inútil: el indócil animal disfrutaba de su libertad, y como si alguna fatalidad lo impulsara, avanzaba directamente hacia el pantano. Grande fue el horror que heló nuestras venas cuando vimos de pronto que la espantosa serpiente surgía de entre los juncos. Elevó su cabeza tres metros y medio por encima del suelo, agitó su lengua bifurcada y se arrastró con rapidez hacia el asno. Advirtiéndolo entonces el peligro que lo amenazaba, el pobre animal echó a correr, rebuznando a pleno pulmón, pero ni sus gritos ni sus patas pudieron salvarlo de su terrible

enemigo, que en un instante lo atrapó, envolvió y aplastó entre sus monstruosos anillos.

Mi esposa e hijos emitieron un, grito de terror, y todos corrimos a la gruta, desde donde podíamos contemplar el horrible combate entre la boa y el asno. Mis hijos querían hacer fuego para salvar al pobre animal, pero yo se lo prohibí.

Observamos que, a medida que se comía a nuestro asno, la boa perdía vigor, y que una vez que lo tragó por entero quedaba totalmente adormilada e insensible.

Viendo que el momento había llegado, exclamé entonces:

-¡Ahora, hijos míos, la serpiente está en nuestro poder!

Al acercarme al reptil, comprobé que mis suposiciones eran acertadas, y que se trataba de la boa gigante de los naturalistas. La serpiente alzó la cabeza, me lanzó una mirada de impotente furia y la dejó caer de nuevo.

Fritz y yo hicimos fuego al mismo tiempo, y nuestras balas penetraron en el cráneo del animal, pero sin producirle la muerte. Los ojos de la serpiente chispeaban de rabia. Nos acercamos más, y al dispararle nuestras pistolas directamente en el ojo,

vimos que sus anillos se contraían, un leve temblor recorría su cuerpo y quedaba muerta ante nosotros en la arena.

-Regocijémonos por esta victoria -declaré yo-. Una vez más debemos nuestras vidas a la providencia divina.

Aquí concluye la primera parte del Diario.

Posdata para la primera parte:

Transcurrieron en la isla cuatro años de felicidad, en que el buen tiempo traía consigo la abundancia después de cada temporada lluviosa. La isla ofrecía cada vez mas oportunidades de descubrimiento. Ernest encontró otra gruta, que preparó especialmente para su madre. Fritz, Jack y Francis construyeron cortijos en diferentes partes de la isla, y levantaron jardines y una glorieta para su madre. Siguió luego un año triste, cuando ella enfermó de fiebre durante la estación de las lluvias, de modo que al volver el buen tiempo estaba demasiado débil para regresar a "La Carpa". Fabricaron, pues, una litera y así la condujeron, cruzando la isla, hasta su glorieta, su gruta y los jardines.

Aquí recomienza el Diario.

Mis hijos ya no eran niños. Fritz se había convertido en un hombre fuerte y vigoroso; aunque no era alto, el ejercicio había desarrollado sus miembros.

"No resultará difícil imaginar que ahora mi joven familia no era tan fácil de manejar como durante los primeros años de nuestra llegada. Mis hijos solían ausentarse durante días enteros para cazar en la selva o trepar por las rocas. Pero cuando al anochecer volvían fatigados, aunque yo me proponía reprocharles sus vagabundeos, tenían tanto para contarme acerca de las cosas excepcionales y extrañas que habían visto, que nunca me decidía a regañarlos".

SEGUNDA PARTE

CAPITULO 29

UNA EXPEDICION - SUS RESULTADOS

OSOS PARDOS

El clima era delicioso; nos levantamos antes de amanecer. Mis hijos mayores recogieron las herramientas que podíamos necesitar, así como sus armas. Yo llevaba la bolsa con provisiones.

Les propuse que buscáramos de nuestro lado un paso alrededor de los peñascos, que nos permitiera llegar al desfiladero opuesto, tomar nuestra canoa, que habíamos dejado anclada cerca de la Gran Bahía, y volver a "La Carpa".

Seguimos el curso de la cadena rocosa a la izquierda de nuestra morada. Esta nos condujo primero al sitio en que desembarcáramos, esa llanura

incultivada de forma triangular, cuya base era bañada por el mar y cuya punta se perdía entre las peñas.

Allí intentamos en vano hallar un pasaje para cruzarlas rocas; en todas partes se alzaba la cadena como un muro impenetrable. Llegamos a la hondonada escalada por Fritz y Ernest cuando descubrieron su gruta. Me pareció casi imposible ascenderla. Fritz ofreció hacerlo, para demostrarme cómo lo habían logrado, pero yo consideré preferible seguir hasta el límite de la isla, donde no era imposible que hubiera en la playa un pequeño espacio, entre las peñas y el mar, por donde pudiéramos pasar.

De pronto Fritz se golpeó la frente, y asiendo por el brazo a Ernest, exclamó:

-Hermano mío, ¡qué tontos hemos sido!

-¿A qué te refieres?

-Cuando trabajábamos dentro de nuestra gruta, ¿por que no intentamos practicar la abertura del otro lado? No nos habría resultado muy difícil, y de no haber bastado nuestras herramientas con un poco de pólvora habríamos abierto una puerta. Piensa un poco, padre, en la comodidad de traer el carro, cargado con los árboles que necesitábamos, a través de la gruta.

-Pues aún podemos hacerlo -comentó Ernest con su calma y seriedad habituales-. Si no hallamos otro pasaje, abriremos uno en la gruta.

Esta idea de mi hijo parecía buena. A juzgar por nuestra experiencia en "La Carpa" y la gruta, era seguro que la cavidad en las rocas sería muy vasta, y no parecía difícil extenderla hasta el otro lado, pero alguna otra cadena rocosa, algún árbol gigantesco, alguna colina al fondo de nuestro túnel podían hacer inútiles todos nuestros esfuerzos.

Propuse postergar nuestra tarea hasta que hubiéramos examinado el terreno del otro lado. Alis hijos asintieron, y seguíamos camino con renovado valor, cuando de pronto nos detuvimos al ver que el mar azotaba un peñasco perpendicular de impresionante altura, en el cual concluía de ese lado nuestra isla y nos impedía seguir adelante. Vi que la roca no se extendía muy lejos, pero no pude imaginar cómo darle la vuelta.

Después de muchas discusiones y muchos planes, Ernest propuso que nadáramos hasta las rocas descubiertas y procuráramos pasar alrededor de ellas. Fritz objetó a causa de sus armas y municiones, pero Ernest sugirió que la pólvora fuera guar-

dada en los bolsillos de sus ropas, que él podría llevar sobre la cabeza.

Con cierta dificultad, acomodamos nuestras pertenencias, y logramos llegar a la cordillera rocosa exterior sin nadar, ya que el agua no nos llegaba a tapar los hombros. Allí descansamos un rato y, poniéndonos algunas de nuestras ropas, iniciamos nuestra caminata sobre afiladas piedras que nos lastimaban los pies.

Por suerte no tuvimos que recorrer más de medio kilómetro, y por fin llegamos a la costa sin ningún incidente serio.

De aquel lado, la isla no era como cerca de la Gran Bahía, sino mucho más estrecha. Cruzábamos un valle contraído, que se extendía entre la muralla pétrea que dividía la isla y una cadena de colinas arenosas que ocultaban el mar y protegían del viento al valle. Fritz y yo subimos a una de esas colinas, donde crecían unos cuantos pinos y retamas, y más allá de ellas divisamos un trecho yermo que se extendía hasta el mar, donde los arrecifes de coral se elevaban hasta el nivel del agua y parecían extenderse a la lejanía en el mar.

Mis hijos me indicaron la situación exacta de la gruta, calculando por la roca de arriba, y ansiaron

echar mano a sus herramientas para iniciar directamente la perforación. Luego nos abrimos paso por un cerco de árboles y arbustos que nos separaba de la roca, para poder examinarla y evaluar las dificultades de nuestra tarea. Como de costumbre, Jack se adelantó después de dar su arma a Ernest; Fritz, que lo seguía, se volvió de pronto hacia mí para decirme:

-Creo que la bondadosa Naturaleza nos ha ahorrado muchas molestias. La roca parece dividida de arriba abajo; veo al pie una especie de caverna o gruta ya preparada.

En ese momento Jack profirió un penetrante grito y corrió a nuestro lado, lazo en mano.

Al precipitarnos con las armas listas, vimos a la entrada de la caverna dos grandes osos pardos.

Recordando haber oído decir que un agudo silbido los aterroriza detiene, silbé lo más prolongada y fuertemente que pude. Inmediatamente vi que la hembra retrocedía al interior de la caverna, mientras que el macho, levantándose sobre las patas traseras, permanecía inmóvil, con las zarpas contraídas. Cuando mis dos hijos mayores le dispararon al pecho, el animal cavó, pero como sólo estaba herido,

se volvió contra nosotros, enfurecido. Hice fuego por tercera vez, rematándolo.

Para salvarnos del otro oso tuvimos que adoptar rápidas medidas. Por consiguiente avanzamos y formamos una línea de batalla ante la entrada de la caverna. Di entonces la orden de "fuego", y los tres disparamos al mismo tiempo nuestras armas. Un feroz bramido los hizo pensar que nuestras balas habían causado su efecto, pero para asegurarnos e impedir al animal que escapara si aun seguía con vida, juntamos ante la entrada un gran montón de hojas secas, a las cuales dimos fuego. En cuanto ardió, su resplandor nos permitió ver al oso tendido inmóvil de costado. Una vez que comprobé su muerte, lo sacamos de la caverna, demasiado oscura para esa tarea, y me dedique a quitarle la hermosa piel.

CAPITULO 30

EL VIVAC - LAS ESTRELLAS

Agradeciendo a Dios que nos hubiera protegido de aquel peligro, reanudamos nuestra búsqueda.

El valle comenzó entonces a ensancharse, presentando un aspecto más variado. Lo cruzaban hermosas llanuras o sabanas, Y bosques más vastos, que nos costó mucho atravesar, ya que las lianas y malezas eran muy densas y enmarañadas.

Como se avecinaba el anochecer, comenzamos a temer no llegar a casa antes de la noche.

Cuando llegamos a la bahía, ya casi había caído la noche, que llega con rapidez en los países equinocciales. Nos vimos obligados, por lo tanto, a pernoctar al descubierto, y separados de nuestros queridos y ansiosos amigos de "La Carpa".

Fritz y yo conversamos acerca de nuestros proyectos para abrir un túnel hasta la gruta, y de la utilidad de un paso semejante, ya que aquel lado de la isla estaba perdido para nosotros debido a lo difícil que resultaba llegar a él.

-Y sin embargo -comenté-, a esta dificultad debemos la seguridad de que hemos gozado. ¿Cómo sabemos si los osos. y búfalos no podrán llegar por la gruta? Confieso que no ansío sus visitas, ni siquiera las de los onagros. Hasta ahora hemos sido muy felices en nuestro lado de la isla, sin que esto suceda. Hijo mío, hay un proverbio que dice: "Mejor solo que mal acompañado". No seamos demasiado ambiciosos, pues eso ha arruinado estados más grandes que el nuestro.

CAPÍTULO 31

INTENTO DE REGRESO PERDIDA DE LA CANOA

Mientras hablábamos y admirábamos la belleza de las estrellas, éstas comenzaron por fin a extinguirse ante la primera luz matinal. Ernest regresó junto a nosotros y despertó a Jack, que había dormido sin interrupción. Regresamos al paso, que a la luz del día presenta una situación más desesperada aún que en la penumbra del anochecer. Presa de consternación, creí advertir que nos hallábamos totalmente encerrados de aquel lado. Me estremecí al pensar en volver a cruzar la isla para pasar del otro lado; en el riesgo que correríamos con bestias salvajes, y de las penurias y peligros de pasar a lo largo de los arrecifes de coral.

En ese momento habría consentido de buena gana en abrir un pasaje por la gruta, a riesgo de cualquier tipo de visitas, con tal de pasar y aliviar la ansiedad de mi querida esposa e hijos. El paso utilizado por Jack y yo estaba cubierto de rocas y montones de tierra, que obstruían incluso el curso del arroyo. El río se había abierto un curso más ancho, mucho más lejos del anterior.

Sugerí que si no lográbamos hallar un camino menos peligroso, bien podíamos bajar más para examinarlo. Descendiendo al angosto paso, comprobamos que nuestro puente levadizo, plantaciones, toda la fortificación que tanto enorgullecía a mis hijos, estaban destruidos. Ellos expresaron su desilusión, pero yo les hice notar que tal defensa sería siempre inútil. La naturaleza nos había proporcionado, una fortificación mejor de la que podíamos erigir, como lo experimentábamos con amargura en ese momento.

Con increíble dificultad habíamos descendido varios metros, hundiéndonos en un suelo húmedo y pesado y viéndonos obligados a pisar sobre piedras inmensas, cuando Fritz, que iba adelante, exclamó con alegría:

-¡El techo papá! ¡El techo de nuestro chalet! Está entero y nos servirá de puente si logramos recorrerlo.

-¿Qué techo? ¿Qué chalet? -pregunté atónito.

-El techo de nuestra ermita, que tan bien cubrimos con piedras, como los chalets suizos -fue su respuesta.

Recordé entonces haber construido aquella choca con corteza al estilo de un chalet suizo, ponién-

dole techo casi plano que cubrí con piedras para protegerlo contra el viento. Esta circunstancia, y su ubicación, lo habían salvado de la tormenta. Yo lo coloqué frente a la cascada para que pudiéramos ver la caída en toda su belleza, y por consiguiente un poco apartado del paso cerrado por el derrumbe de rocas. Algunos fragmentos hablan alcanzado el techo de la choza, donde sin duda no habríamos podido entrar, pero ésta quedaba en pie y su techo bien firme. Logramos deslizarnos por la roca en que se apoyaba; Jack fue el primero en pararse sobre el techo, anunciando su victoria. Fácil fue descender del otro lado, tomándose de los postes y trozos de corteza, y pronto nos encontramos a salvo en nuestra propia isla.

-Embarquémonos en la canoa -exclamó Jack-. ¡El mar, el mar! ¡Vivan las olas, que no son tan duras como las piedras!

Mucho me alegré de poder conducir mi canoa de vuelta al puerto de "La Carpa". Hasta ese momento me lo habían impedido nuestras importantes ocupaciones, y todo favorecía el plan: el mar estaba en calma, el viento era favorable y podíamos llegar a casa antes y con menos fatiga que por tierra. Boremos la Gran Bahía hasta el bosque de palmas

reales. Tan bien había amarrado la canoa a una de las palmeras, que estaba seguro de encontrarla allí. Pero al llegar al sitio, la canoa no estaba. Aun se distinguía en el árbol la marca de la soga que la sujetaba, pero la embarcación había desaparecido totalmente.

-Algún animal ... los chacales ... acaso un mono la hayan desatado -sugirió Jack-, pero no pueden haberse comido la canoa.

Y no logramos hallar rastros de ella, como tampoco de la escopeta que Fritz dejara en su interior.

Tan extraordinaria circunstancia me dio mucho que pensar. Sin duda algunos salvajes, desembarcados en nuestra isla, se habrían llevado la canoa. No lo dudamos más cuando descubrimos en la arena las huellas de pies descalzos... Fácil será creer que me sentí inquieto y agitado.

Me apresuré a encaminarme hacia "La Carpa", desde donde nos hallábamos ya a más de tres leguas de distancia. Prohibí a mis hijos que mencionaran a su madre este hecho, o nuestras sospechas.

CAPITULO 32

AMARGO DESENGAÑO EN "LA CARPA

No urdamos en llegar al "Puente de la Familia" donde esperaba encontrar a Francis, y acaso a su madre, pero quedé desengañado: no estaban allá. Pensaba en cambio encontrarlos en la glorieta: tampoco allí estaban. Me apresuré a entrar en la casa, llamando en voz alta:

- ¡Elizabeth! ¡Francis! ¿Dónde están?

Nadie contestó.

-Estarán en la gruta -sugirió Ernest.

-O en el jardín -agregó Fritz.

Estas eran posibilidades. Mis hijos volaron en todas direcciones en busca de su madre y hermano. Yo me sentí imposibilitado de moverme, y tuve que sentarme. Temblaba, y mi corazón latía con tal violencia que casi me impedía respirar.

Poco después regresaban mis hijos, temerosos y consternados. No tuvieron necesidad de comunicarme el resultado de su búsqueda, ya que lo advertí en seguida, y desplomándome sin movimiento, exclamé:

-¡Ay! No están.

Jack fue el último en volver, y en un estado espantoso. Venía de la costa y arrojándose en mis brazos sollozó:

-Han estado los salvajes y se han llevado a mamá y a Francis... acaso los hayan devorado, vi en la arena huellas de sus horribles pies, y las de los zapatos de nuestro querido Francis.

Este relato me impulsó inmediatamente a recobrar las fuerzas y entrar en acción, diciendo:

-Vamos, hijos míos, volemós en su ayuda. Dios se apiadará de nuestro dolor y nos socorrerá.

No tardaron un momento en aprestarse. Pero me dominó un pensamiento angustioso. ¿Se habrían llevado la pinaza? En tal caso toda esperanza estaba perdida. Alterado como estaba, a Jack no se le había ocurrido fijarse en esto, pero en cuanto lo mencioné, Fritz y él corrieron a cerciorarse de tan importante circunstancia. Mientras tanto, Ernest, me sostenía y procuraba tranquilizarme.

En mi mente pareció penetrar un rayo de esperanza cuando oí que mis hijos se acercaban exclamando:

-¡La pinaza está aquí! ¡No se la han llevado!

Agradecí con fervor a Dios esa especie de milagro, puesto que aquel lindo navío era más tentador que la canoa.

Aunque impartí a mi hijo mayor la idea de que acaso estuvieran ocultos en alguna parte de la isla, no me atreví a confiar en tan dulce esperanza. Finalmente, como no podíamos arriesgarnos a abandonarlos si se encontraban todavía allí, y acaso en poder de los salvajes, consentí a que mis dos hijos mayores fueran a comprobarlo.

En cuanto éstos se alejaron, hice que Jack me condujera a la costa, donde había visto las huellas, para poder examinarlas y calcular su cantidad y rumbo. Hallé muchas muy nítidas, pero tan mezcladas, que no pude llegar a ninguna conclusión definitiva. Algunos se hallaban cerca del mar, con el pie dirigido hacia la costa, y entre éstas creyó Jack poder distinguir la que correspondía al zapato de Francis.

También mi esposa Elizabeth calzaba botas muy livianas, que yo había confeccionado para ella.

No logré descubrir los rastros de éstas, pero pronto comprobé que había estado allí al encontrar un trozo de su delantal, hecho con su propio algodón y teñido de rojo. Ya no me quedaban dudas de que estaba en la canoa, con su hijo.

Seguro ya de que no se encontraban en la isla, aguardé impaciente el regreso de mis hijos, mientras efectuaba todos los preparativos para nuestra partida. Lo primero en que pensé fue en el cofre rescatado del naufragio y que me proporcionaría medios para apaciguar a los salvajes y rescatar a mis seres queridos. Le agregué todo lo que pudiera tentarlos: utensilios y algunas chucherías.

Volví luego mis pensamientos hacia los que me quedaban. En bolsas y calabazas, llevé toda nuestra provisión restante de pan de cazabe, raíces de mandioca y papas; un barril de pescado salado, dos botellas de ron y varios frascos de agua potable.

Durante estas ocupaciones, el tiempo transcurrió con celeridad; llegó la noche sin que mis hijos regresaran. „Al cabo de veinte horas de espantoso terror, oí el estampido de un arma... uno solo, ¡ay! Era la señal acordada si volvían solos. Al correr a su encuentro los hallé abrumados por el cansancio y la congoja.

Me rogaron que partiéramos inmediatamente, sin perder un precioso instante, seguros va de que los desaparecidos no se encontraban en la isla.

Con renovado coraje, me encaminé hacia la ensenada donde estaba nuestra pinaza, sobre la cual Jack cargo todo lo que llevábamos. Salimos remando y, una vez en la bahía, celebramos consejo para determinar por dónde iniciaríamos nuestra búsqueda. Yo pensé en regresar a la Gran Bahía, de donde se habían llevado nuestra canoa; mis hijos, por el contrario, opinaban que los salvajes, satisfechos con su adquisición, regresaban a sus hogares costeando la isla cuando una desdichada casualidad había conducido a mi esposa e hijo a la costa, donde aquéllos los vieron y se los llevaron. En el peor de los casos, nos llevarían un día de ventaja, pero eso bastaba para colmarnos de espantosas premoniciones. Cedí a la opinión de mis hijos, que tenían de su parte mucha razón; además, el viento era favorable en esa dirección, de modo que, encomendándonos a Dios Todopoderoso, desplegamos nuestras velas y pronto nos encontramos en mar abierto.

CAPITULO 33

VIAJE EN LA PINAZA

Un suave viento henchía nuestras velas, y la corriente nos conducía con rapidez hacia mar abierto. Me instalé entonces al timón, y mis dos hijos mayores, dominados por la fatiga, y a pesar de sus angustias, cayeron en profundo sueño apenas se sentaron en el banco.

Al amanecer comprobamos que estábamos ya lejos de nuestra isla, que parecía ahora una mera mancha negra. Como Fritz y Jack, fui de opinión que sería aconsejable dar la vuelta alrededor de ella y probar fortuna en la costa opuesta; pero Ernest, que no abandonaba su catalejo, aseguró que veía tierra en una dirección que nos indicó. Tomando el instrumento, no tardamos en convencernos de que acertaba.

Como aquella parecía la tierra más cercana a nuestra isla, supusimos que acaso los salvajes hubieran conducido allí a nuestros cautivos.

Poco a poco fuimos distinguiendo con claridad la isla donde queríamos llegar; algunas aves, que vinieron a posarse en nuestras velas, nos dieron esperanzas de llegar antes de que anocheciera, pero de pronto se levantó una densa niebla que nos ocultó todo objeto, incluso el mar mismo, de modo tal que parecíamos navegar entre nubes.

Me pareció prudente echar el ancla, ya que por fortuna contábamos con una bastante sólida, pero el agua parecía ser tan poca que temí la proximidad de rompientes. Aguardé ansioso a que se disipara la niebla, permitiéndonos ver la costa. Finalmente ésta se convirtió en una densa lluvia, de la cual nos resultó difícil protegernos. Sin embargo, la pinza tenía una media cubierta, bajo la cual nos guarecimos.

La oscuridad aumentó con rapidez, hasta hacerse total, por lo que supusimos que era de noche.

Como la lluvia había cesado, salí a encender una luz, pues quería colgar del mástil la linterna encendida, cuando Ernest, que se hallaba en cubierta, gritó:

-¡Padre, hermanos, vengan! ¡El mar está incendiado!

Y en efecto, hasta donde alcanzaba la mirada, la superficie del agua parecía estar en llamas. Aquella luz, del rojo más brillante y fogoso, llegaba hasta la embarcación y nos rodeaba. Era un espectáculo tan bello como impresionante.

Jack preguntó con seriedad si no existirla un volcán en el fondo del mar, y yo lo asombré mucho diciéndole que aquella luz era causada por un tipo de animales marinos que en su forma se asemejaban a plantas.

-Y esto que con tan bellos colores resplandece en el mar, es denominado *pyrosoma* -agregó Ernest-. Mira, aquí hay algunos que recogí en el sombrero. Puedes verlos moverse.

Por unos instantes nos olvidamos de nuestros tristes pensamientos, pero un comentario de Jack nos devolvió a ellos sin tardanza.

-Si Francis pasó por aquí, cuánto lo habrán divertido estos extraños seres, aunque sé que temería tocarlos, y ¡qué miedo tendría mamá!

-Ruego a Dios que volvamos a verlos pronto junto con ella y Francis -repuse yo.

Todos dijimos "amén", y al amanecer, decidimos levar el ancla y tratar de hallar un paso por entre los arrecifes para llegar a la isla, que ya distinguíamos con nitidez, y que precia ser una costa incultivada y rocosa. Volví a ocupar mi puesto al timón, mis hijos echaron mano a los remos y avanzamos con cautela, sondeando a cada minuto.

El mar estaba en perfecta calma. Después de un leve refrigerio, seguimos adelante, sin dejar de observar los alrededores por si aparecía alguna canoa de los salvajes. Pero no. No tuvimos la suerte de hallar ningún rastro de nuestros seres queridos, ni síntoma alguno de que la isla estuviera habitada. Mientras buscábamos hallamos una pequeña bahía, que nos recordaba a la nuestra. A ella nos dirigimos, y después de instalar en la ensenada nuestra nave, nos pusimos a estudiar los medios para explorar toda la isla.

CAPITULO 34

DESEMBARQUE Y EXPLORACION

No desembarqué en aquella costa desconocida sin gran emoción. Acaso la habitaba una raza bárbara y cruel; casi dudaba de que fuera prudente arriesgar así a los tres hijos que me quedaban en la búsqueda riesgosa e incierta de nuestros seres queridos.

Jack quería lanzarse inmediatamente a buscar, pero yo lo contuve hasta que dispusiéramos nuestros planes. Aconsejé que dos de nosotros quedaran vigilando la costa, mientras los otros dos penetraban en el interior. Lo primero de determinar era si la isla estaba habitada, cosa fácil de lograr trepando a algún árbol y observando si se velan rastros de los nativos, alguna choza u hoguera. Quienes descubrieran algo debían informar inmediatamente a los

demás, para que pudiéramos ir juntos a rescatar a nuestra gente.

Todos querían formar parte del grupo expedicionario. Por fin Ernest aceptó quedarse conmigo para vigilar si llegaba alguien por mar.

Fritz y Jack, los más activos, visitarían el interior de la isla, para volver con información lo antes posible. Para que estuvieran preparados por cualquier emergencia, les di una bolsa de caza llena de juguetes, chucherías y monedas, destinados a complacer a los salvajes.

En cuanto se perdieron de vista, Ernest y yo nos dedicamos a ocultar en todo lo posible nuestra pinaza. Bajamos los mástiles y con gran cuidado escondimos bajo la cubierta el cofre anterior con nuestros tesoros, provisiones y pólvora. Con gran dificultad, porque el agua estaba baja, llevamos la pinaza detrás de una roca, que la ocultaba por completo del lado de tierra.

Ernest sugirió que la cubriéramos por entero con ramas de árboles, de modo que pareciera un montón de arbustos. Inmediatamente nos pusimos a cortarlas con dos hachas que hallamos en el cofre, y a las que nos apresuramos a colocar mangos.

Yo había dado órdenes a mis hijos de que regresaran antes de la noche, y si se presentaba la menor esperanza, uno de ellos debía correr a toda velocidad para anunciarla.

CAPITULO 35

MAS DESDICHAS

Tan quieto se hallaba todo a nuestro alrededor, y tan totalmente oculta quedó nuestra pinaza bajo su toldo de vegetación, que no pude sino lamentar el no haber acompañado a mis hijos. Aunque ya era demasiado tarde, mis pasos se encaminaron involuntariamente hacia la ruta que les había visto tomar, mientras Ernest se quedaba buscando curiosidades naturales entre las rocas. De pronto me detuvo un grito:

-¡Papá, una canoa, una canoa!

-Ay, ¿no es la nuestra? -exclamé, precipitándome a la costa, donde en efecto divisé, más allá de los arrecifes, una canoa, aparentemente tripulada por isleños, fáciles de distinguir por su oscura tez.

La embarcación no se parecía a la nuestra; era más larga y angosta, y parecía compuesta por largas tiras de corteza.

Cuando pasó frente a la parte de la isla en que nos encontrábamos, gritamos a pleno pulmón; los salvajes nos contestaron con espantosas vociferaciones, pero sin demostrar intención alguna de acercarse a nosotros o entrar en la bahía. Por el contrario, siguieron adelante con gran rapidez, sin cesar en sus gritos. Enmudecido por la emoción, yo los seguí con la vista hasta donde pude, por que, si la imaginación no me engañaba, distinguía débilmente una forma de tez más clara que los oscuros seres que lo rodeaban, aunque no pude ver sus rasgos ni su ropaje.

Más activo que yo, Ernest había subido a un banco de arena, donde, con su catalejo, podía ver mejor la canoa. Después de verla perderse tras una punta de arena, descendió casi tan agitado como yo. Corrí a su encuentro diciendo:

-Ernest, ¿era tu madre?

-Padre, la verdad es que no logré distinguir nada -contestó él-; ni siquiera con el catalejo, Ya que pasaron con tanta rapidez. Pero se me ocurre una idea: soltemos la pinaza y vayamos en pos de la canoa. La

vela nos permitirá avanzar con mayor rapidez que ellos; los alcanzaremos detrás del cabo, y entonces por lo menos saldremos de dudas.

Vacilé, pensando en que mis hijos podrían volver, pero Ernest me hizo ver que no haríamos otra cosa que cumplir los deseos de Fritz; además, tardaríamos poco en regresar. Agregó que no demoraríamos mucho en sacar la pinaza.

Yo lo ayudé lo más activamente posible, aunque no de buen ánimo, pues me inquietaba abandonar a mis hijos. Con frecuencia interrumpí mi labor para echar una ojeada al interior de la isla, en la esperanza de verlos. Por fin divisé con claridad una figura que se aproximaba con rapidez.

-Aquí vienen -exclamé, adelantándome seguido por Ernest, cuando vimos una figura oscura que se acercaba.

-No te alarmes, padre; soy yo, tu hijo Fritz.

-¿Es posible? ¿Puedo creerlo? ¿Y Jack? ¿Qué has hecho con mi Jack? -inquirí.

Ernest nada preguntó: bien sabía él, por haberlo visto con su catalejo, que era su querido hermano Jack quien iba en la canoa con los salvajes, aunque no se había atrevido a decírmelo. Me sentí en ago-

nía. Fritz, abrumado por la fatiga y la pena, se desplomó al suelo.

Le rogué entonces que me dijera si los salvajes habían asesinado a mi hijo querido. Me aseguró que no estaba muerto, sino que aquéllos se lo habían llevado. Ernest me contó entonces que lo había visto en la canoa, aparentemente sin ropas, pero no teñido de negro como lo estaba Fritz.

-Ojalá lo hubiera estado, puesto que a ello atribuyo mi fuga -explicó Fritz-. Pero agradezco sinceramente a Dios que lo hayas visto, Ernest. ¿Hacia dónde fueron esos monstruos?

Ernest señaló hacia el cabo, y Fritz rogó que nos embarcáramos sin demora para tratar de rescatar a su hermano.

-¿Y nada has oído de tu madre y Francis? -quise saber.

-Nada, aunque creí reconocer en la cabeza de un salvaje un pañuelo de nuestra querida madre -fue la respuesta-. Les contaré mi aventura durante el trayecto... Papá querido, ¿me perdonas?

-Sí, hijo mío, te perdono y compadezco, pero ¿estas seguro de que mi esposa y Francis no se encuentran en la isla? -pregunté.

-Segurísimo. En verdad, la isla está totalmente deshabitada. Llené mi bolsa de fruto de pan, que es cuanto nos hará falta; pongámonos en marcha.

Con tanto ahínco trabajamos, que en un cuarto de hora habíamos retirado las ramas y la pinaza quedaba lista para transportarnos. El viento era favorable para conducirnos hacia el cabo por donde se alejaron los salvajes; izamos la vela y yo ocupé mi puesto al timón; el mar estaba sereno y la luna nos iluminaba el trayecto.

Después de encomendarnos a la protección de Dios, pedí a Fritz que iniciara su triste relato.

-Fuimos llenos de esperanza y valor y en el camino vimos loros y toda clase de pájaros de espléndido plumaje. No vi ninguna choza, ninguna clase de vivienda, ni nada que pudiera indicar que la isla estaba habitada, como tampoco la menor apariencia de agua pura. Pero si no vimos viviendas, descubrimos a menudo rastros de los salvajes. Los dos ansiábamos encontrarnos con alguno, a quien pudiéramos tratar de explicar, mediante signos, a quienes buscábamos. Yo sólo temía que mi ropa y el color de mi piel pudieran asustarlos. Mientras tanto Jack, que con su temeridad habitual, había trepado a la copa de uno de los árboles más altos, anunció:

Fritz, prepara tus signos, los salvajes desembarcan. ¡Oh!, ¡qué seres negros y feos son, y casi desnudos! Deberías vestirme como ellos para trabar amistad. Puedes teñirte la piel con esto", agregó, arrojándome una fruta de color purpúreo oscuro. Yo asentí inmediatamente. Él bajó del árbol mientras me desvestía y, con su ayuda, me teñí de pies a cabeza, tal como me ven. Jack me ayudó entonces a ponerme una especie de túnica hecha con hojas grandes. Quise luego disfrazarlo de igual manera pero él no aceptó aduciendo que yo lo protegería si los salvajes pretendían devorarlo. Cómo ya se hallaban cerca, nos adelantamos; Jack me seguía con mi atado de ropas bajo el brazo. Yo llevaba al hombro mi bolsa de piel de canguro llena de pólvora y provisiones; me alegre de ver que la mayoría de los salvajes vestían ropas hechas con el mismo, material, puestas en general sobre los hombros como un manto; pocos de ellos vestían otras ropas, salvo uno, que parecía ser el jefe y llevaba puesta una túnica de juncos verdes, bien entretejidos. Tratando de recordar todas las palabras del lenguaje de los salvajes que conocía, dije al principio "Tayo, tayo", No sé si me entendieron, pero me prestaron mucha atención, confundíendome evidentemente con un salvaje. Sólo uno

pretendió apoderarse de mi arma, pero yo la sujeté con firmeza y él, a una orden del jefe, retrocedió. Miraban sin cesar a Jack mientras repetían: "To maiti tata". Jack imitaba todos sus movimientos y hacia muecas, lo cual parecía divertirlos. Yo había observado que el que parecía ser el jefe cubría su cabeza con un pañuelo que me recordaba mucho al que solía lucir mi madre. Acercándome a él, le toqué el pañuelo, diciéndole expresivamente: "Metiua ai-nemere, et tata frere". Agregué, señalando el mar: "Tay canot". Pero, ¡ay!, no parecieron comprender mis palabras. El jefe, creyendo que yo pretendía robarle su pañuelo, me rechazó con rudeza. Entonces quise retirarme, e indiqué a Jack que me siguiera, pero cuatro isleños lo aprisionaron, le abrieron la chaqueta y la camisa y gritaron al unísono: "Alea tea tata". En un instante los salvajes lo desvistieron, y se pusieron de manera extravagante sus ropas y las mías. Jack, imitando sus contorsiones, recuperó de uno de ellos su camisa, se la puso y comenzó a danzar, indicándome que hiciera lo mismo, y repitiendo como si cantara: "Huye Fritz, mientras yo los entretengo; más tarde escaparé y pronto estaré contigo". En ese momento recordé la bolsa de juguetes y chucherías que tú me diste, y que habíamos dejado irre-

flexivamente bajo el árbol grande junto al cual me desvestí. En el mismo tono, dije a Jack que iría en su busca si él lograba distraer a los salvajes hasta mi regreso, asegurándole que sería muy pronto. Me alejé a toda velocidad y hallé mi bolsa muy bien custodiada por cierto, padre, ya que me sorprendí al encontrar a mis dos fieles perros, Turco Y Flora, sentados sobre ella.

-¡Flora! -exclamé- ella acompañó al cautiverio a mi querida esposa e hijo. Deben estar en esta isla... ¿por qué la abandonamos?

-Padre querido, ten por seguro que no están allí, pero estoy convencido de que esos sujetos que se llevaron a Jack tienen cautivos a mamá y a Francis; por eso debemos perseguirlos cueste lo que cueste. Deduje que el jefe que se apoderó del pañuelo de mi madre hizo lo mismo con su perro, trayéndolo en excursión, y que aquí se encontró con su amigo Turco, que se había alejado de nosotros. Después de acariciar a Flora, recobré mi bolsa y corrí a toda velocidad hacia el sitio en que mi hermano Jack se esforzaba por distraer a los bárbaros. Al acercarme oí sus gritos de alarma... gritos pidiendo ayuda y dirigidos a mí. Volé hasta llegar allí, y entonces lo vi atado con una especie de soga resistente, hecha de

tripa. Tenía las manos sujetas a la espalda, los pies atados, y esos hombres crueles lo llevaban hacia su canoa, mientras él gritaba: Fritz, Fritz, ¿dónde estás?" Desesperado, me arrojé sobre los seis hombres que se lo llevaban. En el forcejeo mi arma, que tenía en la mano, se enganchó en algo y se disparó accidentalmente, y... ¡oh, papá, herí a Jack! No sé cómo sobreviví a su grito de "¡Me has matado!" Y cuando vi correr su sangre, me abandonaron los sentidos, y me desmayé. Al recobrarme estaba solo, pues se lo habían llevado. Me levanté y, siguiendo los rastros de su sangre, llegué sin dificultad a la costa en el momento en que se embarcaban. Dios me permitió verlo de nuevo, apoyado en uno de los salvajes, y hasta oí su débil voz que gritaba: "Consuélate, Fritz, no estoy muerto; solamente herido en el hombro. Apresúrate a volver junto a papá, y los dos. . . " La canoa se alejó con tal rapidez, que no pude oír más, pero adiviné el resto de la frase: "Los dos vendrán a rescatarme" . Pero ¿habrá tiempo? ¿Curarían su herida?. Oh, padre, ¿qué he hecho?

Ernest procuró consolar a su hermano diciéndole que una herida en el hombro no era peligrosa, y que sin duda los salvajes se proponían curársela, pues de lo contrario lo habrían abandonado para

que muriera. Un tanto reconfortado, Fritz me rogó que le permitiera bañarse, despojándose así del teñido que ya le resultaba odioso por pertenecer a esos odiados bárbaros.

Recordé entonces preguntarle qué se había hecho de su arma, y lamenté oírle decir que se la habían llevado mientras yacía sin sentido. Consideraba, por su parte, que les resultaría inútil porque, afortunadamente, le habían dejado la bolsa de municiones. Sin embargo, Ernest lamentó la pérdida que significaba para nosotros, puesto que era la tercera que perdíamos; en efecto, la que dejáramos en la canoa se hallaba también en poder de los salvajes. También echábamos de menos los perros, de los cuales Fritz no pudo dar razón; supusimos que habían seguido a los salvajes o se hallaban todavía en la isla. Fue este un nuevo pesar; toda clase de desdichas parecían acumularse sobre nosotros.

CAPITULO 36
BAJIO DE BALLENAS - PERSIGUIENDO
A LOS SALVAJES

Fritz nadaba ahora muy adelante de nosotros, sin dar señales de dar la vuelta, lo cual me indicó que se proponía llegar hasta el sitio en que había perdido de vista a los salvajes, para ser el primero en descubrir y socorrer a su hermano. Aunque era excelente nadador, se distanció tanto que me alarmé mucho.

Aumentó sobremanera este temor un ruido extraño que oíamos cada vez más cerca; el de una especie de tempestad submarina.

Aterrado ante este fenómeno, grité a Fritz que volviera, y aunque era casi imposible que mi voz lo alcanzara, lo vimos nadar hacia nosotros con todas sus fuerzas. Ernest y yo aplicamos toda nuestra po-

tencia en remar a su encuentro, de modo que no tardarnos en llegar a su lado. En cuanto saltó a bordo, exclamó con voz ahogada y señalando las montañosas olas:

-¡Son enormes monstruos marinos, ballenas, me parece! ¡Son inmensas! ¡Nos van a tragar!

-No, no te alarmes -le dijo Ernest, sereno-; la ballena es un animal manso e inofensivo, cuando no se lo ataca.

Fritz empuñó el remo sin demorar en vestirse mientras que yo, al timón, conducía lo mejor posible entre aquellos monstruos, que pese a su aspecto son los animales más mansos que existen. Nos permitieron pasar tan de cerca, que nos humedeció el agua que arrojaban, y podríamos haberlos tocado; ellos, que podrían haber volcado nuestra embarcación con un coletazo, no nos miraron siquiera, satisfechos al parecer con su mutua sociedad.

Luego que rodeamos la bahía, no descubrimos rastros de seres humanos, aunque sí rebaños de leones marinos. Como era de noche cuando entramos en la bahía, todos dormían, pero producían un ruido ensordecedor con su respiración.

En aquella costa desierta no había árboles ni rocas donde sujetar la pinaza, pero con gran deleite

hallamos a corta distancia de nuestro desembarcadero una canoa de corteza, que según aseguraron mis hijos, era la utilizada por los salvajes para llevarse a Jack. Entramos en ella, pero al principio sólo vimos los remos; sin embargo, Ernest descubrió por fin, en el agua que había llenado la canoa, parte de un pañuelo manchado de sangre, que reconocieron como perteneciente a Jack.

Resolvimos continuar nuestra búsqueda por el interior del territorio, siguiendo las huellas de los salvajes. No veíamos rastro alguno de los pies de Jack, lo cual nos habría alarmado de no haber sugerido Fritz que acaso lo llevaran alzado debido a su herida.

Nos disponíamos a partir, cuando se nos ocurrió pensar en la pinaza. Era más necesario que nunca protegerla, puesto que contenía, además de nuestros bienes destinados al rescate, nuestras municiones y provisiones todavía intactas.

Apesadumbrado, decidí dejar solo a Ernest para que protegiera la nave. Su serenidad habitual disminuía el peligro de un encuentro suyo con los nativos. Sabía varias palabras de su lenguaje, y había leído algo acerca del modo de dirigirse a ellos y tranquilizarlos. Prometió ser prudente, cosa que su

hermano mayor no podía ser. Tomando la bolsa de juguetes traída por Fritz, los dejamos en el cofre por si resultaban necesarios, y rogando al Cielo que protegiera a mi hijo, nos separamos de él.

CAPITULO 37

UN MISIONERO DE DIOS

Después de andar durante un rato por una llanura arenosa sin encontrar ser viviente, llegamos a un espeso bosque, donde perdimos los rastros que con tanto cuidado seguíamos. Nos vimos obligados a guiarnos por el azar, sin mantener una ruta establecida, sino avanzando según nos lo permitían las ramas entretrejidas. Por fin pasamos por un verde bosquesillo hasta llegar a una árida llanura que se extendía hasta la costa.

Allí volvimos a descubrir numerosas huellas de pisadas, y las observábamos cuando vimos pasar rápidamente una canoa grande llena de isleños. Esta vez creí reconocer la canoa fabricada por nosotros y que nos habían robado.

Procurábamos desandar camino cuando vimos a corta distancia a un hombre que se acercaba a nosotros, vestido con una larga túnica negra y en quien reconocimos inmediatamente a un europeo.

-O mucho me engaño -comenté-, o es este un misionero, un meritorio servidor de Dios.

Al salir a su encuentro, comprobé que no me equivocaba. El desconocido me interpeló en inglés, y en tono suave y tierno.

-Ustedes son las personas a quienes busco, y agradezco al Cielo el haberlos encontrado. Deduzco que este jovencito es Fritz, su hijo mayor, pero... ¿dónde quedó el segundo, Ernest?

-Reverendo -exclamó Fritz, tomándole las manos---, usted ha visto a mi hermano Jack, acaso a mi madre. ¿Sabe dónde están? ¿Viven?

-Sí, viven y están bien cuidados -repuso el misionero-; vengan y los llevaré junto a ellos.

Mis primeras palabras fueron de agradecimiento a Dios por su misericordia. Luego imploré a mi buen amigo que me dijera si de veras volverla a ver a mi esposa e hijos. Me aseguró que con una hora de caminata llegaría a su lado.

-Pero antes dígame, se lo ruego, ¿cómo está Jack? -interrumpió Fritz-. Estaba herido y ...

-Tranquilízate, hijo mío -insistió, mi clérigo-; la herida, que él confiesa debido a su propia imprudencia, no tendrá malas consecuencias.

-Señor, ¿le habló de nosotros mi hermano?

-Sí, pero yo ya tenía noticias de usted, puesto que tu madre hablaba sin cesar de su marido e hijos. ¡Qué mezcla de alegría y dolor sintió ayer por la noche, cuando los salvajes le llevaron a su querido Jack, herido! Por fortuna me hallaba yo presente, para consolarla y socorrer a su hijo.

-¡Y el buen Francis, cuánto le habrá regocijado volver a ver a su hermano! -intervine.

-Francis será el protector de todos ustedes -sonrió el misionero-. Es ahora el ídolo de los salvajes. Cuando lo capturaron, el pequeño Francis tenía en el bolsillo su caramillo de cañas, y con su música y encantadores modales los ha cautivado tanto, que me temo que se resistan a prescindir de él. El rey ansía adoptarlo... Pero no te alarmes, hermano; espero que con la Divina ayuda podré arreglarlo todo para bien. Tengo cierta ascendencia sobre ellos y la aprovecharé. Hace un año no podría haber respondido por la vida de los prisioneros; ahora los creo a salvo... ¡Pero cuanto hay que enseñar todavía a estos sencillos hijos de la Naturaleza, que sólo escuchan

su voz y se dejan llevar por cualquier impresión! Sus primeros impulsos son buenos, pero son tan vacilantes que sus afectos pueden convertirse súbitamente en odio; son propensos al robo, violentos en su cólera, y sin embargo, generosos y afectuosos. Verán un ejemplo de esto en la morada en que una mujer más desdichada que su esposa, puesto que perdió a su marido, ha encontrado asilo.

Guardó silencio y yo no lo seguí interrogando sobre este tema. Nos acercábamos al brazo de mar en que habíamos dejado la pinaza, y ya tranquilo en cuanto a los demás, comencé a inquietarme únicamente por Ernest. Las colinas nos ocultaban de a ratos el agua; Fritz, ansioso por avistar a su hermano, subió a ellas, y de pronto lo oí gritar:

-¡Ernest, Ernest!

Le contestaron gritos, o mejor dicho aullidos, entre los cuales no logré distinguir la voz de mi hijo. Dominado por el terror, dije al misionero:

-Son isleños, y esos gritos espantosos...

-Son de alegría, que aumentará cuando los vean -contestó él-. Este sendero nos conducirá a la costa... Llame a Fritz, aunque no lo veo; sin duda habrá bajado a reunirse con ellos. No tema, recomiende prudencia a sus hijos.

Nos dirigíamos a la costa cuando a cierta distancia divisé a mis dos hijos en la cubierta de la pinaza, cubierta de isleños a quienes distribuían los tesoros del cofre, o por lo menos los que habíamos apartado en la bolsa. No habían cometido la imprudencia de abrir el cofre mismo, que pronto habría quedado vacío y que seguía oculto bajo la cubierta, junto con el barril de pólvora. A cada nueva adquisición, los salvajes proferían gritos de júbilo, repitiendo "mona, mona", lo cual significaba "hermoso".

Las cuentas de cristal coloreado eran las preferidas, pero la distribución ocasionó muchas disputas. Quienes no hablan obtenido ninguna pretendía despojar a otro de ellas por la fuerza. Aumentaban los clamores y reyertas, cuando se oyó la voz del misionero, que los calmó como por encanto.

Abandonando la embarcación, todos fueron a reunirse a su alrededor. El los arengó en su propia lengua, señalándome y nombrándome como "me toutane", vale decir, "padre", lo cual ellos repitieron a su vez. Algunos se me acercaron y frotaron la nariz contra la mía, en muestra de respeto, según me informó el sacerdote.

Mientras tanto, Fritz informaba a Ernest el hallazgo de su madre y hermanos, y de que quien nos acompañaba era un europeo.

Temeroso de que mi esposa se agitara si nos veía de pronto, pedí a nuestro nuevo amigo que se adelantara y la preparara. El aceptó, pero cuando subía a bordo, lo detuvieron de pronto los nativos, uno de los cuales le habló un rato. El misionero lo escuchó con calma y dignidad hasta que concluyó, y luego se encaró conmigo para decirme:

-Hermano, deberás contestar por mí el pedido de Parabery, que en nombre de todos pide que esperemos un momento, ya que Barauru, como se le llama, los ha reunido aquí para una ceremonia a la cual todos sus guerreros deben concurrir.

El señor Willie, pues así se llamaba, se enteró por Parabery de que cuando vimos pasar la canoa de los nativos, éstos iban en busca de su rey. La vivienda real se hallaba situada del otro lado del promontorio, y pronto oímos un jubiloso grito que anunciaba el regreso de la canoa.

Mientras los salvajes se preparaban para recibir a su jefe, yo entré en la pinaza, bajé detrás de la cubierta y saqué del cofre lo que consideraba más adecuado para ofrecer a su majestad. Elegí un hacha, un

serrucho, un pequeño sable ornamentado, casi inofensivo; un paquete de clavos y otro de cuentas de cristal. Acababa de apartar estos objetos cuando mis hijos corrieron a mi lado, muy excitados y gritando a un tiempo:

-¡Mira, padre, mira! ¡Reúne toda tu fortaleza y mira! Allí está Francis en persona, en la canoa. ¡Qué ropaje extraño lleva!

Al fijarme, vi a cierta distancia nuestra canoa, que ascendía el estrecho; la decoraban ramas verdes que los salvajes integrantes de la guardia del rey sostenían en la mano; otros remaban con vigor, mientras el jefe, quien lucía como turbante un pañuelo rojo y amarillo perteneciente a mi esposa, iba sentado en la popa, con un hermoso niño de cabello rubio sobre el hombro derecho.

-Es mí hijo -exclamé aterrado, dirigiéndome al señor Willis-. ¡Se lo han quitado a su madre!

-No tema, no le harán daño ---aseguró el misionero-. Le prometo que se lo devolverán y podrá llevarlo de nuevo junto a su madre. Colóquese a mi lado, con estas ramas en las manos.

Recibió algunas de Parabery, que sostenía un manojo de ellas, y nos dio una a cada uno. Los salvajes también tomaron una. Provenían de un árbol

de hojas esbeltas y elegantes, así como bellas flores de color escarlata, una especie de mimosa, que los indios llaman árbol de la paz.

Mientras el misionero Willis nos explicaba esto, llegó la canoa. Dos salvajes recibieron sobre sus hombros a Francis, otros dos hicieron lo mismo con el rey y avanzaron hacia nosotros con gravedad. ¡Me costó contenerme para no arrancar a mí hijo de sus portadores y abrazarlo!

Un tanto alarmado por su posición, Francis tenía los ojos bajos, y por ello no nos había visto aún. A pocos metros de nosotros, los que llevaban al rey se retuvieron y todos los salvajes se postraron ante él. Sólo nosotros permanecemos de pie.

Entonces Francis nos vio y lanzó un penetrante grito, llamándonos:

-¡Padre! ¡Hermanos míos!

Y forcejeó por bajarse de los hombros de sus portadores, pero éstos se lo impidieron. Tendiendo los brazos, le dije:

-Querido Francis, vinimos en busca tuya y de tu madre; al cabo de tantos peligros, pronto nos reuniremos para no separarnos más. Pero tranquilízate, hijo mío, y no arriesgues con impaciencias la felici-

dad de ese momento. Confía en Dios, y en este buen amigo que El nos ha enviado.

Entonces lo saludamos con las manos, y él se quedó quieto, aunque lloraba en silencio, murmurando nuestros nombres.

-Padre, Fritz, Ernest... háblenme de mamá -dijo por fin.

-No sabe que estamos tan cerca de ella -repuse-. ¿Cómo la dejaste?

-Muy angustiada porque me llevaban, pero no me han hecho daño... son muy bondadosos, y pronto iremos todos junto a ella.

-Cuéntame algo de Jack -pidió Fritz-. ¿Cómo sigue su herida?

-Oh, bastante bien -replicó él-. Ya no le duele, y Sofía lo cuida y Matilde lo entretiene. ¡Cómo habrá llorado la pequeña Matilde cuando los salvajes me llevaron! Padre, ¡si supieras qué amable y buena es!

No tuve tiempo para preguntar quiénes eran Sofía y Matilde. Me habían permitido que hablara con mi hijo a fin de tranquilizarlo, pero entonces el rey ordenó silencio, y siempre elevado sobre los hombros de sus súbditos, comenzó a arengar a los reunidos.

Era un hombre de edad mediana y rasgos notables. Sus gruesos labios, su cabello teñido con pintura roja, su rostro pardo oscuro, tatuado en blanco lo mismo que su cuerpo, le daba un aspecto formidable. Sin embargo, su aspecto no era desagradable ni anunciaba ferocidad.

El rey tenía la cabeza cubierta con el pañuelo de mi esposa, que yo ya había reconocido; llevaba el cabello ornamentado con plumas, pero se las quitó casi todas para adornar a mi hijo, a quien situó a su lado y señaló con frecuencia durante su discurso.

Cuando terminó, los salvajes rodearon a mi hijo entre gritos y palmoteos, bailando y ofreciéndole frutas, flores y conchas, mientras gritaban ¡Curaki! junto con el rey.

-¿Qué significa *Curaki*? -pregunté al misionero.

-Es el nombre de su hijo, o mejor dicho, del hijo de Barauru, que acaba de adoptarlo -fue la respuesta.

-Jamás -exclamé, precipitándome adelante-. ¡Muchachos, a rescatar a vuestro hermano de estos bárbaros!

Y nos abalanzamos hacia Francis que, llorando, nos tendía los brazos. Los salvajes intentaron contenernos, pero en ese momento el misionero pro-

nunció con voz sonora ciertas palabras. Ellos se postraron inmediatamente de bruces y así no tuvimos dificultad en rescatar al niño.

Willis hizo señas a los salvajes de que se levantaran, tras lo cual les habló un rato. Cuando concluyó su discurso, se acercó Barauru, quien intentó apoderarse de Francis, pero éste se arrojó en mis brazos y yo lo sujeté con firmeza.

-Suéltelo ahora, y nada tema -indicó Willis.

Cuando soltó al niño, el rey lo levantó, apretando su nariz contra la suya. Luego lo dejó en el suelo, le quitó las plumas y el collar con que lo había adornado y volvió a colocarlo en mis brazos, mientras frotaba también mi nariz y repetía varias palabras. En mi primera emoción, me arrojé de rodillas, imitado por mis dos hijos.

-Todo está bien -exclamó el misionero-, elevando de nuevo manos y ojos-. El rey, convencido de que esta es la voluntad de Dios, le devuelve su hijo y quiere que usted sea su amigo.

Rogué al señor Willis que dijera al rey que le regalaba mi canoa, y que lo invitaba a visitarnos en nuestra isla, donde regresábamos. Este se mostró complacido y quiso acompañarnos hasta nuestra pinaza, que pareció admirar sobremanera. Algunos

de sus hombres nos siguieron a bordo para remar, mientras que los demás se instalaban en las canoas. Pronto volvimos al mar, y doblando por la segunda punta, llegamos a un brazo de mar mucho más ancho y lo bastante profundo para nuestra pinaza, que nos condujo al objeto de nuestras esperanzas.

CAPITULO 38
JUBILOSA REUNION - EMBARQUE Y
LLEGADA A LA ISLA, Y REGRESO A
"LA CARPA

Poco después llegamos al sitio en que los tripulantes de las canoas habían ya desembarcado. Nos disponíamos a imitarlos, pero el rey no parecía inclinado a dejar la pinaza, sino que seguía hablando con el misionero. Yo temía aún que pretendiera conservar a Francis, a quien mantenía constantemente sobre la rodilla. Pero por fin, para mi gran alegría, lo puso en mis brazos.

-Cumple la palabra que le dio -comentó Willis-. Puede llevarlo junto a su madre, pero pide a cambio que le permita ir en su pinaza hasta su morada del otro lado del estrecho, para mostrársela a las mujeres, y promete devolvérsela.

Accedí, aunque esto presentaba una dificultad. Si decidía quedarse con ella, ¿cómo íbamos a volver? Además, contenía nuestro único barril de pólvora y los objetos que destinábamos al trueque. ¿Cómo evitar que fueran hurtados?

El señor Willis, confesando no haber podido curarlos aún de su afición al robo, sugirió, como único medio de asegurarnos, que yo acompañara al rey y trajera de vuelta la pinaza, para entregarla al cuidado de Parabery, de cuya honestidad él se responsabilizaba.

Hubo aquí otro retraso: tan avanzado estaba el día que quizá no pudiera volver antes de la noche. Además, aunque mi esposa ignoraba nuestra cercanía, sabía que se habían llevado a Francis y sin duda estaría muy inquieta por él. Como Barauru parecía impaciente y era necesario contestarle, decidí enseguida. Entregué a Francis al misionero, rogándole que lo llevara junto a su madre, y que la preparara para nuestra llegada, explicándole la causa de nuestro retraso. Luego pedí a mis hijos que me acompañaran.

Willis comunicó al rey que en gratitud a él y para honrarlo, yo y mis hijos queríamos acompañarlo. Muy halagado, éste hizo que mis hijos se sentaran

uno a cada lado suyo, procuró pronunciar sus nombres y terminó intercambiándolos en muestra de amistad: llamó a Fritz, "Bara", a Ernest, "Uru", y a sí mismo, "Fritz-Ernest". Cuando nos dejaron el señor Willis y Francis, nos entristecimos al verlos alejarse hacia donde se centraban todos nuestros anhelos, pero la suerte estaba echada. El rey dio la señal de partida, las canoas abrieron la marcha y nosotros las seguimos.

Una hora más tarde divisábamos el palacio real. Este era una choza bastante grande muy bien construida con bambúes y hojas de palmera Sentadas frente a ella, varias mujeres se afanaban en tejer las cortas polleras de caña que todas vestían.

Cuando desembarcamos a cien metros de la choza, las mujeres fueron a recibirnos llevando en cada mano una rama de la mimosa. Luego ejecutaron una danza muy singular, entrecruzando los brazos y sacudiendo los pies, pero sin moverse del lugar; acompañaban esto con un canturreo salvaje nada musical. Complacido, el rey llamó a sus esposas e hijas para presentarles su "tayo", "Bara" y "Uru", llamándose a sí mismo "Fritz-Ernest". Después entró a tomar parte de la danza, arrastrando

consigo a mis hijos, quienes se arreglaron bastante bien.

Una vez concluido el baile, las mujeres se retiraron a la choza, de donde volvieron para ofrecernos una colación, servida en cáscaras de cocos. Era una especie de pasta, compuesta según creo por diferentes tipos de frutas, mezcladas con una harina y leche del coco.

Detrás de la choza se extendía un bosque de palmeras y otros árboles, que permitían reaprovisionarnos con rapidez. Hubo tiempo aún para que mis hijos corrieran a la pinaza, custodiada por Parabery, y sacaran del cofre algunas cuentas, espejos, tijeras, agujas y alfileres para distribuir entre las damas.

Cuando éstas trajeron la fruta recogida, hice señas a Barauru para que las llevara a ver la pinaza. El las llamó y ellas lo siguieron con timidez, sometándose en todo a sus deseos.

Yo me dirigí hacia la embarcación, donde mis hijos distribuyeron sus obsequios entre las mujeres, que aunque no se atrevían a expresar su deleite, lo demostraban en su actitud. Inmediatamente comenzaron a adornarse con sus regalos, valorando en especial los espejos.

Por fin se dio la señal para nuestra partida y yo froté la nariz del rey con la mía. A mis regalos agregué un paquete de clavos y otro de botones dorados, que dio muestras de codiciar. Luego subí a bordo y guiados por el buen Parabery, nos dirigimos a la parte de la costa donde residían los seres queridos a quienes tanta ansiaba ver.

Favorecidos por el viento, llegamos sin demora a la orilla de donde habíamos partido, donde encontramos a nuestro excelente misionero esperándonos.

-Vengan a recibir ahora su recompensa -dijo éste-. Tu esposa e hijos te esperan con impaciencia; habrían venido a vuestro encuentro, pero ella está débil aún y Jack dolorido ... Vuestra presencia no tardará en curarlos.

Yo me sentí demasiado afectado para contestar. Fritz me dio el brazo, tanto para sostenerme como para abstenerse de adelantarse. Ernest hizo lo mismo con Willis, y este quedo complacido con su cortesía, advirtiéndome también su inclinación por el estudio, que procuro estimular. Tras media hora de caminata, el misionero anunció que nos encontrábamos cerca de nuestros buenos amigos. Yo no veía señales de vivienda alguna, nada más que árboles y

rocas, hasta que al fin divisé entre los árboles una leve humareda, y en ese momento Francis, que nos estaba esperando, corrió a nuestro encuentro.

-Mamá los espera- declaró mientras nos indicaba el camino por un bosquecillo de arbustos lo bastante denso como para ocultar por entero la entrada a una especie de gruta.

Tuvimos que agacharnos para entrar en ella. Una estera de juncos, que cubría la entrada, permitía sin embargo el paso de la luz. Francis la quitó llamando:

-¡Aquí están, mamá!

Una dama que aparentaba unos veintinueve años de edad, y de aspecto suave y placentero, salió a recibirme Vestía una bata hecha con hojas de palmera cosidas, que le llegaban de la garganta. a los pies, dejándole al descubierto los hermosos brazos. Llevaba el rubio cabello peinado en trenzas y sujeto alrededor de la cabeza.

-Bienvenidos -exclamó, tomándome la mano-, serán ustedes los mejores médicos para mi pobre amiga. Al entrar, vi a mi querida esposa sentada en un lecho de musgo y hojas. Lloraba a mares y me señalaba a su querido hijo, que estaba a su lado.

También una niña de once o doce años procuraba levantarlo, diciendo:

-Jack, aquí están tu padre y hermanos. Eres feliz al tener lo que yo no tengo, pero tu padre será el mío, y tú, mi hermano.

Jack le agradeció afectuosamente, Fritz y Ernest, arrodillados junto al camastro, abrazaron a su madre.

En cuanto a mí, me cuesta describir mi gratitud y agitación. Apenas si pude pronunciar una palabra dirigida a mi esposa, quien a su vez se desplomó en su lecho, dominada por la emoción. La mujer, que según supe luego era la señora Hirtel, acudió en su ayuda.

Al recobrarse, Elizabeth me presentó a la señora Hirtel y sus dos hijas. La mayor, Sofía, atendía a Jack, mientras Matilde, que tenía unos once años, jugaba con Francis, y el buen misionero, de rodillas, agradecía a Dios por habernos reunido.

-Y para siempre -exclamó mi esposa---. No volveremos a separarnos más... Esta querida amiga ha aceptado acompañarnos a la Isla Feliz, como pienso llamarla si logro regresar a ella con todos los que amo en el mundo. Miren lo que he obtenido de mis penurias: una amiga y dos queridas hijas.

Todos quedamos encantados con este arreglo, e insistimos ante el señor Willis para que nos visitara a menudo y fuera a vivir en la Isla Feliz cuando se completara su misión. El contestó:

-Aceptaré si vienen a ayudarme en mis tareas, para lo cual ustedes y sus hijos deberán aprender el lenguaje de estos isleños. Estamos mucho más cerca de su isla de lo que ustedes suponen, porque vinieron por una ruta muy indirecta. Parabery, que conoce el camino, asegura que con viento a favor hay un solo día de viaje. Me dice, además, que tanto le agradan ustedes, y pide que obtengan vuestra autorización para acompañarlos y permanecer a vuestro lado. Les será sumamente útil... les enseñará el lenguaje y será un medio de comunicación directo entre nosotros.

De buena gana accedí a llevarnos a Parabery como amigo. Pero aún no era tiempo de pensar en la partida, pues el señor Willis deseaba tener algunos días más a Jack a su cuidado. Por consiguiente, dispusimos que mis dos hijos y yo pasaríamos a ser sus huéspedes, ya que su choza quedaba a corta distancia de allí.

Al anoecer tuvimos el agrado de ver que nuestros valientes perros entraban en la gruta. Salta-

ron sobre nosotros de tal modo que al principio aterró a las pobres muchachas, pero no tardaron en reconciliarse con ellos al ver cómo nos agasajaban, nos lamían las manos y pasaban de uno a otro para que los acariciáramos.

Por fin llegó el día de la partida. Jack tenía el hombro casi curado, y mi esposa había recobrado las fuerzas junto con su felicidad. Bien custodiada por Parabery y sus amigos, la pinaza no sabia sufrido daño alguno. Distribuí entre los isleños todo lo que poseía y que pudiera complacerlos, e hice que Parabery los invitara a ir a visitarnos en nuestras islas, pidiéndoles que tuviéramos relaciones amistosas. El señor Willis, que ansiaba mucho ver esto, completó nuestra felicidad al prometer acompañarnos y pasar algunos días con nosotros. Parabery se ofreció a traerlo de vuelta cuando quisiera.

Así, pues, nos embarcamos, no sin despedirnos de Barauru, quien fue muy dadivoso en sus regalos, pues además de toda clase de frutas nos obsequió un excelente cerdo asado.

Eramos en total catorce; dieciséis contando ambos Perros. Nos acompañaba el misionero y un joven isleño que Parabery había buscado para que fuera su criado, porque la edad y sus ocupaciones le

impedían proveer a sus propias necesidades. Este joven era bien dispuesto y nos tenía mucho afecto; Parabery se lo llevó para que lo ayudara a remar al regreso.

Tras siete u ocho horas de viaje, llegamos al "Cabo Desengaño", y decidimos que en adelante la bahía se denominaría "Bahía del Feliz Regreso".

Pese a que mi esposa se lo había descripto, nuestros huéspedes comprobaron que nuestra vivienda excedía en mucho sus previsiones. La ausencia parecía haberlo mejorado todo, y confieso que me costó contenerme de manifestar mi alegría tan alocadamente como mis hijos.

CAPITULO 39

CONCLUSION

Aquí debo poner fin a mi Diario. Difícilmente podríamos ser más felices de lo que somos, Y no me preocupan mis hijos. Tan aficionado es Fritz a la caza y la mecánica, y Ernest al estudio, que no querrán casarse, pero me complazco en esperar que alguna vez veré a Jack y Francis unidos y felices con Sofía y Matilde.

Agregaré solamente que, después de pasar unos días con nosotros, el misionero Willis regresó a sus tareas, prometiendo visitarnos y eventualmente reunirse con nosotros. Preparada por Fritz y Parabery, la Gruta resultó una linda morada para la señora Hirtel y sus hijas, así como para los dos isleños.

Nuestras tareas están equitativamente distribuidas. Fritz y Jack dirigen el Comité de Obras. Han

abierto un paso en la roca que nos separaba del otro lado de la isla, duplicando así nuestro dominio y nuestras riquezas; al mismo tiempo han preparado para la señora Hirtel una vivienda cercana a la nuestra, de la misma excavación en el peñasco.

Varias familias de nativos, discípulos del señor Willis, han obtenido por su intermedio autorización para reunirse con nosotros, y se han instalado en el "Nido de Halcón" y en la granja. Nos ayudan a cultivar el suelo, y nuestro querido misionero a cultivar nuestras almas.